

LIBRO DEL MES

CARTA AL OBSERVADOR EN LONDRES

○

IMPUGNACION A LAS FALSEDADES QUE SE DIVULGAN CONTRA AMERICA

ESCRITA POR

**“DIONISIO TERRASA Y REJON”
(ANTONIO JOSE DE IRISARRI)
NATURAL DE LA METAGUA
(NATURAL DE GUATEMALA)**

LONDRES

IMPRENTA DE E. JUSTINS, 34, BRICK LANE,
WHITECHAPEL
1819

OTRA RARA JOYA

DE LA COLECCION BIBLIOGRAFICA
DE REVISTA CONSERVADORA

CARTA

Whitechapel, Octubre 28 de 1819.

Señor Observador

Muy Señor mío: El que escribe para el público se expone a la censura de todos los que leen. Por tanto, yo me creí autorizado para censurar a V, desde que leí el número primero de su periódico, y desde que ví que sus principios no convenían con los míos. Tengo también otra razón para escribir contra las doctrinas que V pretende hacer valer en el mundo, y es, que sobre ser falsas, perjudican demasiado a mis intereses, y así, ni como amante de la verdad, ni como interesado, las podía dejar correr libremente. Si V no tenía tantos motivos para escribir, como tengo yo para impugnar su escrito, mi disculpa será más **legítima** que la de V. ante los ojos del público, a pesar de que yo soy un insurgente y V parece ser un leal.

V, Señor mío, ha mojado su pluma en sangre y acíbar para pintar del modo más cruel la insurrección de América y el carácter de los Americanos. Con esto no ha hecho V. más, que concedernos una nueva victoria, pues ha manifestado que nosotros no exageramos nada cuando decimos, que tenemos los enemigos menos generosos del mundo. La venganza, del modo que V la toma, de unos hombres que todavía no le han hecho la primera herida, no prueba los mejores sentimientos de humanidad, ni los principios de filosofía que cansadamente invoca en su papel. El habernos llamado asesinos y ladrones para defender la causa del Rey de España, es cosa, amigo mío, que ni al mismo Rey se la perdonaría un lector imparcial.

En verdad, le hace a V. muy poco favor el mostrarse en estos tiempos menos liberal que lo que fué el Duque de Alva en los de la Reina Isabel, pues debe acordarse, si ha leído la historia, cuando aquella Reina llamaba traidores a los partidarios de la Beltraneja, el Duque le decía: **ruega vuestra alteza a Dios que venzamos, porque si somos vencidos, nosotros seremos los traidores.** Si, Señor Observador, aquí dice V. que los Americanos son ladrones y asesinos, y ellos dicen en su país, que los ladrones y asesinos son los que dejan su casa para ir a tomar posesión de la ajena, matando al que defiende lo suyo. Si V tuviera un poco de paciencia, y esperase a vencer para insultar, acreditaría a lo menos, que si no tenía más moralidad que el Duque de Alva, no era tampoco menos político.

Pero nada de esto es lo que hace a nuestro cuento. Los nombres que se les den a las personas y a las cosas, no mudarán jamás el carácter de las personas, ni la esencia de las cosas mismas. Llámemos V como quiera, pero no nos trastorne los hechos, ni haga con los rasgos fáciles de su pluma, lo que no han podido hacer, con muchos trabajos, los ejércitos enteros, que ha enviado S M C. al nuevo mundo. Esto, Señor mío, no se le puede conceder a V, porque,

por no concederlo, nos estamos matando allá los ladrones con la justicia.

Como mi intento, pues, es combatir las aserciones de V, y como también me he propuesto hacerlo de un modo satisfactorio para cualquiera persona que pueda leer esta carta, me ha parecido conveniente presentar al pie de la letra todo el artículo de V, con los mismos defectos que sacó de su original, a fin de que se vea que quiero jueces en mis lectores, y que no pretendo engañar a nadie. Contestaré a cada uno de los párrafos, según el mérito que me fueren presentando, y de esta manera nadie podrá echarme en cara el haber ocultado algo de lo que me perjudicaba, ni el haber fingido cargos para tener ocasión de contestarlos. Empezaré, pues, copiando la introducción con que se nos entra V. en la materia, que debió haber respetado por extraña, y es como sigue:

La suerte de la América Española es el problema que más ocupa actualmente a los políticos y especuladores extranjeros. Prostituyendo el nombre de libertad y de patriotismo a una rabia desenfrenada que solo conduce al desorden, a las violencias, al robo y al asesinato, muchos de estos políticos y especuladores no dudan considerar como héroes a los individuos que se han sublevado en la América Española contra el gobierno de su nación, ni pronosticar que por su esfuerzo quedarán prontamente emancipadas, independientes y felices, todas las provincias de aquel vasto hemisferio. Que este lenguaje se oiga en la boca de los entusiastas y aventureros que libran sus esperanzas de fortuna en la continuación de las turbulencias de la América, no es extraño; pero que se le oiga en boca de gentes sensatas que saben raciocinar, y que no parecen tener interés en estas calamidades, no puede menos de causar asombro. Mas cuando invezetadas preocupaciones, y una multitud de ideas falsas sirven de bases a los cálculos y raciocinios del espíritu humano ¿porque asombramos de las paradojas y absurdos que él presenta? Los que más fatigan su imaginación para resolver el problema que hemos indicado, no tienen conocimiento exacto de la naturaleza y estado actual de la insurrección en la América Española, ni del carácter verdadero de los criollos que la han emprendido. Confiando con nimia credulidad en relaciones parciales y fementidas, o en cuentos fabulosos que inventan los mismos criollos, y esparcen sus agentes, secuaces y protectores, los políticos de que hablamos, se figuran cosas que no tienen ni han tenido existencia jamás, o representan las que existen, bajo un aspecto ideal, y juzgan de todo por nociones equivocadas, y por principios abstractos. Dejemos, pues, que se deleiten con los rasgos de su imaginación, o que luchen por investigar y sorprender el orden futuro de los destinos.

Dispenso a V, Señor Observador, la salva que nos hace con tanta civilidad, llamándonos **rabiosos**

desenfrenados, causadores del desorden, de violencias, robos y asesinatos. Esto está compensado muy bien con la confesión de que los políticos extranjeros y la gente sensata, que sabe raciocinar, aprueban nuestra revolución, y nos consideran como héroes. Nosotros los rabiosos desenfrenados, ladrones y asesinos, hacemos más caso de la aprobación de los políticos y de la gente sensata, que de los insultos de nuestros generosos enemigos. Pero si perdonamos a V la descortesía con que empieza a insinuarse en nuestra gracia, creo que la gente imparcial no le perdonará la poca destreza con que entra exponiendo las causas que dieron lugar al engaño de los políticos, y de las gentes que saben raciocinar. Dice V que se han dejado engañar con los cuentos fabulosos que inventan los criollos. ¡Válganos Dios, Señor Observador! ¿Como llama V política y sensata a una gente que se deja engañar con cuentos fabulosos? Y si la gente sensata se engaña de este modo tan grosero como es que los cuentos fabulosos de nuestros enemigos no engañan a los mismos insensatos? La gente sensata, la gente política, la gente que sabe raciocinar, distingue muy fácilmente lo cierto de lo falso, lo bueno de lo malo, y no se deja engañar con cuentos fabulosos, ni con cuentos verdaderos.

Los hechos bien examinados son los que deciden a los políticos a formar su juicio, y estos hechos los encontrará V en los documentos primero, segundo y tercero de la colección que pongo al fin. Estos sí que son documentos imparciales, de gente política y sensata, festigos oculares, intachables, y de toda excepción. El primero es de un ilustre miembro del Parlamento de Inglaterra, hombre independiente, que no tiene que ver cosa alguna con el Rey de España, ni con los nuevos Estados de América. El segundo es de un negociante inglés, que tiene las mejores relaciones en su país, como lo acredita su correspondencia, y que no debía estar muy contento con la revolución Americana, porque ella le ha causado quebrantos considerables. El último es todavía más incontrastable, porque su autores Español, de España, de la patria de que V parece ser, es Oidor de Lima, y escribe al Rey. También España produce de cuando en cuando algunos hombres justos, y me glorio de esto, porque así podré colocar a mis padres en el número de los escogidos. Mas dejo a V en el empeño de persuadir que la gente sensata es una gente muy necia, y paso adelante con su texto.

Limitándonos a presentar el resultado cierto de las cosas, o el estado en que ellas existen, atendidos a documentos fidedignos, y a relaciones exactas e imparciales, decimos que los insurgentes o regeneradores de la América Española en 10 años de lucha no han adelantado aun cosa alguna más de lo que consiguieron al principio de ella. En México reina la tranquilidad; y solo quedan algunas partidas de bandidos que tienen sus guaridas en las montañas y bosques. Las tropas Españolas los van exterminando poco a poco. El Virrey Apodaca se ha grangeado el amor de todos los habitantes de Nueva-España,

y se lisongea de que restablecerá brevemente en ella los días más serenos y felices.

Nosotros no dudamos que el Virey Apodaca se lisongee, del mismo modo que Fernando y sus amigos, con la pacífica dominación de América, pero V mismo dice que se lisongea, y no puedo añadir cosa alguna a esta verdad. En cuanto a que reine la tranquilidad en México, no estoy inclinado a creerlo, porque lo contradicen las noticias que recibimos de aquella parte, y por lo que hallo en el texto de V veo, que no puede haber tal tranquilidad, cuando quedan existentes allí algunas partidas de bandidos. Si creemos a los documentos oficiales de España, y si nos atenemos ahora a lo que sobre México dice V, es preciso convenir, en que la revolución de Nueva España jamás ha estado en mejor pie que hoy. Aquellos documentos nunca dijeron otra cosa, aun cuando estaba la revolución en mayor fuerza, sino que había en aquel país partidas de bandidos, que daban poco cuidado. Partidas de bandidos, en el idioma de Napoleón, eran los ejércitos de Españoles que se le oponían en la guerra de la Península, y partidas de bandidos, en el idioma del gobierno de España, son los ejércitos de patriotas Americanos. Lo que sacamos en limpio de todo esto es, que en diez años de guerra el Gobierno Español no ha conseguido en México más, que hacer morir millares de hombres de todos modos, sin acabar con las partidas de bandidos.

Yo me atengo, Señor Observador, a lo que dijo el año próximo pasado la Ciudad de Veracruz al Virey Apodaca, en la Representación impresa en la Habana con superior permiso. Este es documento que arroja legitimidad hasta por las tapas del cuaderno en que se contiene, y así no se podrá tachar de insurgente, ni de extranjero mal informado. Allí, pues, veremos en las páginas 3 y 4, que Guanajuato, Valladolid, Zacatecas, Potosí y Querétaro están en mal estado para S. M. C., y que no les espera mejor suerte a México, Puebla, y otras ciudades opulentas; que el contagio se ha propagado por toda la superficie de aquel vasto continente, y que desde las orillas del mar pacífico hasta las riberas del seno mexicano todos sufren los rigores de la convulsión civil. Vea V, mi amigo, como anda la cosa por aquellas partes con las endiabladas partidas de bandidos, y vea V como los insurgentes, rebeldes, piratas, ladrones, asesinos, y estúpidas canallas, no nos descuidamos en buscar mejores noticias, y más legítimas que las que siempre tienen los leales sabios y honrados Españoles.

Lo que en diez años de guerra se ha hecho por los Americanos en el resto de aquel grande continente lo diré después, aunque sea demasiado sabido de los políticos y de las gentes sensatas. Por ahora solo notaré que V se refiere a documentos fidedignos, y relaciones exactas e imparciales, sin mostrar cuales son, como si cada lector no tuviese derecho de examinar por sí mismo los documentos que se le citan, para no tomar gato por liebre. V. nos hace creer que su tesoro habrá salido de alguna de las excavaciones del Herculano, pues es tan nuevo que nadie hasta hoy tenía noticia de él. Pero sea lo que

fuere, y venga como viniere, veamos lo que contienen esos documentos fidedignos, y esas relaciones imparciales. Continúa V como sigue

Las provincias de Venezuela, a la fecha de las últimas noticias, se mantenían bajo la obediencia del gobierno Español. Todo aquel país detestaba a los insurgentes; y las tropas Realistas los perseguían con vigor. En el río de la Plata reinaba la discordia, y se chocaban los diferentes partidos. La clase más respetable, los hacendados, y los comerciantes, anhelaban por verse libres del yugo de sus nuevos dictadores. En Chile no había fuerzas capaces de resistir a cualquiera división que llegase del Perú. Después de la batalla de Maipo nada habían podido adelantar los insurgentes. San Martín había perdido su concepto, y caído en desgracia. Parte de las tropas se había desbandado, y la otra se hallaba descontenta.

V me permitirá, amigo mío, que le haga presente la falta de verdad que se advierte en los documentos y relaciones con que V. escribe—¿Cuáles son, Señor mío, las provincias de Venezuela que se mantienen bajo la obediencia del Gobierno Español? La de Guayana, que hace la mayor parte de Venezuela, en donde fueron destruidas todas las mejores fuerzas de Morillo, ha tres años que está en poder de Bolívar. La de Barinas, tomada por Paez, la de Margarita, defendida por Arismendi, en que perdió el mismo Morillo la flor y la nata de los vencedores de los vencedores de Jena y Austerlitz, la de Barcelona, libertada por Urdaneta y Brion, la de Cumaná enteramente libertada por el mismo Urdaneta, Bermúdez y Mariño, con excepción de la capital, son cinco provincias de las siete en que últimamente fue dividida Venezuela. Estas cinco provincias están libres del yugo ignominioso de España, como lo sabe todo el mundo que lee la gaceta. Bajo aquel yugo solo existen la desgraciada Caracas y Maracaibo. Así se ve, que contando por el número de las dichas provincias, hay cinco séptimos libres de la peste peninsular, y si contamos por extensión de terreno, no les queda a los Españoles ni un décimo de lo que V. los concede tan generosamente. Ahora podrá V. inferior, como detestarán aquellos países a los insurgentes, y lo inferirá mejor, si recuerda que Bolívar comenzó esta empresa con un puñado de hombres, cuando el sargento Morillo tenía toda aquella tierra oprimida con el peso de sus numerosos batallones.

Por lo que hace a la discordia que reinaba en el río de la Plata, y al anhelo de los hacendados y comerciantes por verse libres de sus nuevos dictadores, no puedo decir otra cosa, sino que en el río de la Plata no hay dictadores nuevos ni viejos, sino agua colorada, en donde habrán de ahogarse algunos pobres hombres de los que envía allí el Jefe Supremo de la Santa Inquisición. En Buenos Aires hay Directores, hacendados y comerciantes, que morirán todos juntos antes que volver a la odiosa servidumbre española, pues allí, amigo mío, da miedo ver a las mismas mujeres, cuando se les trata esta materia. No sacaría V. no, tan buen partido de

ellas, como el que ahora saca de mí. Todos los habitantes de las Provincias Unidas tienen demasiado acreditado su odio al Gobierno Español para que se pueda hacer creer lo contrario, sin hechos bien detallados. Por la constitución que acaba de publicarse en aquellas provincias, que se tradujo al inglés inmediatamente, y que ha merecido la aprobación de la gente que sabe raciocinar, se prueba muy bien el orden y la ilustración que reina allí, en lugar de la discordia que se encuentra en los documentos con que a V. han favorecido.

¿Pero a quien no hará reír V. mi buen amigo, cuando asegura que en Chile no había fuerzas para resistir a cualquiera división que llegase del Perú? ¿Cuando Chile se dispone a invadir al otro país, después de haber destruido sus fuerzas terrestres y marítimas, estará para temer a cualquiera de sus divisiones? ¿Y que más quería V. que hiciesen los insurgentes después de la batalla de Maipo, en que todo el ejército español quedó muerto o prisionero? ¿Todavía le parece poco haber limpiado todo su territorio de enemigos? ¿Todavía quiere más, que haber tomado el comboy que llevaba la *María Isabel* con las tropas españolas? ¿Todavía desea que los Chilenos aprieten más a Lima, después de haberle cortado todo su comercio, después de haberle tomado el último comboy de la Cleopatra, después de haber hecho encerrarse en el Callao las fuerzas navales de S. M. C. y después de tener al Virey de Lima en continuo sobresalto, haciéndole soñar con una expedición que va a poner fin a sus cuidados? No es fácil saber, a la verdad, cuales son los males que V. desea que hagan los Chilenos al Gobierno Español. No queda otro, sino que vengan a España a lidiar con la Santa Inquisición, con los Jesuitas, con los otros frailes, y con la peste.

Dice V. que San Martín ha perdido su concepto y caído en desgracia: que una parte de sus tropas se había desbandado, y la otra estaba descontenta. Estas son las únicas cosas que pueden creerse de cuantas V. ha escrito en el *Observador*; pero solo son ciertas en este sentido. San Martín en el concepto de los amigos de V. no era capaz de ganar las famosísimas batallas de Chacabuco y Maipo, pero como las ganó con harto daño de ellos, perdió el concepto en que lo tenían, y ha caído tanto en su desgracia, cuanto es el miedo que le han cobrado. Una parte de sus tropas se desbandó, en efecto, sobre el Perú, del mismo modo que se han desbandado las de Bolívar sobre Santa Fe. La otra parte no solo está descontenta, sino rabiando, porque no llega el momento de ver si los bravos que van ahora de Cádiz, son mejores que los Burgos, Talavera, Contabria, Lanceiros del Rey, Infante, y los demás que han costado con su sangre los triunfos Chilenos. Mas volvamos a ver como continúa V. con la relación de nuestro estado.

Con todo, aun que este sea el aspecto que en general presentaba la insurrección en la América Española, a la fecha de las noticias últimas, no dudamos de que haya mucho que hacer para restituir la tranquilidad en Venezuela, y para someter a la obediencia de España las provincias sublevadas en

el río de la Plata. **El Orinoco es una pueria siempre abierta a los aventureros de todas naciones. Las islas vecinas les proporcionan auxilios, o puntos de reunión; y las montañas inaccesibles, y vastos deshabitados de Venezuela les ofrecen asilo en sus derrotas. Mas como ni los insurgentes, ni los aventureros que se agregan a ellos poseen recursos, ni pueden encontrarlos en el país, sus empresas serán siempre vanas, y no podrán tener más efecto que el de prolongar los sufrimientos de los infelices habitantes de aquellas provincias, o el de tenerlos en continua inquietud y zozobra. Estos males no pueden terminarse sino cuando se logre purgar los mares de América de la multitud horrible de piratas que los infestan; y cuando una fuerza naval, bien organizada y bien dirigida, ponga terror y escarmiento a los aventureros que osen acercarse a aquellas costas.**

Perdóneme V. que le diga, amigo mío, que ha caído en mil inconsecuencias ¿Como ha de haber mucho que hacer en Venezuela, y en las Provincias del Río de la Plata, para someterlas a la obediencia de España, cuando deja V sentado, **que Venezuela se mantenía bajo esta obediencia, y que en el Río de la Plata reinaba la discordia, se chocaban los partidos, y la clase más respetable, los hacendados y comerciantes anhelaban por verse libres del yugo de sus nuevos dictadores?** Lo que debía V. haber dicho, para ser consecuente, era, que en Venezuela no había ya que hacer, y que en el Río de la Plata había muy poco, poquísimo, pues la discordia, los partidos, la clase más respetable, los comerciantes, los hacendados, y todo lo demás, estaban minando aquel débil edificio. A Chile hizo V bien de no meterlo en la cuenta de lo difícil, porque ya deja sentado que no puede resistir a una de las divisiones que lleguen del Perú. ¿Pero como es que el Orinoco se ha convertido en puerta abierta para los aventureros, cuando anteriormente había sido puerta cerrada? ¿Quién abrió esta puerta? ¿No la tenía cerrada el sargento Morillo? ¿No tenía allí S M C una escuadrilla, un ejército, unas plazas fuertes? ¿Porqué no se cierra la puerta que daña tanto estando abierta? Parece de todo esto, Señor Observador, que debe ser más poderoso el que puede abrir, que aquel que no es capaz de volver a cerrar, y si no es así explíquenos V. este misterio.

Vea V lo que dijo Morillo al Ministro de la Guerra en su oficio de 7 de Marzo de 1816, que ponemos entre los documentos bajo el Número IV. y conocerá la impotencia en que estaba aquel general para impedir lo que sucedió, y el pronóstico, que en medio de su torpeza no pudo dejar de hacer, sobre lo que ha sucedido, lo que está sucediendo, y lo que sucederá finalmente. Hay cosas tan claras, que ni Morillo, ni V, ni nadie puede dejar de ver, por escasos de vista que sean, aunque por colmo de su ceguedad hagan vanos esfuerzos para desmentirse a sí mismos. Nos referimos, pues, al mismo Morillo en todo lo que contradice a V sobre la escases de recursos que presenta Venezuela a los Insurgentes, y en cuanto a las **montañas inaccesibles** que nos han ofrecido asilo en

nuestras derrotas, citaremos a V. a cualquiera geografía, en donde verá, que los Insurgentes de Venezuela no han estado jamás metidos entre montañas, sino en los llanos más propios para que puedan obrar bien las tres armas de la guerra.

Sobre el término que señala V a los males que causan los piratas infestadores de los mares de América, nada tengo que decir, porque es innegable que dejarán de existir, **cuando una fuerza naval bien dirigida ponga terror y escarmiento a los aventureros que osen acercarse a aquellas costas.** Estas son las adivinanzas de Pero Grullo. Lo mismo puede decirse con respecto a toda la insurrección de América, esto es, que terminará cuando los ejércitos Españoles hayan puesto **terror y escarmiento** a los rebeldes. Pero lo malo que hay es, que los aterrados y los escarmentados van siendo hasta ahora los que V. desea que sean escarmentadores y aterradores. No dudo que muy en breve se hallará la marina española en el estado conveniente para reponer con ventaja la falta de crédito que le han causado las desgracias de la Reina María Isabel, de la Esmeralda, de la Cleopatra, y de toda la escuadra de Montevideo. Todo se va disponiendo muy bien para mantener estas esperanzas, pero entre tanto volvamos al examen de los hechos con que V piensa ilustrar al mundo.

El Río de la Plata parece ofrecer esperanzas más lisongeras a los que desean la emancipación de la América. La escuadrilla que ha formado el Gobierno de Buenos Aires, y la del Lord Cochrane que sea presentado en los mares del Perú con pabellón de los insurgentes de Chile, es lo que da nuevo aliento a estas esperanzas. Al meditar, no obstante, sobre la naturaleza y objeto de esas denodadas empresas que agranda la fantasía a la distancia, preguntará cualquiera ¿que recursos tiene el gobierno de Buenos Aires o el de Chile, para sostener esas fuerzas, ni aun para conservar por mucho tiempo más su dominación en las provincias que llama Unidas, y que no lo están sino por imaginación? Aquel país no tiene minas, ni posee industria. La agricultura, más atrazada que nunca, desde el principio de sus turbulencias, no produce en él ni aun lo necesario para la manufacción mezquina de sus habitantes. Estos, establecidos en varios puntos sobre una superficie inmensa, y opuestos unos a otros en sus intereses, en sus opiniones, y en sus caprichos, están divididos en diferentes comunidades que se conservan separadas e independientes unas de otras. Las que no se hostilizan o se chocan declaradamente, se mantienen a la distancia, incomunicadas, descontentas o rivales. Montevideo, Buenos Aires, la Banda oriental, el Paraguay, y Chile forman como cinco Potencias diferentes en el Río de la Plata.

Empezando por donde V. acaba, le diré con el debido respeto, que sus conocimientos geográficos son demasiado modernos, o que V. no ha sabido explicarse sobre lo que quiso decir de Chile. Yo sé por experiencia que hay dos Chiles en América; el uno es muy parecido al pimientó, y se consume mucho de él en las comidas mexicanas: el otro es el

Reino de Chile, muy famoso en las historias, en los tratados de geografía, y en los libros de historia natural. Si ha hablado V de alguna mata de pimientos, desde luego convengo en que puede darse muy bien en las riberas del Río de la Plata, pero ha hecho mal de llamarla una de cinco potencias, y si ha querido hablar del Reino antiguo de Chile, que hoy es un Estado independiente, el mismo trabajo le costaba ponerlo en el río Misisipí que en el Río de la Plata, pues ambos ríos son de América, tienen agua corriente, y pueden tener a sus orillas los países que se les quiera arrimar. ¡Con que Chile en el Río de la Plata! Sea enhorabuena. Debe haber habido en el mundo una revolución mayor que la que causó el diluvio universal. Y no la hemos sentido por acá: gracias a Dios. ¿Pero a donde habrán ido a parar los Andes, que antes de este maldito suceso estaban interpuestos entre Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata? Es una lástima, mi amigo, que V no haya adornado su obra con un mapa de las tierras que trae entre manos, o entre los botes de su pluma, porque allí sin duda tendríamos mucho que aprender. Allí veríamos al Brasil metido entre San Juan y Mendoza, veríamos al Perú sobre el río San Lorenzo: veríamos al Oricono corriendo por sobre las cimas de los Andes: veríamos a México entre las ondas del Marañón, y veríamos, en fin, lo que nadie puede imaginarse.

Por ahora lo que hallamos escrito de Chile en historias, viajes y tratados de geografía, es, que confina con el Perú por el norte en el desierto de Atacama, cerca del trópico de Capricornio, por el sur termina en el río Biobío, cerca de los 37 grados de latitud austral, en donde empieza el territorio araucano, por el este le rodean los altísimos cerros de los Andes, y por el oeste bañan sus costas las aguas del mar pacífico. De cualquier punto de este país al Río de la Plata hay la miserable distancia de cuatrocientas leguas de camino, y ni ahora, ni en tiempo alguno ha tenido que ver nada Chile con las Provincias Unidas. Antes de la revolución era un Reino independiente de los otros confinantes, y hoy es un Estado del mismo modo independiente, como lo hemos dicho arriba. No sabemos, pues, porque nos lo ha sumergido V en aquel río tan lejano.

Por lo expuesto verá V, que no es de muy fácil digestión la ensalada que nos ha hecho con **la escuadrilla que ha formado el Gobierno de Buenos Aires, y la del Lord Cochrane, que se ha presentado en los mares del Perú con pabellón de los insurgentes de Chile.** Cualquier Americano podrá decir a V, que el Lord Cochrane no tiene escuadra alguna, y que aquella que manda este Lord con pabellón chileno, es la escuadra de Chile, formada por el Gobierno de aquel Estado antes de la llegada de Lord, y después del suceso de Maipu. El Estado de Chile es, pues, el dueño de aquella escuadra, y el Lord Cochrane, tan famoso como es, solo tiene en ella el mando que se le ha confiado. Antes que este célebre marino entrase al servicio chileno, aquella escuadra había ya asustado de tal modo a los marinos del Perú, que se habían encerrado en el Callao para no salir más a

la mar. El Comandante Blanco, natural de Chile, por disposición del Director O'Higgins, también chileno, formó desde sus principios aquella escuadra, y con dos buques de ella, el **San Martín** y la **Lautaro**, tomó la mejor pieza de Rusia, la nunca bien ponderada **Reina María Isabel** de 44, y todos los buques del comboy que llevaba, menos los que se habían extraviado. Antes de esto, la **Lautaro** sola se había batido con el bergantín **Pezueta** y la fragata de S. M. C. **Esmeralda** de 44, llegando a tomar posesión de esta, que escapó solo por un milagro, como dijo el General **Osoerio** en el parte de la acción, impreso en la gaceta de Lima de 29 de Mayo de 1818.

Ahora conocerá V, que las **demodadas empresas que a otros agranda la fantasía**, y que a V le achica su deseo, no son tan vanos como V quiere figurarse, ni quedarán sin efecto por falta de recursos, perteneciendo a un país, que ha hecho, y es capaz de hacer cosas más grandes. Parece desde luego indisputable, que quien ha podido hacer lo más, que es criar la marina, podrá hacer los menos, que es conservar hasta destruir del todo los restos de la enemiga. Por otra parte, si V quiere pensar en ello con toda despreocupación, hallará que no tenemos necesidad de hacer milagros para llevar al cabo nuestras empresas, pues nuestro enemigo es justamente el más bien proporcionado para nuestras miserables fuerzas, como V quiere que sean.

Yo no entiendo, amigo y Señor mío, por que país dice V aquello de que **no tiene minas, ni agricultura.** Si lo ha dicho por las Provincias Unidas, no ha dicho V mucha verdad: porque, sin contar con las minas riquísimas del Potosí, hay allí las célebres de Uspallacta y Famatina, y porque es bien sabido, que en aquellas Provincias todos son agricultores. Si no es así, que se me diga ¿de donde se provee aquel país de carnes, de trigo de frutas, de legumbres, y de todos los demás productos de la tierra? Seguramente se llevarán de España, o de Turquía. Si se ha referido V, a Chile, todavía es la falta de verdad más notable, pues no hay un viajero, un historiador, un geógrafo bueno o malo, que no presente aquel país como el más abundante del mundo conocido, y como el más privilegiado por la naturaleza, tanto es su clima, como en sus producciones animales, vegetales, y minerales. Lea V a Ovalle, a Molina, a Frezier, a Feulléu, a Ulloa, a La Pérouse, a Vancouver, y a todos los que han escrito poco o mucho de aquel delicioso país. Pregunte V a cualquier Peruano ¿de donde se surten Lima, y parte de los puertos intermedios, de trigo, de carnes y frutas secas, de cebo, de cáñamo, de cebada, de miniestras, y de manteca? El más ignorante dirá, que de Chile, pero V no lo creerá, porque tiene sin duda **documentos fidedignos, y relaciones exactas e imparciales**, que le aseguran, que allí no se produce ni lo necesario para la **manufacción mezquina de los habitantes.**

¡Manufacción mezquina! ¿Se mantendrán mezquinamente los hombres, en cuyo país vale la fanega de trigo siete u ocho reales, y la de arina diez y ocho, o veinte? ¿en donde un carnero vale seis o

siete reales? ¿en donde un novillo gordo vale diez o doce pesos? ¿en donde con un medio real de fruta se puede empachar a una comunidad de frailes? ¿en donde un barril de vino solo cuesta dos pesos cuando más? Pero V. dirá que sus **documentos fidedignos, y sus relaciones exactas e imparciales** niegan que hay tal país con tales cosas. Con todo esto, pondré entre los documentos de esta carta, bajo los números 5 y 6, lo que se halla en el viaje del marino español **Ulloa**, y en el del Francés, jefe de escuadra, Mr. **La Pérouse**, cap 9 lib. 8. del primero, y cap 3 del segundo. Y con esto volvamos a ver como continúa V en su relación del estado en que se hallan las cinco Potencias del Río de la Plata.

Entre las cuatro primeras existe la guerra y el odio. La última, al mando de un extranjero, no está unida con Buenos Aires sino porque depende de ella para sostener, si puede, su vacilante dominio en aquel país.—Los pueblos comprendidos en la demarcación de cada uno de estos gobiernos, no les obedecen sino cuando se presentan sus tropas. Todos están cansados, reducidos a la miseria, e impacientes por mudar de destino. Si reflexionamos sobre el carácter y el curso de la revolución en aquellas provincias, con perfecto conocimiento y sin prevención, hallaremos que no pueden las cosas realmente presentar otro aspecto. Un corto número de individuos revolucionó a Buenos Aires; y apoderándose del gobierno, comenzó desde luego a ejercer, bajo el nombre de libertad y de regeneración, un despotismo insolente y feroz. Cometió violencias, extorsiones, y maldades espantosas. Aquellos individuos fueron derribados por otros que ocuparon sus sillas, y que ejerciendo la tiranía con igual imprudencia y escándalo, tuvieron la suerte de sus antecesores. Se han repetido sucesivamente las mismas escenas; el gobierno ha pasado de mano en mano; y no se ha visto respirar de entre el nuevo orden de cosas sino la ambición y la codicia, la animosidad y la venganza, sacrificando víctimas y devorando la substancia del desgraciado país. En vano se cuida de imponer al pueblo con promesas lisongeras, y con formas y exterioridades ostentosas. El pueblo no descubre en ellas sino quimeras ideales, y un pretexto para dominar, y oprimir al país. Sus males se han agravado; y la revolución no puede presentar interés sino a los pocos individuos que por medio de ella se han elevado a los grandes empleos, a la fortuna, y al mando. No es extraño, pues que el pueblo se halle fatigado, descontento, y ansioso por que termine el reynado de sus altaneros oligarcas.

Ciertamente es bien lastimosa la situación que nos describe V, y si por fortuna no fuera todo el revés, sería escusado que el Rey de España se afanase tanto en zurrir su estropeada expedición. Todo lo que hay de verdadero en la historia que a V. le han contado (y supongo que se la han contado, porque no creo que V. la inventase) está reducido, a que del número de las Provincias Unidas se separaron, desde el principio de la revolución, de la del Paraguay y la de la Banda Oriental, pero no se separaron por amor a la causa que V. defiende, sino porque les

pareció que el Gobierno de Buenos Aires contemplaba demasiado a los comunes enemigos de América. Así fue, que se hicieron tres gobiernos separados. Con el del Paraguay siempre ha guardado el de Buenos Aires la mejor armonía, y con Artigas, que es el jefe de la Banda Oriental, ha habido algunas veces sus choques, pero siempre se ha vuelto a quedar en buena amistad. En vano el Rey Fernando ha procurado ganar a aquel jefe con grandes promesas, en vano le ha nombrado Brigadier de sus reales ejércitos, en vano ha empleado todos sus medios para hacerle decidirse en favor de la que llaman los Españoles buena causa. Artigas siempre ha sido el más tenaz enemigo del yugo peninsular como lo es todo Americano, mal que le pese a quien pierde en ello. Así es como toda la gerga de odios, y guerras, y divisiones, y ambiciones, y codicias, y venganzas, y matanzas, y pitos y flautas, de que V. ha llenado su papel, queda reducida, cuando más, a una ponderación fastidiosísima.

Repetimos, que si fuera cierto lo que V. escribe, no podían existir aquellos países, como existen, siemprevenciendo a sus enemigos, siempre abatiendo el mal fundado orgullo de la Metrópoli, como se llama, siempre haciéndole conocer, que no es posible volver a dominar unos países abundantes de recursos, y poblados de hombres resueltos a morir, antes que sufrir un yugo, que deshonoraría a los mismos negros del Senegal. El yugo español, amigo mío, solo puede sufrirlo en estos tiempos la cerviz española, pues para todos los demás hombres es demasiado pesado. Pero se le puede perdonar a V, como declamador, el uso de la hipérbole, con que con convierte en absoluta anarquía las pequeñas diferencias, porque tal vez la familiaridad que ha tenido con los oradores sagrados, le han hecho naturales aquellas figuras, con que se representan los objetos más comunes un millón de veces más grandes.

Por lo que toca a Chile no sabemos hasta ahora que haya la menor diferencia entre unas y otras provincias, ni entre ningunos partidos, pero como puede tener V algunos **documentos fidedignos, y relaciones exactas e imparciales** que digan lo contrario, yo no puedo hacer más, que manifestar otro documento más fidedigno, como el de un Coronel Inglés, que sirvió en España durante la guerra con Napoleón, hermano del General Carrol, que todavía sirve al Rey Fernando. Este Coronel, que hoy se halla en Chile, escribe a un deudo suyo de este país la carta que pongo traducida bajo el número 7, y prevengo que esta carta ha venido en copia a mis manos por el favor de una persona que la tuvo del sujeto a quien fue escrita, cuyo nombre omito, porque no me consta si será de su gusto el publicarlo.

Sobre el despotismo de que se acusa a los Gobiernos liberales de Chile y Provincias Unidas, no puedo hacer más que referirme a las Constituciones de uno y otro Estado, para que en ellas se vea como puede ejercerse allí aquel poder arbitrario. Sobre el descontento que se dice hay en los pueblos contra la libertad, y en favor del antiguo orden de cosas, no hay mejor prueba en contra, que el mal partido

que saca siempre el Rey de aquellos pueblos, y las victorias repetidas que tienen las armas liberales. Si todo esto no es efecto de la voluntad de los hombres, será por necesidad obra de la voluntad de Dios, que quiere hacer milagros, y en ambos casos V, amigo mío, comete un pecado con su contradicción, pues en el primero falta a la verdad, y en el segundo no se conforma con lo que Dios quiere que sea. En cuanto a que Chile esté mandado por un extranjero, puedo decir, que no había llegado a mi noticia antes de ahora. Creo que allí solo manda el Director O'Higgins, que aunque tiene apellido irlandés, es tan Chileno como Lautaro, Caupolican y Colocolo. V ha visto un nombre que empieza con O' y ha dicho: **extranjero tenemos**; pero, según esta buena regla, también debería llamar **extranjeros** al Havanero O'Farril y al Español O'Donell. El **extranjero** O'Higgins nació en la Concepción de Chile, parido por su madre, Doña Isabel Riquelme, y engendrado por su padre, el Capitán General de aquel Reyno, Don Ambrosio O'Higgins, Barón de Vallenar, Marqués de Osorno, últimamente Virrey de Lima. Encontrará V algunos elogios del padre de este **extranjero** en los viajes de Vancouver, y de la Pérouse, así como en la historia de Chile escrita por el abate Molina. De tan bajo linaje como este son los demás rebeldes, que se hallan a la cabeza de nuestra insurrección, y por esto me tomo el trabajo de poner entre los documentos de esta impugnación, bajo los números 8 y 9, unas noticias biográficas de este **extranjero**, y del criollo Bolívar, que también merece alguna cosa por sus abuelos, aunque no fuesen hermanos del Rey Don Sebastián.

Sobre los males que ha causado la revolución en Buenos Aires y Chile, la miseria que ha traído a las gentes de aquellos países, y los bienes que todos hemos perdido, por la necedad de salir del dominio dulcísimo de SMC, tenemos en contra los estados de aquellas aduanas, el gran número de buques extranjeros que hacen nuestro comercio, y el mismo asombro que causa a V el vernos emprender cosas tan grandes. Con todo esto, V. no deja de tener alguna razón para engañarse, pues sobre su falta de noticias, que es la mejor razón de los engaños, puede tener en su favor el conocimiento de lo que aquellos países producían bajo la benigna influencia de las leyes económico-políticas de España. V. tal vez hará el siguiente argumento. Antes de ahora a Buenos Aires no iban anualmente de la Metrópoli sino una docena de zumacas, o bateas, por unos pocos cueros que no valían mucho: a Chile solía ir de Cádiz un barco cada año de arribada en su viaje a Lima; luego aquellos países siempre fueron miserables, y ahora que las bateas españolas no van allá, deben ser en extremo miserabilísimos. Pero yo le diré a V, que las bateas de España han sido relevadas por las fragatas mercantes inglesas, americanas del Norte, francesas, portuguesas, suecas, y de los mismos infiernos: que por este relevo, los frutos americanos valen hoy diez veces más de lo que valían antes, y este mayor valor ha hecho que se adelante su cultivo: que por medio de este comercio han

ido a establecerse entre nosotros buenos mineralogistas, buenos químicos, buenos agricultores, buenos negociantes calculistas, que, al mismo tiempo que proporcionan salida a nuestros frutos y producciones, nos enseñan algo de lo innumerable que ignoraban nuestros opresores. Aquellas bateas primeras nos llevaban la miseria, la ignorancia, la superstición, la pereza, y la holgazanería, en algunas partidas de zánganos frailes, que iban a vivir a costa del engaño público; pero estos buques que hoy van, nos llevan el comercio, las artes, la industria, la riqueza y la ilustración. ¿Quiere V. mejor explicación, más clara, y más compendiosa de lo que pasa en América? Estos son los hechos, mi dueño, amigo y Señor, que ni V, ni yo podemos alterar.

Ahora no tenemos, es verdad, las famosas angoripolas de Cataluña, ni las célebres calcetas de Vizcaya, ni el aceite rancio de Andalucía, ni los soberbios tejidos de seda de Valencia, ni los sabrosos chorizos de Extremadura, ni los ricos jamones de Galicia, ni la hermosa cintería de Granada, ni los vinos claros de Navarro, ni las sabias leyes de Madrid, pero nos suplimos muy bien esta falta con los mejores lienzos de Francia, Alemania, e Irlanda, con los paños de Francia e Inglaterra, con las sedas de Francia y China, con las producciones harto mejores de nuestro suelo, y con los adelantamientos de nuestra industria. Antes nos quitaban los filantrópicos Españoles todo lo que teníamos por lo poco que nos daban, y ahora damos a los perros extranjeros lo que queremos por todo lo que necesitamos. No hay duda, que es mucho lo que hemos perdido en el cambio, y solo una clase de hombres tan ignorante y tan estúpida, como la de los criollos, podía haberse expuesto a llevar este chasco. Pero sobre todo, el haber perdido aquel tesoro de prohibiciones que encerraban las leyes coloniales, haber roto los prudentes límites que el sabio gobierno español había fijado al comercio, a la industria, a la agricultura, y a la ilustración de América, no puede perdonarse de ningún modo. Para convencer a V, mejor del desatino que hemos cometido, pondré entre los documentos, bajo el No 10 algunas de las mejores leyes que se hicieron para ceñir nuestro comercio a los estrechos límites de aquellas pocas bateas de Cádiz de que hemos hablado.

Allí veremos, que nuestro buen Rey no quería que sembrásemos viñas, porque no nos hiciéramos borrachos, ni que tuviésemos olivares ni almendrales, porque no nos empachase la fruta: ni quería que sacásemos fierro de las minas, porque no nos lastimásemos las manos con cosas tan duras, ni que comerciásemos unos con otros, los pobres diablos americanos, porque atendiésemos mejor al negocio del alma, que es lo principal, ni que tuviésemos fábricas de ninguna clase, ni de sombreros, porque todo lo que se puede excusar es superfluo en el mundo. Ya se vé, como perdimos todo este tesoro de prohibiciones, nos hemos vuelto viciosos, malos, perversos, hemos adquirido lo que nos perjudicaba, y con tan fatal adquisición dejamos la evangélica pobreza a que estábamos acostumbrados, y ricos y

fuerzas hicimos la guerra más impía al amoroso padre que tanto se desvelaba por nosotros. Mas ya no tiene remedio; hicimos el disparate, y debemos sostenerlo, como hijos de Españoles cabezudos. Nuestra gente dice, que así va bien, y es preciso dejarla en su manía. Volvamos, pues, a la de V, que continúa como sigue.

¿Podrá variar el aspecto de las cosas con el auxilio y las empresas del Lord Cochrane? ¿Que fuerzas y recursos tiene él para llevar al cabo las aventuras que ha ido a buscar entre los sublevados de la América Meridional, abandonando su patria, y la gloria del nombre inglés? La expedición del Barón Teodoro a la isla de Córcega parecía menos desatinada. No es de creer que la del Lord Cochrane pueda tener mejor suceso.

Nosotros no queremos, Señor Observador, que varíe el aspecto de nuestras cosas, no deseamos más que su continuación, ni queremos que el Lord Cochrane haga otra cosa, que repetir lo que se había hecho ya en Chile antes de la llegada de su Señoría. Con que tome cada año una fragata española de 44 y un convoy, como lo hizo el Chileno Blanco, antes de mucho tiempo queda la marina peninsular reducida a los términos en que estaba en los célebres tiempos del Almirante Colón, en aquellos tiempos digo, en que España era tan famosa, tan rica, tan formidable como cuentan nuestras viejas, pero que en realidad solo tenía dos bateas compradas con toda la joyería de la corona. Con esto podemos volver a ver lo que V nos dice de nuevo en la parte más crítica de su obra, en aquella parte en que necesita desenvolver todos sus principios políticos, todos sus conocimientos históricos, todos sus cartapacios literarios.

Se dice por todas partes, que España carece de medios proporcionados para someter y pacificar a la América; que la emancipación de sus colonias es un fenómeno inevitable en el orden de las cosas humanas; y que los intereses de la filosofía se combinan con los de la política en favor de la libertad e independencia de los pueblos de aquel hemisferio. He aquí tres proposiciones que demandan por su importancia la más profunda consideración, un examen riguroso, y un juicio imparcial y seguro.

Vamos a ver con que arte sale V. del laberinto en que se ha metido. Yo temo que V. va a perderse miserablemente, porque, tan lejos de proveerse del hilo con que se salvó Teseo en el de Creta, V. solo se fia en su propia destreza. Montesquieu podía servir a V de lo que sirvió al hijo de Egeo la hija de Minos, pero V está dispuesto a reñir con la misma prudencia por matar al Minotauro Americano. Veamos, pues, como entra y como sale de este paso peligrosísimo.

Montesquieu pintaba a la América, en principios del siglo pasado, unida a España solo por un hilo, el cual no podía tardar en romperse sino momentos.—Los filósofos que han seguido desde aquel tiempo hasta nuestros días, pronunciando sus oráculos sobre el destino de los imperios, y la suerte del género humano, han repetido con variados colores

la misma pintura, y anunciado con énfasis la misma profecía. Abriendo el vuelo a su imaginación, y considerando a las cosas en abstracción, o bajo un aspecto acomodado a sus teorías, estos filósofos han presentado quimeras, y deslumbrado con su estilo brillante y seductor a gentes que no reflexionan, o que no tienen conocimiento del estado verdadero de las cosas. La mayor parte de los viajeros que han recorrido en diferentes épocas las regiones del nuevo mundo, han dado origen sin duda a esta ilusión con descripciones exageradas y cuentos maravillosos. Sin tiempo y sin proporción bastante para sus investigaciones en aquellos vastos países, han formado sus ideas con precipitación, y admitido sin reparo lo que han oído de boca de uno u otro individuo descontento, aturdido, o mal intencionado. El mismo Barón de Humboldt, a pesar de sus luces y filantropía, ha sido víctima de su credulidad en el concepto que formó en Nueva España, no solo sobre el carácter y disposición de sus habitantes, sino también sobre muchos puntos de Estadística, legislación, y economía. Así es como se propagan las nociones equivocadas; y como el error adquiere cierta magia que sostiene por largo tiempo el imperio de la ilusión.

En resumidas cuentas, para V Montesquieu, Humboldt y todos los filósofos juntos son unos pobres diablos. ¿Que mucho parecerá ahora todo lo que V dice de los ladrones, asesinos insurgentes, cuando ni el Señor Presidente del Parlamento de Burdeos, ni el Barón de Humboldt, a quienes todo el mundo hace el debido acatamiento, pueden escapar de su rigurosa crítica? Pero ellos se tienen la culpa, porque se metieron a escribir lo que no podía conformarse con las ideas de V. Si, Señor, muy bien hecho. Dígalos V que son unas bestias escritores, que no saben lo que se pescan, y que si ellos hubiesen estudiado en Salamanca, o en Vergara, podían haber salido hombres de más provecho. ¿Y que diremos de la demás canalla de los filósofos, que han seguido al mentecato Montesquieu, sin conocer sus desatinos? Mejor será dejarlos sumidos en su ignorancia, en pena del poco juicio con que adoptaron aquellas quimeras ridículas. ¿Y los viajeros simplones, que teniendo a su vista las cosas sobre que escribían, se dejaron embrollar con cuentos de aturdidos, ma intencionados y descontentos, como ese Barón de Humboldt, que escusa darán a V de sus errores? Seguramente que no podrán decir cosa de provecho, después de haber V. demostrado matemáticamente que han errado como unos necios. Pero ni había necesidad de que V. se hubiese molestado tanto en la exacta demostración de sus yerros, con la mitad de lo que V. ha dicho sobran los noventa y nueve centésimos. A Montesquieu, Humboldt, y demás disparateros de esta ralea, se les echa a pasear con un solo mentís badulaques. Pero, ya que V. se empeña en prodigar los convencimientos, escuchemos lo que nos falta.

El orgullo, las preocupaciones, y los zelos nacionales contribuyen, como han contribuido siempre, a que no se vean ni se estimen las cosas en su ver-

dadere aspecto. La España, elevada por sus vastos dominios, y por sus riquezas, a un poder colosal en tiempo de Carlos 5º y de Felipe 2º, se hizo formidable a todas las naciones de Europa. Todas concibieron entonces contra ella una oposición exaltada, invidia y animosidad; y esta invidia y animosidad, profundamente arraigadas, han continuado después que ella perdió su preponderancia. Se ha procurado siempre disminuir, oscurecer y difamar sus glorias; satirizar o zehir la conducta de su gobierno; y representar sus recursos como agotados, su administración en el desorden, sus pueblos en la degradación y en la miseria, y el Estado próximo a desplomarse en la ruina. ¿No es este mismo frenesí el que dirige el pincel en las manos de los escritores y novelistas extranjeros que ahora se ocupan en pintar la situación de España, y la de sus provincias de América, figurando cosas que no existen, y juzgando de todo precipitadamente, y al antojo de su fantasía?

No, Señor Observador; no han sido el orgullo, las preocupaciones, ni los zelos nacionales los que han hecho escribir a los sabios extranjeros contra la ceguedad, la impolítica, y la superstición del Gobierno Español. La España no está para dar zelos a nadie, sino más bien para causar lástima a todo el mundo. Los tiempos que V| cita de Carlos V y de Felipe II son cuentos de antaño, y Montesquieu y Humboldt son escritores más modernos. Pero ya que V se empeña en traer a colación los tiempos de opulencia de Felipe II, yo le recordaré a V, con todo respeto y sumisión, que debiendo entonces ser España la más rica de todas las Potencias de Europa, entonces fue, entonces, cuando hizo aquella célebre bancarrota, que admiró a todo el mundo: prueba de que el dinero en manos de la imbecilidad no es riqueza. Déjese V de andar achacando a **invidias** y animosidades lo que solo es producido por la verdad; niegue V. lo que pueda negar, exponiendo hechos capaces de destruir los que citan los autores que V quiere rebatir, pero no se canse en vano pretendiendo anonadar el mérito justamente merecido de los escritores más célebres. Los que pintan a España degradada y sumergida en la miseria, pintan un objeto que está a la vista de todo el mundo, y no pueden engañar a nadie con lo que cada cual puede examinar por sí mismo. Con toda la algarabía que V. ensarta en su papel, por falta de razones, no prueba más, que la verdad de aquel adagio que dice: quien mal pleito tiene a bulla lo mete. Vamos a ver si tiene V. mejores razones, que las alegadas hasta ahora, porque de todo lo dicho no se saca un adarme de provecho.

Quando España emprendió, sola en todo el Continente Europeo, resistir al poder aterrador de Napoleón, estos mismos escritores y novelistas predijeron, que ella sucumbiría prontamente bajo el yugo de aquel fiero conquistador. Hubo algunos que señalaron el término dentro del cual precisamente debían quedar aseguradas sobre las columnas de Hércules, y sobre los castillos de Lisboa, las águilas francesas. Hemos visto como acertaron en esta pre-

dicción. Sabemos también uno acertaron en las suyas los políticos y filósofos que desde Montesquieu no han cesado de anunciar por instantes la emancipación de la América. Cuales sean los decretos de la Providencia sobre el resultado de la lucha entre España y los insurgentes de sus provincias en aquella parte del mundo, no osamos investigar. Tampoco imaginamos que sea imposible la separación de la América en el orden mismo de las cosas humanas. La historia presenta acontecimientos que no había podido sospechar la previsión. Otros, que ella anunció como infalibles, no han tenido efecto. Tales la falibilidad de los juicios del hombre, aun cuando él medita profundamente y sin prevención, y pronuncia con desinterés y buena fe.

Despacio, Señor Observador, que V nos atropella con su carrera. Díganos por Dios ¿quienes son esos mismos escritores y novelistas, que pronosticaron tan mal de las columnas de Hércules y de los castillos de Lisboa? ¿Fueron Montesquieu, Humboldt, los viajeros de América, o las ánimas benditas? Si no fueron los mismos, borre V. lo escrito, que, aunque pierda algo de su fuerza el terrible argumento, quedará menos vicioso por la falta, que ahora tiene de verdad. Por otra parte, lo que V. quiere probar con el hecho, cierto o falso que cita, no se prueba de ningún modo, porque la consecuencia que pretende V sacar, está en contradicción con lo que dicta la buena lógica. Los que erraron en su cálculo sobre la suerte de España y Portugal, erraron en una conjetura, lo que es muy fácil de suceder en los sucesos humanos, pero de aquí no se puede deducir, que deben errar siempre, ni nunca, aquellos escritores, que refieren los hechos que tuvieron a la vista. Por tanto, creo muy fuera de propósito el haber sacado V. a colación los yerros de cálculo para probar la inexactitud de los hechos que no le acomodan.

El sabio Montesquieu, Señor mío, no puede haber escrito verdades más evidentes, que las que escribió sobre España y América. Se las repetiré a V. para que las examinemos entre los dos amigablemente. En el capítulo 18 del libro VIII. dice: que España para guardar la América destruyó a los habitantes de esta, y que hizo, que las colonias dependiesen de ella hasta para su misma subsistencia. V puede ver en el museo británico, que no está lejos, la historia manuscrita del Obispo Casas, o Casaus, y verá que nuestro Presidente no añadió cosa alguna a lo que había dicho aquel celoso y erudito español, y si duda V de lo que halle en esta historia, consulte a Nicolás Antonio en el tomo primero página 149 de su biblioteca nova hispana, y al doctísimo Feijoo en el número 49 del discurso 10, tomo 4 de su teatro crítico, viendo en estos sabios españoles la fe que merece nuestro buen Obispo.

En el libro 26, capítulo 22 dijo el Señor Presidente, que los Españoles cruel y estúpidamente acusaron, juzgaron, e hicieron morir al Inca Atahualpa contra el derecho de las gentes. Este es un hecho tan constante que no admite contradicción, y pudiera haber agregado otros muchos que se hallan con-

testados por los historiadores de España. Los más célebres son el Foctezuma, el de Guatemotzin, el de Catzonzin, el del Zipa de Bogotá, y el de Tupac Amarrú. Por tanto, no hay razón para decir, que el sabio autor del espíritu de las leyes inventaba cargos que hacer a los Españoles, a más de que, con su acostumbrada exactitud, cita el lugar de Garcilaso, de donde sacó el hecho, y nosotros podemos ver, que antes de este Inca habían escrito lo mismo los historiadores peninsulares, Gómara, Zárate, Diego Fernández, y otros

En el lib. 21. cap. 22. dice el mismo sabio, que la España debiendo sacar más ventajas de las riquezas de América, que las demás naciones de Europa, sacó menos que todas, por un efecto preciso de la mala política de su gobierno. Este es otro hecho indisputable, que aunque Montesquieu no lo hubiese notado estaría de manifiesto por todos los siglos, mientras hubiese hombres con ojos en la cara. Véase lo que han mejorado y enriquecido las demás potencias, y compárese con los progresos de España. Ahora quieren decir los Españoles, que hubo un tiempo en que su nación era más rica, más industriosa y más feliz, y V con estos cuentos de viejas pretende combatir a los sabios, pero le cito a V. ante el tribunal del crítico español Capmany, quien, con los documentos más auténticos e intachables, decidirá, que su amada patria antes del descubrimiento de América, y después de él, era un miserable hospicio de pobres y holgazanes. Y cuidado, Señor Observador, que el Señor Capmany no es alguno de aquellos extranjeros, que, según V, rabiaban de **invidia** por ver a España tan floreciente, sino que fue siempre el Español más firmemente adherido a los intereses de su país, el más amigo de su gloria y de su crédito, y muy poco afecto a los Insurgentes. Después de hallar V esta confesión en aquel crítico, no podrá acusar a Montesquieu por haber llamado perezosos a los Españoles en el capítulo 9 del libro 19 del espíritu de las leyes.

En el mismo capítulo 22 del libro, 21 citado arriba, dice el sabio Montesquieu lo siguiente: **Las Indias y España son dos potencias bajo un mismo amo; pero las Indias son lo principal, cuando España no es más que lo accesorio. En vano querrá la política hacer que lo accesorio arrastre a lo principal, y por tanto, las Indias se atraerán hacia ellas a la España.** Háganos V el favor, Señor Observador, de decirnos, en donde está el error de estas verdades físicas, matemáticas, y políticas. ¿No han sido los dominios españoles en América, comparados con la triste Península, lo mismo que un gran cuerpo de elefante comparado con su cola? ¿No fue más desatinado el haber pretendido que la España gobernase a todo el Nuevo Mundo, que lo sería el pretender, que la cosa del elefante hiciera los oficios de cabeza? ¿No es cierto, que cualquier Reino de América, de los más chicos, contiene más medios que la España para ser un país rico y poderoso? ¿Pues como se atreverá nadie a negar, que todos aquellos Reinos juntos hacían la parte principal del Imperio Español? Si V. lo duda todavía, eche la vista sobre el

globo, y asómbrese con la extensión prodigiosa de terreno que ocupa la América, que aun llaman Española sin serlo ya. Lea V. algo de la historia, y de los viajes del Nuevo Mundo, y aprenderá a conocer lo que aquellos países encierran en su seno desconocido, lo que los mismos Españoles no conocen, ni pueden conocer, porque les falta el conocimiento, y los principios para adquirirlo. Vuelva V. a leer al Barón de Humboldt, si es que lo ha leído antes, y vea en cada una de sus páginas, en cada una de sus líneas, en cada una de sus palabras, el documento incontrastable que eternamente acreditará la estupidéz, que comunica a todos sus súbditos el obscuro trono de Madrid. Todo lo que V. ve en aquellos libros, todo se ignoraría en Europa si aquel ilustre viajero no hubiese visitado la América. ¿Y donde estaban antes de este extranjero, y después de él, los sabios Españoles, que podían escribir mejor que nadie las cosas que les pertenecían? V. dirá que estaban en Salamanca y Alcalá, dictando teología, o componiendo novenas al Santo Cristo de Burgos, a Santiago, y a la Virgen del Pilar. Sea enhorabuena, que continúen en su piadosa tarea literaria, y nosotros volvamos al Señor Montesquieu.

V. dice con un grande aire de satisfacción, que ya hemos visto como **acertaron los políticos y filósofos, que desde Montesquieu no han cesado de anunciar la emancipación de la América.** Explíquese V. más claro, Señor Observador. ¿Lo ha dicho V por ironía contra los filósofos y políticos, o por burlarse de V. mismo? Si ha sido lo primero, es la ironía más fuera de propósito que se puede discutir, porque todos estamos viendo hoy mismo lo que aquellos caballeros no han cesado de anunciar. Si tiene V. a la vista la emancipación de América ¿de que error puede acusarles? Si ha sido lo segundo, esto es, por burlarse V. de sí mismo, contradiciéndose, y haciendo alarde de la contradicción, no es muy fácil de adivinar el objeto con que lo hace, a menos que supongamos en V. un empeño en acreditarse de loco. En verdad, esto que ahora tenemos en las Provincias Unidas del Río de la Plata, en México, en Chile, en Venezuela, en la Nueva Granada, es la mejor prueba de que el Señor Montesquieu, y los políticos y filósofos que le han seguido, tenían narices para oler de lejos, mejores que los ojos que V tiene para ver de cerca. Si, Señor mío muy respetado, aquellos políticos y filósofos acertaron completamente en los corolarios que dedujeron de axiomas infalibles, y V no ha hecho más, que echarles en cara el que hayan acertado. Ninguno de ellos señaló el año, el mes, ni el día en que debía suceder aquella emancipación, porque todos eran demasiado cuerdos para no contar con los mil acontecimientos, que podían ser causa de su retardo o aceleración. En vano V querrá hacerles cargo porque no se ha verificado antes de ahora lo que ellos dijeron, pero esta será, amigo mío, la mayor simpleza en que se podía dar después de verse perdido por todas partes.

Por lo dicho verá V. que nunca hubo necesidad de inculcar **los decretos de la Providencia sobre el resultado de la lucha entre España y los insurgentes,**

porque basta conocer las leyes de la naturaleza, por las que se rigen todas las cosas naturales, para haber decidido, que los insurgentes vencerían, del mismo modo que vencieron los rebeldes de la Suiza, los traidores de la América del Norte, los rebelados de los Países Bajos, y los alzados de Portugal. Todos estos bandidos, asesinos, ladrones, y cuanto V quiera llamarles, se desprendieron de sus amabilísimos, justísimos y dignísimos tiranos, como nosotros nos vamos desprendiendo, por un principio an incontestable, como aquel que enseña, **que nada violento dura.** También se lamenta V. de que **la historia presente acontecimientos que no había podido sospechar la previsión;** pero esto no sucederá en nuestro caso, porque, como V ha visto, estaba demasiado previsto lo que está sucediendo. La verdad es, que la historia da frecuentemente semejantes chascos a los que no saben preveer, a los que la leen sin estudiarla, y a los que usan, como V de las palabras **previsión, desinterés y buena fe,** sin reparar en su significado. Si V, mi amigo, hubiese estudiado los anales del tiempo, con la atención que ellos se merecen, habría dicho, que no solo, **no imaginaba posible la separación de la América en el orden mismo de las cosas humanas,** sino que la debieron esperar todos los días los hombres sensatos, desde que se hizo posible, porque en el orden de la naturaleza no podía un mundo entero depender de un átomo de otro mundo, y porque en el orden civil la injusticia y la opresión deban causar el descontento y el odio. Ahora pasemos a ver, cuales son los medios con que V cuenta para que la España, o por mejor decir, el Rey de España, haga la conquista de la América. Dice Vmd:

Que los recursos en España se hallan atenuados, y que el pueblo sufre, son cosas que no admiten duda.—Después de una guerra tan larga y tan destructora, estos efectos con consecuentes. ¿Cuál es la nación en Europa que no gime, más o menos, bajo el peso de iguales calamidades; resultado inevitable de las convulsiones y lucha espantosa en que se han visto comprendidas todas? Uno de los grandes males que produjo la convulsión general de la Europa, es el extravío de la opinión, o la rabia de las pasiones en los individuos a quienes el nuevo orden de cosas no presenta el interés que bajo el orden anterior lisonjaba a su ambición, y a su orgullo. Muchos de estos individuos se hallan proscritos, o prófugos y errantes en países extranjeros.—Otros que existen en el seno de sus respectivas naciones, y que parecen haberse resignado con el sistema establecido por los gobiernos actuales, conservan en el corazón sentimientos opuestos, y anhelan por mudanzas. De unos y otros se forma la liga que procura aun interrumpir o emponzoñar la tranquilidad pública en Europa. Impotente en su despecho, y frenética en sus esperanzas, esta gente se emplea en sembrar la ilusión. De aquí viene el prestigio que alimenta la inquietud y efervescencia popular en Inglaterra y en Alemania; que sostiene los partidos en Francia; y que esparce fábulas, invectivas, y pintu-

ras odiosas contra España. ¿Que consigne por este medio esa gente? Nada, sino imposibilitar que se emprendan las reformas y los establecimientos que parecen desear, porque no es en medio de agitaciones, y entre los amagos de una rabia ciega, que pueden tener efecto semejantes empresas. No solo imposibilita por ahora este bien, sino que retarda igualmente la época que debe poner término a su misma suerte, reunir los intereses de todos, y abrir el seno de la Patria a los que se hallan privados de ella.

Vaya, Señor Observador, ya se va V poniendo más razonable. V confiesa, que los recursos de España están atenuados, y que el pueblo sufre, pero le faltó contar entre las causas de esta atenuación, y de este sufrimiento, las batallas perdidas en América; las expediciones malogradas, las compras de buques podridos, los saqueos paternales del Rey en los pueblos de la península para ir a buscar el vellocino de oro, la peste de frailes, que, como zánganos de la colmena española, le roban todo el fruto de su pobre industria, la obscuridad que esparce por todas partes el santo tribunal de la Inquisición, la tiranía del amado Fernando, la gracia con que este despacha mujeres a otro mundo, y la prontitud con que repite las reales bodas, las malas nociones de economía política, que reinan en aquel gobierno; y, sobre todo, la pereza de los peninsulares, que no les permite hacer otra cosa, que desea rlos pesos acuñados en México, en Guatemala, en Lima, en Popayán, en Chile, y en Potosí. Francia, Holanda, Austria, Italia, Prusia, Inglaterra, Rusia, y el pequeñito Portugal, han sufrido la guerra del mismo modo que España, y con todo eso, ninguno de los gobiernos de aquellos países se ha visto precisado a saquear a sus pueblos con donativos forzados para cubrir sus gastos, y si V ve a Francia y a Inglaterra, no conocerá que han estado haciéndose la guerra por tantos años, porque aquí los soldados pelean, la marina hace su deber, y los demás hombres, que no son soldados ni marinos trabajan. En España no es así: los soldados, los marinos, los Inquisidores, los frailes, las monjas, los grandes, los chicos, los nobles, los plebeyos, y todos y todas, gastan, comen, beben, fuman, duermen, pasean y descansan, pero ninguno trabaja.

Todo lo que V dice de los grandes males, que ha causado en la opinión de los Europeos su convulsión general, se lo doy de barato, porque nada hace a mi negocio. Que aquí andan VV. **rabiosos, desordenados, emponzoñados, inquietos, proscritos, errantes, prófugos, frenéticos,** y cuanto V quiera, nada importa a nuestra cuestión. Lo único que me toca decir a mí es, que las que V llama **fábulas, invectivas, y pinturas odiosas contra España,** son unas cosas tan ciertas, que nadie, sino V, se atrevería a desmentirlas en Inglaterra, en donde se sabe la verdad de lo que pasa en todo el mundo, porque aquí no hay inquisición que prohíba el curso libre de noticias y papeles. Solo en España puede engañarse la gente con **fábulas invectivas, y pinturas odiosas** de otras partes, porque allí solo los frailes hablan y escriben lo que les conviene, y de todo el resto de la gente, una pequeñísima parte lee lo que se per-

mite leer, los demás se espulgan, y todos callan. La cárcel, el potro, y la horca están allí siempre amenazando a los que chistan, y el miedo guarda la viña. Dejemos esto aquí, y volvamos al texto de Vrnd.

Quando se comparan los recursos de España con los que parece exigir la empresa de someter y conservar la América, se admiten supuestos falsos; y las conclusiones, deducidas de ellos, deben serlo necesariamente.—Si la América Española contiene 17 millones de habitantes, como se cree; y si toda esta población estuviese empeñada en la lucha de los revolucionarios, y ansiosa por separarse del gobierno de la Metrópole, como se quiere dar a entender, la empresa ciertamente sería demasiado temeraria. Pero bien sabido es, que el reyno de Nueva-España, el más rico y más populoso de todos los dominios Españoles en el nuevo mundo, sigue firmemente adicto al gobierno de la Metrópole; que en Venezuela no hay sino un corto número de desesperados que, sostenidos por bandas de aventureros ingleses, aspiran a dominar en el país, o más bien a robar y oprimir a sus habitantes; y que en el río de la Plata no hay sino muy pocos individuos que tengan interés en el nuevo orden de cosas, o que deseen sostenerlo. En todos aquellos países el pueblo, los hacendados, los comerciantes, y las personas sensatas y respetables, detestan los delirios de la insurrección, y los males de la guerra. A los que afectan creer o realmente creen otra cosa, se puede preguntar.—Si la América desea separarse del gobierno de España ¿de que viene que no han podido los revolucionarios conseguirlo en diez años de lucha, y se hallan aun como al principio de ella, no obstante el auxilio sucesivo de los extranjeros, y el haber tenido la España que empeña todos sus esfuerzos para defender su mismo país y su independencia en Europa?

El que admite los supuestos falsos, o por mejor decir, el que los quiere hacer admitir, es V, Señor Observador, y por eso las conclusiones que deduce son más falsas que el alma de Judas. V. pretende demostrar que la opinión de la independencia no es general en América, pero su demostración no es seguramente de un geómetra, que puede lisonjearse de hallar la cuadratura del círculo, ni aun del que conoce la proporción en que está el radio con la circunferencia. Si no es general el sentimiento de todos los Americanos por sacudir el yugo peninsular ¿como explicará V aquel fenómeno maravilloso que presentó el Nuevo Mundo, conmoviéndose a un mismo tiempo, y de una misma manera, desde los confines boreales de Nueva España hasta las frías estremidades del cabo de Hornos? Recuerde V. que México, Guatemala, Venezuela, Santa Fe, Quito, el Perú, Chile, Buenos Aires, en la misma época, y casi en el mismo día, viendo la ocasión favorable, dieron principio a la gloriosa empresa. No parece sino que hubiese habido un plan combinado entre todos los habitantes del Nuevo Mundo, cuando ni comercio, ni la más mínima comunicación tenían entre sí, por consecuencia del sistema opresor de la Metrópoli.

Esta es, Señor mío, y esta será siempre la mejor prueba de que los Americanos, por más que hiciera

su tirano para alejarles los medios solo esperaban la oportunidad de libertarse. Llegó el día deseado, y comenzó la guerra de los oprimidos contra los opresores. Estos eran muy fuertes en México y en el Perú, y por esto dura todavía la contienda sin haberse decidido. Guatemala no puede menos de seguir la suerte buena o mala de México. Venezuela tuvo desgracias que hicieron inevitable su ruina, pero ya la vemos de nuevo casi toda libre. La Nueva Granada sucumbió como Venezuela, pero también ha vuelto a levantarse, y nadie duda que será pronta y enteramente libertada, pues lo está hasta su capital. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, y el Estado de Chile gozan ya de su perfecta independencia. Esta es la verdad pura y neta del estado de América, como lo he expuesto más por menor anteriormente, y como lo sabe todo el mundo, y V. mismo, aunque finja no creerlo, o no saberlo.

Ahora díganos francamente ¿tiene España medios para contener la insurrección, en donde no ha podido sofocarla hasta ahora, y para volver a dominar los países enteramente libres? Si los tiene, diga también donde los ha escondido, pues nadie los ve. Cuéntenos algo de la marina, del erario, del ejército, del crédito público, de la riqueza, y en fin, de todo lo demás que ignoramos, porque las invidias y los celos, y las otras diabluras que siempre persiguen a España, como a las doncellas bonitas, solo nos hacen saber, que no hay barcos, que los insurgentes, o piratas, o demonios se los toman todos, que no hay dinero, que nadie tiene confianza en el Gobierno, que los vales reales están ya a la par, esto es, al valor del papel, un vale por otro, que los soldados se sublevaran por no ir a morir donde murieron sus compañeros, y así, disparates como estos. Por tanto, conviene que en otro número nos detalle V. sus recursos, de que hasta ahora solo nos ha presentado la sombra, por no asustarnos con el cuerpo, y entre tanto, pasemos a ver como se explica V sobre los intereses de la filosofía y de la política. Aquí es donde V. va a eclipsar a Montesquieu.

Si consideramos a la cuestión bajo el aspecto que ella ofrece con relación a los intereses de la filosofía y de la política, no es fácil tampoco descubrir sinceridad, ni solidez alguna en los ratiocinios y declamaciones de los que abogan con tanto entusiasmo a favor de la emancipación y la independencia de la América Española. Intereses de la filosofía... En que consisten? Será en que se proteja a esas hordas de Filibusteros que infestan los mares y las costas de América? o en que se proporcionen auxilios, y se prodiguen elogios a los frenéticos y ambiciosos que no se han sublevado en ella contra la autoridad legítima sino para usurpar ellos mismos el mando y el poder, erigirse en dictadores, oprimir al pueblo, y asolar al país? No hemos visto otra cosa en todo el curso de la insurrección; no otra cosa se puede esperar de los que la dirigen o fomentan, ni del conjunto de circunstancias con que ella tiene precisamente que amalgamarse. Nadie podrá negar, que los criollos en la América Española han sido siempre la clase más ignorante y más corrompida; y que a

sus vicios, y holgazanería habitual, ellos han añadido siempre la presunción más extremada y ridícula, y una veleidad inconcebible. De esta clase, pues, han salido los autores y jefes de la insurrección; los que la dirigen y sostienen; y los que, en opinión de sus panegiristas, van a reproducir, entre los indios estúpidos de su país, las glorias de la antigua Atenas, Esparta, y Roma. Como el carácter de aquellos facciosos es bien conocido; y como no se ignora la serie de atrocidades y horrores con que han marcado los diferentes periodos de la insurrección, ni la imprudencia con que, bajo nombres pomposos, han ejercido y ejercen la tiranía en los puntos que dominan, dejamos a las personas imparciales y sensatas que formen y pronuncien su concepto sobre los beneficios que ha recibido o puede recibir la América de manos de aquellas gentes; y sobre el valor de los elogios y relaciones que publican de cuando en cuando sus agentes, o los aventureros que se hallan a su servicio. Juzgue también por las circunstancias físicas y morales que presenta el estado de la América; por el de la educación, costumbres, y hábitos dominantes; por el número de indios o indígenas que forman la grande masa de la población, y existen aun, la mayor parte indómitos o salvajes, y otros estúpidos, abandonados a vicios groseros, y a la indolencia, y opuestos a la civilización; por la variedad de las castas, y las animosidades y preocupaciones que reinan entre ellas; juzguen por todo esto, si es posible regenerar a los pueblos de las provincias Españolas de aquel hemisferio, darles un gobierno libre, y consolidar su independencia, para que gocen de las ventajas ilsonjeras que puede proporcionar la filosofía a un pueblo ilustrado, enérgico y virtuoso.

Convento con V, Señor Observador, en que no es interés de la filosofía proteger a esa hordas de Filibusteros, que infestan los mares, aunque en verdad no sé lo que son hordas, pero por lo feo del nombre me figuro que debe ser una cosa muy mala. En vano he buscado esta palabra en el diccionario de la lengua castellano. En francés hay una cosa muy parecida, que se llama horde, y significa lo que en español aduar o ranchería de salvajes, pero como no ha llegado a mi noticia, que los piratas anden infestando las mares en rancherías flotantes, me he quedado en ayunas con sus bordas. Tal vez habrá V cometido una figura, que llamaremos hordasis desde hoy en adelante, por la cual se puede dar el nombre de ranchería a un barco armado, así como por otra figura semejante ha llamado V a los corsarios Filibusteros. También convengo con V en que no es del interés de la filosofía proporcionar auxilios, ni prodigar elogios a los frenéticos, ni a los sublevados contra la autoridad legítima, ni a los opresores de los pueblos. No, Señor, los filósofos han sido, según cuentan, bastante pobres para auxiliar a otros, y si prodigasen sus elogios, no valdrían nada. Por eso creo, que el interés de la filosofía es vender bien caros sus elogios, y dar de valde sus insultos. ¿Y, acá entre los dos, como entre amigos, es V. filósofo? Mucho me temo que sí,

por lo poco que elogia, y por lo mucho que baldona a los pobres ladrones de América.

Por lo que me toca, como un individuo de la clase más ignorante y más corrompida, la de los criollos, doy a V. las gracias por el civil cumplimiento de su filosofía, y espero que se la den también el Duque de San Carlos, el Conde de Puño en Rostro, el Conde de Guaqui, el Conde de Vista Florida, el Marqués de San Felipe, y otros, que aunque de mi ruin clase sirven al amo que yo no quiero servir. De esta clase, pues, de que se sirve el Señor Don Fernando VII para sus ministerios, para sus embajadas, para sus consejos, para mandar sus ejércitos, de esta clase ignorante y corrompida, han salido los autores y jefes de la insurrección, los que la dirigen y sostienen, y los que en opinión de todo el mundo sensato están repitiendo las gloriosas acciones de los mejores días de Atenas, Esparta, y Roma.

Pero si he convenido en el cuento de las hordas, y en el de los intereses de la filosofía, no puedo convenir en lo que dice V sobre el carácter conocido de los facciosos, ni en que haya dejado a las personas imparciales y sensatas, que formen y pronuncien su concepto sobre los beneficios, que puede recibir la América de manos de aquellas gentes, y sobre el valor de los elogios que se les hacen: ¿No se acuerda V ya de la simpleza en que ha dado la gente sensata, que sabe raciocinar? ¿Ya se olvidó V. tan pronto de lo que dijo al principio de la oración? Yo se lo recuerdo, amigo, para que no vuelvan esos malditos sensatos a darle otro chasco. Reforme V. su propósito, y no les deje que formen concepto ninguno, ni que pronuncien bien o mal lo que conceptuaren. Lo mejor será siempre, que V. forme y pronuncie los conceptos que aquellas gentes deben formar y pronunciar, porque, como el que hace un cesto hace ciento, así mismo el que yerra una vez, errará cien más, sino se le hace más sensato. ¿Y como quiere V. que juzguen por las circunstancias físicas y morales que presenta el estado de la América; por el de la educación, costumbres y hábitos dominantes, y por todo lo demás, cuando V. no les enseña cuales son, y cuando solo ha dicho, que el Barón de Humboldt, y los otros viajeros han sido engañados? Según esto, V. quiere que las gentes sensatas juzguen por adivinanzas, y que enmienden sus errores sin darles las luces convenientes.

Las atrocidades y horrores, con que se han marcado los varios periodos de la insurrección, y la tiranía que se ejerce bajo nombres pomposos en los puntos que dominan los insurgentes, son cosas, según V dice, demasiado viejas y sabidas para que la gente sensata las ignore, y con todo eso, V. mismo dijo también al principio, que se asombraba de ver, que semejante gente aprobara la insurrección y tuviera por héroes a los insurgentes. Yo creo, amigo mío, que no se puede sacar partido de esta clase de hombres, como tampoco de los filósofos, de los políticos, de los viajeros, ni de los sabios, y sería más acertado, que se ciñese V. a escribir para los insensatos y para los necios. Estos al cabo son más dóciles, menos caprichosos, y más fáciles de persuadirse.

Los otros le saldrían a V. con la pamplina de que las atrocidades y horrores causados por los Americanos, han sido nada en comparación de lo que han hecho los Españoles, que Vmds. fueron los que comenzaron, y que los insurgentes podían y debían, según el derecho de gentes, usar de represalias, para contener en su deber a sus inhumanos enemigos. Para apoyar este disparate le citarían a V. la doctrina de Vattel, bien terminante en el § 142. del cap. VIII. del lib. III, y querrían persuadirle, que este extranjero se ve como el maestro universal del derecho de gentes en Europa. Querrían también defender estas condenas represalias con el ejemplo del célebre Lisandro, con el de los Estados Unidos de América en su revolución, y con otros como estos, sacados de los libros prohibidos en España. En vano les diría V, que estos son delirios de la política, y que aunque los Españoles acabasen con todos los Americanos, no había derecho para matar a uno solo de los matadores, porque aquellos debían ser esclavos de estos, desde que así lo dispuso Dios y el Papa, pero como esta gente no oye hablar a Dios, ni conocen más papas, que las que les ponen en la mesa, se reírían de los más incontestables argumentos.

No sería menos inútil la pensión que V. se tomase en hacer ver a los sensatos, que los Españoles eran incapaces de cometer semejantes atrocidades y horrores, que son **invidias** de extranjeros, y disculpas de insurgentes. Le contestarían, porque nunca les falta que contestar, que aunque nosotros los rebeldes no chistásemos, ellos siempre creerían, que las escenas actuales del teatro bélico americano deben ser semejantísimas a las que se representaron en el teatro de los Países Bajos, que Venegas, Abascal, Pezuela, Morillo, Sámano, Osorio, Marco y los demás generales, que han ido a poner en juicio a los rebeldes de América, no son de otra mejor alcurmia, que la del gran Duque de Alva, y que tampoco hay motivo para creer que la humanidad de estos buenos caballeros sea mayor, que la de los héroes de la fama, Cortés, Pizarro, Almagro, Alvarado, Pedrarias, Dávila, Velásquez, Valdivia, Mendozas, y Toledos. Habría tal vez alguno de esos, que se tienen por más sabiondos, sin haber leído a la Madre Agueda, el ramillete de divinas flores, ni aun al Padre Lárraga, que dijese: que nosotros los endiablados insurgentes tenemos en nuestro favor la presunción, porque somos los que nos defendemos, y que VV. la tienen en contra, porque son los que se toman el trabajo de dejar su casa para llevar la muerte a la nuestra.

En cuanto a la tacha que V. pone a la clase ignorante y corrompida de los criollos, temo mucho que algún sensato de esos que leen al tonto Montesquieu, le podrá decir a V. Esos vicios, de que acusais a los Americanos, los han heredado de vosotros: ellos no han tenido comunicación con extranjeros; ni han podido aprender otra cosa, que lo que han visto en el ejemplo de sus padres, ni ha podido influir en su cultura otra educación, que la que se les ha dado, ni han tenido otro gobierno que les haga buenas leyes, que les abra el camino de las virtudes y de la gloria, que el vuestro. Así pues, si

ellos son lo que vosotros decís, sois demasiado malos para encargarnos de la educación de ningún pueblo, y por eso es del interés de la filosofía, y de la política, el dejar libres a los Americanos, para que con otro gobierno, y otros ejemplos, sean mejores.

Por esto, Señor Observador, cantaba un poeta americano del Sur lo siguientes versos, que no dejarán de gustar a V.—

**En vano pretendimos floreciesen
Las ciencias, y las artes, y 'alientos,
Cuando estaban opuestas nuestras leyes,
Y la torpe dureza del gobierno.
Donde hay esclavitud son infructuosas
Las influencias benignas de los cielos.**

**¿Que clima mas feraz que el de la Grecia
En elevados y floridos genios?
¿Empero, bajo el yugo de los Turcos,
Cual es hoy la cultura de los Griegos?
La ignorancia, barbarie, y fanatismo,
Y la superstición, tienen su imperio
En todas la regiones que domina
Un déspota tan duro como el nuestro.
Esta la causa ha sido que vivamos
Entre abundantes frutos tan ambrientos,
Entre el oro y la plata cual mendigos?
Entre nosotros mismos extranjeros.
Después de tres centurias de existencia,
Aquestos pobres y oprimidos pueblos
Se ven lo mismo que el primero día,
En que se puso el misero cimiento.
Si no quitamos la funesta causa,
En vano la ignorancia lloraremos;
El yugo sacudamos del tirano,
Y libres lo demás seremos luego.**

Si, Señor mío, nuestro poeta tiene razón, y se la da el marino Ulloa en el capítulo 4 del libro 1 de su viaje, números 72, 73 y 74. Por el testimonio de este viajero español verá V, que si los Americanos no somos los hombres más sabios del mundo, no es por nuestro defecto, sino por una consecuencia del diabólico gobierno de España, que nos quita los medios y el estímulo. Pero con todo esto, ha podido más nuestro genio, que la política de nuestros tiranos. Siempre se ha visto salir de entre nosotros hombres grandes, como Olavide, que hizo en España, en pocos días, más mejoras que todos los ministros Españoles en siglos enteros. Si V. los busca por la carrera de las armas, hallará entre los Americanos buenos militares, como el Chileno Marqués de Valparaíso, Generalísimo de los ejércitos españoles, en tiempos de Felipe IV; como el otro Chileno Marqués de Covarrubias, Mariscal de Francia, como el Habanero Marqués de la Solana, asesinado por los filantrópicos españoles, como el Limeño Conde de la Unión, asesinado por los mismos de su ejército, como el Caraqueño Miranda, que lució en Francia, en el tiempo en que no lucía más que el mérito militar, y como otros mil, que sería largo referir. Si se buscan por la carrera de las letras, hay tiene V. al Indio Garcí-

laso, a los criollos Oviedo, Molina, Iturri, Funes, Ovalle, y otros muchos, como historiadores, a Unánue, a Villalobos, a Moziño, a Caldas, a Flores, a Esparragosa, y otros, como físicos, a Tolsa, Alzate, Aldama, Cora, Pozo, Gama, Velásquez, Oteyza, y otros mil, como matemáticos y artistas. Me parece, pues, amigo Observador, que estos ejemplares numerosos, prueban bien, que no ha habido otra razón para que los Americanos no háyamos hecho muchísimos progresos, sino la que se halla en el capítulo citado de Ulloa, y advierto a V, que este escritor no es de aquellos que tenían **invidia** a los Españoles, porque debía ser del número de los **invidiados**, ni era cualquiera cosa, sino un miembro de la Academia Francesa, y de la Real Sociedad de Londres.

Esto es lo que debí decir, Señor Observador, desde que V empezó a tratar de los intereses que la filosofía y la política podían tener en nuestra libertad, pero como V me asustó con las **hordas de aquellos condenados Flibusteros**, se me cayó la pluma de la mano. También pude decirle, que aquellos Señores **Flibusteros**, que andaban ciertamente **desbordados**, se llamaron piratas, porque andaban robando con la autoridad privada de cada uno de ellos, y que los corsarios americanos tienen patentes de unos gobiernos, que, aunque no sean del agrado de V, existen de hecho, y por esto son respetados de las naciones neutrales. Si estas naciones no entienden de derecho de gentes, ellas se tienen la culpa, y nosotros el provecho. Que envíen los demás Europeos a sus ministros a estudiar a Salamanca, y verá V que pronto se remedia el mal, y como se van a todos los diablos los **Flibusteros** de nuevo cuño. Pero para quedar al cabo de todas las razones que V tiene para probar, que la filosofía y la política no tienen interés en nuestra causa, veamos lo que le falta que exponer. V continúa diciendo:

Mas ¿a que fin hablar tanto de filosofía, y ostentar en bellas frases tanto zelo por el bien de la humanidad?—¿Es la España la única Potencia que tiene colonias? o hay otra alguna que haya tratado y trate a las suyas mejor que ella? Si hemos de atender a las voces de los discolos, o a las declamaciones de los entusiastas, no hay gobierno en la tierra que no sea tiránico, y que no sacrifique la dignidad y los derechos del pueblo a su ambiente y a su orgullo. El código de Indias que España dio a sus colonias, no respira sino desvelos generosos por el bien de sus habitantes, y excede en previsión y dulzura a todo lo mejor que hasta entonces habian dictado los otros gobiernos en favor de las suyas. El curso del tiempo, el orden de los acontecimientos, las nuevas relaciones que ellos han producido, y el progreso de las luces, exigen sin duda otras consideraciones; y España no solo ha ofrecido una amnistia general a los insurgentes, sino la admisión de los Americanos a todos los empleos y honores del Estado en común con los Españoles Europeos, y el comercio de todas sus provincias con las naciones extranjeras, bajo reglamentos fundados en principios de libertad, y conformes a la actual situación política de aquellos países, y a la de Europa. España añadió

a esta oferta la de condescender con todas las otras pretensiones o solicitudes de los Americanos que fuesen justas y compatibles; asegurando el cumplimiento de una y otra oferta con la garantía de la fe pública, y la de las grandes Potencias aliadas. Preguntamos ahora ¿qué nación o gobierno sería capaz de proceder con más nobleza y más liberalidad en iguales circunstancias? y ¿a que mayores ventajas pueden aspirar los pueblos de la América Española bajo el yugo de sus dictadores, entre las oscilaciones continuas de la discordia, víctimas a un tiempo de la ambición, rapacidad, y frenesí de sus opresores domésticos, y del orgullo y codicia de los extranjeros? El amor de la humanidad, siempre unido al del buen orden, y al de la rectitud, pide que se empleen todos los medios posibles para poner fin a las turbulencias de la América, y para remediar en ella los males presentes, y evitar los futuros.

No es la España, Señor mío, la única potencia que tiene colonias, pero sí es la única que las ha tratado de un modo insoportable. ¿Como tiene V atrevimiento para preguntar, si ha habido alguna Metrópoli, que trate mejor a las suyas? ¿Quiere V, comparar el trato que dio la Inglaterra a aquellas colonias, que hoy componen los Estados Unidos? Los Anglo-Americanos siempre fueron hombres libres, y más libres que los Ingleses en muchos respectos, y nunca tuvieron otro motivo más poderoso de queja, que el de haberles impuesto, sin su consentimiento, ciertos derechos, como todos aquellos que siempre se nos impusieron en nuestros países. Las colonias Inglesas siempre fueron, y ahora son, poco menos que Estados independientes, sobre los cuales apenas tiene la Metrópoli una sombra de autoridad. Ellas tuvieron, y tienen, sus legislaturas, son dueñas de su libertad, la representan dignamente, promueven sus adelantamientos por sí mismas, y nada se les opone para conseguirlos. En una palabra, la última de las colonias inglesas estoy bien seguro, que no cambiaría su suerte por la de la Metrópoli española. Si ve V las posesiones francesas, holandesas y suecas, se convencerá, de que solo los Españoles tienen la gracia de poseer tesoros para vivir en la miseria, y para comunicarla con la opresión, y la estupidez a los desgraciados países que llegan a sujetar. Compare V, buen hombre, a Jamaica con la Habana, compare a México con los Estados Unidos, compare lo que era Santo Domingo en manos de los Franceses con lo que fue en manos de los Españoles, compare, en fin, los gobiernos inglés y francés con el español, y ahorrará las demás comparaciones. Si V, quisiese tomarse este trabajo desagradable, encontraría mucho adelantado en aquel documento **legítimo**, que he citado antes, de la Ciudad de Veracruz, en el que hallará un paralelo muy bonito a la mitad de la página 49.

Está bien que no atienda V. a las voces de los discolos, ni a las declamaciones de entusiastas, pero atienda a la razón, y no disparete con tan poca vergüenza, porque así empeora la condición de la causa que tan malamente se ha puesto en sus manos. V solo aprendió a decir desvergüenzas, y sin más

caudal que este, ha emprendido una obra, que pedía el mejor juicio, los más exquisitos conocimientos, y el mayor respeto a los principios generalmente recibidos entre la gente culta. ¿A quien le hubiera ocurrido la extravagante idea de defender fuera de España el despotismo de su gobierno, sino a un hombre, que despreciase a todos los demás? ¿Quien sino V. se habría atrevido a hablar del código de Indias, sin saber lo que son Indias, ni lo que el tal código contiene? ¿En donde estudió V. los elementos de la jurisprudencia, los principios de la legislación, los derechos del hombre, los deberes del príncipe, las obligaciones comunes de todos los miembros de la sociedad, para saber si el código de Indias es bueno o malo? ¿Porqué no nos ha citado V. algo de lo mejor de aquel código? Solo esto ha faltado para que V diese la última prueba de que merece ser ilustrador de Montesquieu.

Para que V sepa lo que contiene el código de Indias le diré, que allí se hallan autorizados suficientemente todos cuantos atentados pueden cometer los Virreyes, las Audiencias, los Gobernadores, que allí se hallan las leyes que establecen las mitas, y los repartimientos de indios, con que se destruyó muy pronto la poca población, que escapó de la espada de los conquistadores, que allí se hallan las leyes escandalosas, por las cuales se hacen a los indios más viejos menores de edad, para que de este modo sean siempre tratados como niños, que allí se hallan las leyes, que privan a los Americanos de cultivar lo que se cultivaba en España, de comerciar como comerciaban los Españoles, y de emplear sus talentos y su industria en lo que mejor les pareciese. Si los Americanos saben algo, si tienen algo, si trabajan en algo, no lo deben, Señor Observador, al código de Indias, ni al Gobierno de España: lo deben a su aplicación, y al clima, que han hecho inútiles los obstáculos que les oponía el despotismo

Ahora nos dice V, que la España no solo ha ofrecido una amnistía general a los Insurgentes, sino la admisión de los Americanos a todos los empleos y honores del Estado en común con los Españoles Europeos, y el comercio de todas sus provincias con las naciones extranjeras. En cuanto a su amnistía, en español amnistía, le digo a V, que no es el perdón de haber hecho la revolución lo que nosotros fuimos a buscar con ella, y así es lo que menos nos importa: nosotros queremos ser libres, o morir peleando por la libertad. En los empleos que el Rey nos puede dar, él será el servido, y nosotros los servidores, y por eso no tomamos como favor el ofrecimiento, ni le damos por él gracias. Cada uno de nosotros tiene en su país los medios de vivir independiente, sin servir a Rey ni a Roque, y sin exponerse a que lo hagan hoy Ministro, y al día siguiente lo envíen a Ceuta o al infierno. Por lo que toca al comercio con los extranjeros, ni estos, ni nosotros, somos tan necios que lo creamos, aunque nos lo ofreciera Fernando sobre el honor de su madre. ¿Y a donde iba el pobre Cádiz entonces? ¿Y a donde iba a parar la estropeada España? ¿Como es, que no se ha cumplido la promesa? ¿Porqué no han empezado a ir

los extranjeros a Veracruz, a Lima, y a las demás partes que han estado bajo la obediencia de S.M.? ¡Ah, Padre mío! No son los Americanos, no, tan estúpidos como V piensa. Ellos conocen las uvas de su majuelo, y no se llevarán el chasco, que se van llevando los pobres Españoles, que esperan aun lo que ofreció el Rey en su decreto de 4 de Mayo de 1814. Pero no hay que cansarse, Señor Observador: no es el comercio, ni el perdón, ni los empleos, lo que nosotros solicitamos de España, es que nos deje en paz, que se avenga ella como pueda con sus frailes, su inquisición, y su despotismo, que nosotros sabemos lo que nos conviene, así tan ignorantes y tan estúpidos como V. vé

El amor a la humanidad, siempre unido al del buen orden, y al de la rectitud, dice V, que piden emplear todos los medios posibles para poner fin a las turbulencias de América, y para remediar en ella los males presentes y evitar los futuros. Convento con V. en esto sinceramente, y le encargo que interponga sus buenos oficios para con el Rey de España, a efecto de que tome el único medio posible, que le queda, de conseguir la pacificación de América, y es, que se deje de quijoterías y reconozca nuestra independencia. Puede V decirle, que los Ingleses no perdieron en los Estados Unidos, ni la décima parte de los hombres, que él ha hecho morir en el Nuevo Mundo, y que no se acredite de más inhumano, que lo que está ya acreditado. Pero antes de encargarse V de esta comisión tan honrosa, es justo que nos hagamos cargo de los escrúpulos, que le quedan a V que vencer, sobre los intereses de la filosofía, expuestos en el siguiente parágrafo.

Nada hay más conforme a los intereses de una filosofía sensible, generosa, y preservadora. Los de la Política no pueden dictar otra cosa, sino en el extravío de las pasiones, o bajo los prestigios de una ambición ciega. Las convulsiones y calamidades que sufre la América, perjudican a todas las naciones, no solo por ejemplos demasiado peligrosos, sino porque interrumpen la elaboración de las minas, y el cultivo de los frutos con que ella provee a la Europa entera, y con que alimenta su comercio. Excitan, además de esto, un espíritu de inquietud y de aventuras en medio de los pueblos Europeos; hieren la imaginación de las gentes poco reflexivas, y son causa de que muchas de ellas, en vez de aplicarse al trabajo y a la industria en su patria, la abandonan para ir a buscar fortuna a la otra parte del atlántico, donde se convierten en piratas, o se agregan a partidas insurgentes, y corren con ellas a robar y devastar el país ajeno. La inclinación a este género de vida se aumenta, y extiende su contagio. El honor y la moral que mantienen el orden, y promueven la felicidad en el mundo civilizado, pierden su fuerza; y los hombres adquieren el hábito de la ferocidad, y se familiarizan con la depravación y los crímenes.

Para evitar todos esos males, Señor Observador, conviene que se haga cuanto antes lo que acabo de decir a V, que se reconozca mañana mismo nuestra independencia. Considere V. el provecho que las

demás naciones sacarán de nuestro comercio, de nuestra agricultura, de nuestras minas, cuando la paz y la libertad reinen entre nosotros. Considere V lo que ahora pierden estas naciones con una guerra feroz como la que VV. hacen en América, a donde nunca han llevado brazos para trabajar, sino sables para cortar brazos y cabezas, y en donde solo han facilitado los medios de contener el progreso natural de la ilustración y de la riqueza con su código de Indias, con sus cedularios, y con su ignorancia. Considere V. el atraso notable en que van las minas de México, que, según V ha dicho, está enteramente sometido al imperio de la benéfica política de Madrid, y se asombrará de ver, que en el último año, todo el cuño mexicano no ha llegado a once millones y medio de pesos, cuando anteriormente llegó aquella casa de moneda a acuñar treinta. Considere V, que mientras más mineros y agricultores destruyan los fieros Españoles en nueva España, menos plata, menos cochinilla, menos añil, menos bálsamo, menos productos mexicanos de toda especie vendrán a Europa, y menos consumidores quedarán para las manufacturas inglesas, francesas y alemanas. Considere V; al fin, que no hay otro medio de cortar este mal, que el reconocimiento de la independencia del Nuevo Mundo, que se ha llamado español, porque aquellos habitantes antes perecerán todos, que sujetarse a un yugo más duro que la muerte. Si, Señor Observador, observe V, que aunque a los ningunos medios, que tiene España para someter de nuevo a la América, se agregasen los muchos que tiene Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Turquía y la China, no se sacaría más provecho, que aniquilar del todo la población de nuestros países para emprender la misma obra dentro de cincuenta o cien años. Lo que no ha de ser dudadero, Señor Político, lo que no haría más que retardar el término preciso, que la misma naturaleza puso a la independencia de América, solo puede emprenderlo un gobierno estúpido, como el que V. defiende.

No sea V tan medroso a los **contagios** que traerá nuestra independencia a los Europeos. Aprenda V a ser despreocupado con el ejemplo de esa sabia nación a que V pertenece, de esa nación, que teniendo colonias, favoreció en compañía de Francia y Holanda la independencia de los Estados Unidos, y en los males que estos Estados Unidos y la Holanda han traído al mundo político y comerciante, divisará V los que deben traer los nuevos Estados de América. Vea V que gran mal recibirán todas las naciones del mundo con que se les abran unos países vastísimos para descargarse en ellos de la multitud de hombres, que no hallan pan en su patria, y que ostigados del hambre, son arrastrados invenciblemente a la revolución y al desorden. ¿Que gran mal recibirá la política con proporcionar a los descontentos europeos de todas partes un lugar donde puedan contribuir a hacer el bien universal? ¡Ah, mi amigo! la política de V es muy rara, y sin duda puede V decir lo que Bonaparte: **J'ai ma politique a moi.** Por esto no se conforma V. con Montesquieu,

ni encuentra una autoridad en su favor, a no ser el famoso decreto de 4 de Mayo de 1814.

Una vez que acabó V. de desenvolver sus principios, pasemos a ver lo que de ellos deduce en la hipótesis de nuestra emancipación. Dice V:

Si admitimos la hipótesis de la emancipación y la independencia de la América Española, la vista menos perspicaz descubre desde luego una serie espantosa de inconvenientes y males públicos. La convulsión debe pasar a todos los otros puntos del hemisferio Americano; y lo que el Abate de Pradt dice del gobierno del Brasil, a saber "que una Potencia establecida en la América no debe poseer dominios en la Europa" se realizará precisamente en sentido inverso; perderá la Europa todo lo que posee en la América. Este trastorno, verificado como es natural, por medio de grandes conmociones, y entre calamidades y horrores, variará por fin las relaciones entre los dos hemisferios, y destruirá los intereses del comercio Europeo. Puede sostenerse con razones de mucho peso, que España sería entre todas las Potencias de Europa la que menos perdería en este caso.

Ya hemos dicho cuales serán los inconvenientes y males públicos, que debe traer nuestra independencia a todo el mundo: mucha mejora en nuestra constitución; mucha plata y mucho oro en Europa, mucho comercio con todo el universo, mucha tranquilidad en todas aquellas partes conmovidas ahora por consecuencia de la miseria, y mucho provecho para todos los hombres, que no sean frailes o inquisidores, porque esta canalla solo en España, y en el infierno, puede estar bien. La revolución no pasará, prudentísimo Señor, ni al Canadá, ni a la Guayana, que no es española, porque aquellas colonias están contentas, y deben estarlo con sus Metrópolis, pues son libres y felices, y no lo serian más con la independencia; pertenecen a naciones muy sabias, y que no se gobiernan a la usanza de los Turcos; conocen lo que les conviene, y la diferencia que hay entre su situación y la nuestra. Por el Brasil no debe V tomarse mucha pena, porque por más que V lo quiera como cosa propia, el Rey Don Juan lo quiere demasiado para cuidar de él, y no ahora medio de mejorarlo, ni deja de hacer lo que debe y alcanza para tenerlo contento. El Brasil, Señor mío, es hoy un país más libre que España, y donde hay mejores políticos que en Madrid. En verdad, no debe V apesadumbrarse de esto, porque, según entiendo, V. tiene bastante afición a Portugal, y lo deja conocer en una que otra frase portuguesa que campea en su papel.

En cuanto a que **España sería entre todas las Potencias de Europa la que menos perdiese** con nuestra independencia, quiero convenir con V. en ello, para hacerle ver, que ganando todas aquellas potencias muchísimo, según queda expuesto, la España debe apresurarse a tomar su mayor parte de ganancia. Pero, como amigo, no dejaré de decir a V, que mientras los frailes no tomen una hazada, y ganen con el sudor de su rostro el mucho pan, la mucha carne que comen, y el mucho vino que deben,

la pobre España andará siempre de mala data, y no podrá competir con las naciones industriales. Donde el holgazán engorda con lo que el pobre suda, Señor Observador, la economía política no tendrá mucho que contar, sino piojos, mugre y sobaquina.

En vano los talentos económicos del Señor Don Fernando se agolarán expidiendo cédulas, como la que V. copia en la página 42 del No. 1.º de su Observador, para hacer **sociedades de modistas, que vistan con nuevos y graciosos trajes al bello sexo español, por los modelos antiguos, griegos y romanos, airo-sos y acomodados al carácter nacional.** V. se asombra al ver que no haya ocurrido esta idea a ninguno de los otros gobiernos más cultos y más industriales de Europa, pero no es esto lo que debe asombrar, sino que haya habido un Rey tan mal economista, que creyese, que las sociedades de modistas, con nuevas invenciones de trajes griegos y romanos, darían a la miseria pública el alivio, que piden otras reformas, que no son el vestido de las mujeres. ¿Cuánto más acertado habría sido dejar a las modistas en su oficio, y poner una hazada a cada fraile en la mano, para que no sea preciso ir a comprar el trigo a los oros, ni dar lugar a que lo traigan los Anglo-Americanos? Pero sin agricultura, sin industria, sin riqueza, llena España de soldados, de frailes, de pretendientes a los empleos de América, de ociosos y de pobres, tratar de proteger a las modistas, para que inventen **nuevos graciosos gastos**, con que las mujeres acaben de arruinar a los maridos y padres, a la griega, y a la romana, y a la hotentote, solo en una cédula del Rey Fernando se podía ver en estos tiempos ¡Pobres Españoles, como os compadezco! ¿Y esta es la felicidad con que nos convidais? Gozadla por muchos años, sin competidores ni envidiosos

Vamos, Señor Observador, nos falta el último trago del amargo cáliz que V. nos ha presentado. Apurémosle hasta las heces, quise decir, hasta el fin, porque según hemos visto, todo lo que contenía eran heces, zupia, y zurrapas. V. después de haber dicho cuanto podía y no podía, cuanto debía y no debía, y cuanto sabía y no sabía, concluye su **político** e impolítico discurso del modo siguiente

Daríamos a estas reflexiones mayo extensión, sino fuviésemos que atender al orden de las materias en este Periódico, y a los límites que nos hemos propuesto en cada uno de sus Números. Acaso trataremos aun de este mismo punto en alguno de los Nos. siguientes, a fin de desenvolver y presentar bajo todos sus aspectos, y en toda sus luz, las ideas que hemos tocado; bien que hasta ahora nada hemos encontrado que pueda disminuir su fuerza, en los escritos verbosos de los que abogan por la independencia de la América. No creemos tampoco, que ellos puedan, con la excentricidad y sofistería de sus racionios, imponer al género humano; ni que los gobiernos de las naciones civilizadas dejen de conocer la importancia de restablecer el orden y la paz en el nuevo mundo.

Yo creo que es una fortuna, Señor Observador, para la causa que V. defiende, el que haya tenido

otras materias que tratar, porque con eso dejó de escribir otro millar de desatinos, que le seguiría yo notando Pero nunca será tarde para que continuemos, V. en los demás números de su Observador, y yo en otras caricaturas como la presente. Siga V. desenvolviendo sus cartapacios, que yo le ofrezco irlos enrollando del modo que pudiese, y si no ha encontrado nada, que le haga fuerza en los escritos verbosos de los que abogan por mi causa, yo me encargaré en mis escritos **desverbados** de manifestar la poca fuerza que le hace a V. la razón Todo el mundo está convencido de que el Observador no tiene otro objeto, que el de combatir la independencia de América, y así era escusado que V. nos anunciase la continuación de sus tareas Solo nos ha chocado la facilidad con que se lisonjea V, y algún otro, de que los Gobiernos de las naciones civilizadas entiendan las cosas, que saben mejor que V, del mal modo que V las entiende. ¿Ha pensado V, amigo mío, que hay algún gobierno civilizado, ni por civilizar, que esté esperando el voto de V. para formar sus opiniones? ¿Y ha creído algún hombre racional, que el modo con que V. trata esta materia puede hacer honor a la causa, ni a la literatura de España? Yo le aseguro a V, que si fuera ministro español le daría una pensión para que no escribiese sobre estas materias, y para que solo se entretuviese en publicar fabulillas como la del **topo**, que nos dió en la página 45, y que por bonita copio aquí.

**Dice un autor,
Que al topo dieron
Un par de anteojos
No sé en que tiempo.
Ufano el topo
Quiso con ellos
Claros de quiera
Ver los objetos.
De un lado al otro
Los vuelve a fiento;
Mas nada puede
Ver el bichuelo.
La madre llega
Con paso lento;
Le halla afanado
Mustio y perplejo.
¿Que tienes hijo?
Le dice riendo.
¿Cual es la causa
De tu desvelo?
En vano anteojos
Me estoy poniendo,
Responde el hijo
Muy fríste y serio.**

**En vano, o madre
Nada ver puedo.
Acaso ignoro
Como ponerlos.
¡A un topo anteojos!
Con espavento
La madre exclama:
Déjalos necio.
Solo ser útil
Puede, te advierto,
A hombres, no a topos
Ese instrumento.
Quien te lo dió
Si tiene intento
De hacer que veas,
Pierde su tiempo.
La luz no vierte
Del alto cielo
Para nosotros
Sus rayos bellos.—
Entre los hombres
Se hallan por cierto
Topos iguales
Al de este cuento.**

¡Y como si se hallan, Señor Observador! Pero dejemos que los topos humanos se descubran ellos mismos por lucir sus anteojos, y pidamos a Dios un poco de la cordura que concedió a la madre topo. Con esto, y sin esto, debo ya concluir esta carta, que para primera está demasiado larga. Le pido a V. mil perdones por lo molesto que le habré sido, y

quedo con la mayor consideración su afectísimo amigo, y reconocido, atento, seguro servidor, y capellán Q.S.M.B.

DIONISIO TERRASA Y REJON

POSDATA

Noviembre 16

Señor Observador

Como la demora que ha sufrido esta carta en la imprenta, ha dado lugar a que salga a luz antes de ella el número 2º del periódico de V, tengo la oportunidad de contestar también a los nuevos errores con que nos favorece. Empiezo por la satisfacción que V. nos da en las páginas 97, 98, 99, 100 y 101, sobre lo que dijo en el número anterior contra los criollos, que componen la clase más ignorante y corrompida de América

Digo, pues, que si aquella proposición fue falsa y calumniosa, la satisfacción es en extremo poca cuerda V quiso decir algo para contentar al padrino, pero no supo hacer ni esto siendo tan fácil. Ya yo he dicho sobre la materia lo que convenía, y he defendido mejor que V. al padrino con toda su parentela, teniendo V. entendido que mi defensa es gratis, porque ni tengo ni quiero tener relaciones de interés con gente grande.

Ahora nos sale V. con que hablaba de la plebe o gente baja. ¡Salida de pie de banco! Pues habría V. dicho una discreción digna de un Observador, asegurando que entre las clases de América, la de la plebe es la más ignorante y corrompida. Esta observación es del mismo género que la del Observador, que observaba un puente nuevo, y preguntado ¿que le parecía mejor de la obra? contestó: **nada me parece mejor, que el ingenio del que hizo el puente, porque si como lo echó a lo ancho del río, lo hubiera echado a lo largo, habría consumido más tiempo y materiales.** Si, Señor mío, así como todo puente se echa a la a la ancho de los ríos, así la clase baja o plebe en todo el mundo es más ignorante y corrompida que las otras, y por eso no verá V. observaciones de esta clase en escritores que tienen sentido común. Mas a pesar de que la plebe de América sea más ignorante que la clase literata, dudo mucho que haya un solo individuo entre aquellos más ignorantes, que no esté persuadido de que los que estudian en el mundo saben más que los que no estudian.

Pero ya que hablamos de plebes, Señor mal Observador, ¿sabe V. que no hay en el mundo una plebe menos ignorante y menos corrompida que la americana? Pero que ha de saber de plebes el que no sabe lo que la palabra significa. Lea V los viajes, Señor mío, lea las historias, lea algo de lo que hay escrito sobre América, por hombres que saben observar. V hallará allí, que la viveza natural que comunica el clima a los seres organizados, suple ventajosamente al hombre en el nuevo mundo por la falta de enseñanza, que los talentos naturales de

los criollos los hacen vivos y despiertos, que la suavidad del mismo clima es causa de que sean tan moderados, como sensibles y dóciles. Sin esto era imposible que hubiesen conservado la menor armonía con unos hombres tan duros y fieros como los Españoles.

Sepa V mi amigo, que en los anales americanos no se encuentran los rasgos de torpeza y atrocidad que son muy frecuentes en las plebes europeas. Los crímenes de los americanos son siempre crímenes de hombres, que no salen de la esfera común, pero los que allí se cometen por soldados o marineros europeos son crímenes de fieras disfrazadas con figura humana. Sepa V, que cuando en aquellos pueblos inocentes se oye decir que se ha cometido un hecho atroz, nadie pregunta quien lo cometió, pues es bien sabido, que sólo pudo ser un español europeo. Sepa V, que por esto dicen los paisanos de V. en América, que los criollos son chicos en todo, pues sus mismos crímenes carecen de la grandeza, o enormidad, que tienen los de ellos. Y sepa V, en fin, que estas observaciones son muy antiguas, y hechas por jueces europeos, que han vivido muchos años en América, juzgando criminales. Si V. gusta de más noticias sobre esta materia, no tendré embarazo en citarle mil autoridades incontestables, que deberán preferirse a las observaciones de aquellos muchos, que le han contado a V. lo que escribe. Celebraría tener ocasión de dedicar una sola carta a este punto interesante, para combatir a V, y a sus maestros, con los hechos y escritos más conocidos y autorizados

Pero antes de concluir con esta materia, me será permitido preguntar a V. ¿con qué clase de hombres ha comparado a la plebe americana? Si ha sido con la de los literatos, con la de los nobles, con la de los eclesiásticos, o con la de los empleados por el Rey, no ha sido ninguna gracia, aunque entre estos últimos suelen ir algunos por allá, que se hallarían muy favorecidos cambiando su ignorancia y su corrupción por las de aquellos plebeyos. Si la comparación ha sido con las otras plebes del mundo, debía haber escrito más claro, y con todo esto, no podría probar la verdad de su aserción, mientras que yo le convencería con solo las gacetas de Londres, de París, de Madrid, y de las demás partes de Europa, que estos populachos son más ignorantes y corrompidos que los nuestros. Es verdad, mi amigo, que aquí hay muchísimos más individuos en la clase baja que saben leer y escribir, pero la crasa ignorancia se abriga muy bien en cabezas que conocen los veinte y cinco, veinte y seis, o veinte y siete caracteres del alfabeto, así como cabe muy bien un buen saber en hombres, como Pizarro y Almagro, que no distinguieron jamás la i de la o.

Esto es lo que hay de cierto en cuanto al influjo del clima, y las causas morales, que trae V. a colación sin entenderlo. Por lo que respecta a la falta de educación, mejor le habría estado a V. no traerla a la memoria, porque de ella resulta el cargo que le tengo hecho al ignorante y perverso gobierno que V. defiende. Pero ya que ha dado V. en buscar el

cuesco a la breva, sabiendo que no lo tiene, le diré, que el cuesco está en el título 24 del Libro 1º de aquel código, que V nos ponderó como la obra maestra de la legislación. Si Señor allí verá V. de manifiesto la guerra más declarada y sangrienta contra todo libro, que pudiera pasar a América, aun contra aquellos que manosean todos los días los frailes españoles, cuya naturaleza debe V. conocer también, como el poco peligro que con ellos se puede causar en el mundo. Por esto los Americanos podemos decir, que somos los educados por la naturaleza, habiendo tenido que luchar contra la tiranía para que siquiera nos dejase discurrir en la obscuridad. Por esto también dijo el sabio Barón de Humboldt lo que hallamos en el capítulo VII del libro II, en donde después de haber dado cuenta del mérito relevante de los tres **sabios mexicanos** Alzate, Velásquez y Gama, continúa del modo siguiente:

Si ha entrado en estos pormenores sobre el mérito literario de tres sabios mexicanos, ha sido para probar con su ejemplo, que la ignorancia, de que el orgullo europeo se complace en acusar a los criollos, no es efecto del clima, o de falta de energía moral, sino solamente del aislamiento y los defectos propios de las instituciones sociales de las colonias.

Esto bastaría para convencer a un Observador, que respetase a los sabios de cualquier país que fuesen, pero como V solo tiene a España por la mansión de la sabiduría, será preciso buscarle un escritor español, y tan español como Fernando séptimo. Vamos a ver lo que nos dice el Señor D. Antonio de Ulloa, que para V debe ser un oráculo. Empezemos por donde su Señoría empezó su viaje, esto es, por Cartagena, que nunca se ha tenido por lo más culto del nuevo mundo.

En el capítulo 4 del libro 1º nos dice el Señor Don Antonio, que en Cartagena **los mulatos y demás castas, que componen la plebe, son los que solo trabajan en todo género de oficios mecánicos, porque los Chapetones, o Españoles, no quieren emplearse en los ejercicios que aprendieron y usaron en sus países, temiendo en grande afrenta el buscar su vida en estos ejercicios, por lo que se ven muchos perdidos.** Los criollos blancos no es extraño que con este ejemplo se hagan tan holgazanes como los Españoles, aunque como naturales del país, siempre deben hallarse menos perdidos que los otros. Ahora, pues, Señor Observador, puede V. **observar**, que no es la clase de los criollos, o como después ha dicho, la **plebe** de América, la más corrompida e ignorante, sino la clase de los europeos, que llevan allá todos los vicios. Diga V. todavía, que los que escriben mal de los Españoles, y bien de los Americanos, son extranjeros **invidiosos** de las riquezas y poder de Carlos V, Felipe II, y Tubalcain I. Con todo esto, V. me permitirá seguir manifestando lo que se halla en el mismo capítulo del Señor Don Antonio de Ulloa, que como hombre de España no puede mentir sin licencia del Papa.

Nótase por lo regular, dice, hablando de los criollos de Cartagena, en ambos sexos ser de entendimientos claros, y comprehensivos, y consiguen-

mente poseer hábiles y despiertos ingenios; y que tienen industria para trabajar muy perfectamente en las artes mecánicas. Esto reduce más en los que se inclinan a las letras, porque en la pequeña edad de aquella juventud se experimenta un particular lucimiento de la aplicación, adelantando la sutileza, y claridad de sus entendimientos en término muy breve, lo que en otros climas no consiguen sino a fuerza de mucho trabajo, y alguna más madurez. ¿Que tal, Señor Observador? Parece que el Señor Don Antonio merece una reprimenda de V, como la que ha llevado el tonto Montesquieu y el atolondrado Humboldt, y este Español con mayor razón, pues siendo de los suyos, no apoya la ignorancia y corrupción Americana. Pero no es esto lo peor, sino que metiéndose luego este malhadado viajero a inquirir la causa de que a los 25, o 30 años de edad, hayan perdido aquellos criollos su primera aplicación, dice: **La causa principal, que se conoce para que con tanta brevedad desfallezca la aplicación, y cesen los progresos en los entendimientos de aquellos naturales, es sin duda la falta de objetos, en que emplearse, y en que tener el estímulo de lograr el adelantamiento correspondiente a el afán de sus tareas, y el premio de sus estudios, por carecerse allí de la ocupación en ejércitos y armadas, y ser en corto número los empleos literarios.**

He aquí, Señor Observador, **del influjo del clima y de las causas morales**, lo que otros **observadores** mejores que V. han **observado** por sus propios ojos, atribuyendo todo lo malo, que hay entre nosotros, a nuestra situación política, es decir, a la dependencia de España. Pero V dirá, que Ulloa se dejó engañar de los criollos con **cuentos fabulosos**, y que si no fuera así, no le habrían dicho a V. muchas personas lo contrario, como **producto de sus observaciones en diferentes puntos de aquel hemisferio.** Tememos, sin embargo de todo esto, que esas muchas personas, podrán ser del número de aquellas, que dice el Señor Don Antonio, que andan perdidas en América por no querer emplearse en los ejercicios que aprendieron y usaron en sus países. Si V. nos las hubiera dado a conocer, como hago yo cuando cito lo que no es parto mío, tal vez no diría esto, pero el misterio, y el tono de oráculo, con que V. nos predica, deja a cada uno la libertad de pensar lo que quiera, como sucede en aquello de que: **Los mismos naturales de la América que ha nescrito con más filosofía, convienen en lo que acaba V. de decir.** ¿Quiénes son esos mismos naturales para que Dios nos libre de sus filosofías? Sin darnos V los nombres siquiera, ni podemos saber si V. los finge, o si les da de gracia el título de filósofos.

Ya dije a V, que el Señor D. Antonio de Ulloa, hablaba de Cartagena, cuando hacia aquellos elogios de la clase que V. ha llamado más ignorante y corrompida de América, y dije también, que no era aquel clima uno de los más acreditados del nuevo mundo por su benigno influjo sobre la parte moral e intelectual del hombre. Seguiremos, pues, con el viajero español por donde le llevan sus aventuras literarias, y veamos lo que nos dice de los Quiteños.

Aquí hallamos en cuanto a la ignorancia de la plebe, que por ser los **mestizos y los indios menos presuntuosos que los Españoles**, se dedican ellos solos a las artes y oficios, mientras aquellos viven en la infelicidad, pobreza, y miseria: **Que los indios y mestizos son los escultores, los plateros, los pintores, y fan sobresalientes en esta última arte, que sus obras han merecido grandes estimación en Roma.** Con todo esto, dice nuestro viajero, que domina la pereza y flojedad a aquellas gentes. No es extraño, pues con el ejemplo de los Españoles deberían ser la misma virtud de la diligencia para no corromperse, y al mismo tiempo, la escasez de obras, la poca utilidad que de su trabajo pueden sacar, y el abatimiento en que yacen mientras viven, deben fenerse por suficientes causas de disculpa. Aquellas gentes tienen talento y disposición para las artes que más lo necesitan, y podemos creer, que si Quito hubiese sido colonia de Ingleses, de Franceses, u Holandeses, los Quiteños serían hoy los primeros artistas del universo, pues todo lo que hasta ahora han adelantado lo han hecho sin maestros, sin estímulo, y sin provecho.

De la **juventud distinguida de aquel país**, dice, que **dedica sus primeros años a los estudios de filosofía, teología, y leyes, siendo así todos capaces en estas facultades; pero muy cortos en las noticias políticas, históricas y de ciencias naturales, que contribuyen al mayor cultivo de los entendimientos.** Nuestro viajero atribuye esta falta de noticias políticas, históricas y de otras ciencias naturales, a que las gentes que transitan por aquellos parajes no son a propósito para comunicárselas; pero V, Señor Observador, puede observar fácilmente, que el Señor Don Antonio se engaña en esto, porque en ninguna parte los transeúntes van dando lecciones de política, de historia, ni de otras ciencias naturales, a las gentes que encuentran por el camino. La causa verdadera, única, e invencible de este mal, está en el título 24 del libro 1º del apreciable código de Indias, que cierra la entrada en América a todo libro, bueno o malo, chico o grande. Está también la causa, en que el ánimo generoso de SMC no ha tenido a bien consentir, que se enseñen en nuestros colegios otras cosas, que aquellas que vio el Señor Don Antonio en Quito, y a fe, que S. M. sabía lo que hacía, porque todo lo que los Americanos supiésemos, pasando de los **entres de razón y las cualidades ocultas**, el temor de Dios y el temor al Rey, que nos enseñaba la filosofía, teología y leyes, lo demás podía traer muy malas consecuencias.

Dejemos al Señor Don Antonio buscando las causas de la pereza quiteña, y pasemos a Lima, en donde halló este viajero a los negros y mulatos bien ocupados en las artes mecánicas, y donde halló también que aquellos naturales son **briosos y dóciles; ninguno consiente ser predominado con vituperio, y son muy obedientes y reducibles al agrado; aman mucho la dulzura; tienen mucho coraje, y su pundonor es tanto, que ni disimula afrenta, ni solicita lance con provocación o atrevimiento.** Mira V. que tachas, Señor Observador, las que tiene aquel demo-

nio de populacho. **La nobleza**, continúa el viajero, **corresponde en sus modales a las circunstancias de la calidad; la cortesía brilla en toda sus acciones; y el obsequio para con los forasteros no conoce límites, y con agrado brindan el cortejo sin presunción ni lisonja.** Finalmente halló el Señor Ulloa, que además de la viveza y penetración de entendimiento de aquellos naturales, así en hombres como en mujeres, **los adelanta mucho la cultura, adquiriendo por medio de las conversaciones nuevos quilates de perfección, que les facilitan las frecuentes ocasiones de tratar con las personas de mayor decencia y lucimiento que pasan de España.** Dígame V ahora, Señor Observador, si aquellos naturales adquieren nuevos quilates de perfección con el trato de las personas que van de España ¿que quilates no adquirirían con el trato de las personas que pasasen de París, de Londres, de Edimburgo, de Berlín y de otras partes como estas? Serían sin duda un pasmo de perfección, y esto es lo que han perdido con la miserable dependencia de una Metrópoli, que haciéndole todo favor, convendremos solo en que no es la más ilustrada de Europa.

Vamos, al fin, con nuestro viajero español a Chile, y observemos en el camino lo que él observó sobre la navegación del Callao a Valparaíso, en que se tardaba un año de ida y vuelta, hasta que un piloto, buscando los vientos generales mar a fuera, consiguió ir del Callao a Valparaíso en un mes, y volver en quince días, por lo que la Santa Inquisición de Lima lo tuvo por brujo, y le obligó a demostrar, que no era más, que un piloto más hábil que los otros. Tome V de paso este documento contra las buenas instituciones que ha habido siempre en España para proteger los adelantamientos, y animar a los hombres discursivos, y estrañe luego algún defecto que quede haber en la plebe americana. De los Chilenos dice únicamente nuestro viajero, que **en cuanto a sus costumbres, y modales no hay diferencia a las que quedan advertidas en las anteriores descripciones;** mas como no son del todo iguales las que ha hecho de Cartagena, de Quito y de Lima, hubiera sido muy conveniente, que este Señor astrónomo y matemático usase en este caso de un poco de aquella exactitud, que debió sobrarle de la medida de los grados del meridiano, que fue el principal objeto de su viaje. Por tanto encargamos a V, que vea lo que sobre esto dice el académico Feullée en la página 310 del tomo 2º de su viaje, lo que se halla en el capítulo III de La Pérouse, lo que refiere Vancouver en el capítulo V de su libro 6º, lo que cuenta el Ingeniero Frezier en la relación de Lima, tocando por incidencia la hospitalidad de los Chilenos, y en fin, lo que enseña Molina en el cap II del libro IV de su historia civil de Chile. Leyendo V. esto, Señor mío, sabrá lo que han dicho los **viajeros, historiadores, y naturales de América, que han escrito con más filosofía.**

Me parece pues, Señor Observador, que basta con lo expuesto para que V. se persuada de que habría hecho mejor en dejar la proposición de su número primero como la concibió en su principio, sin

meterse en nuevo berengenal V. vio, que había desagradado a los mismos que pensaba complacer, vio también que no podía pasar raquel desatino, ni entre los menos informados en las cosas del nuevo mundo, y no teniendo virtud para confesar el error, de que todos le acusan, quiso defenderse con una interpretación tan violenta como absurda. Lo que V. dijo fue: **Nadie podrá negar que los criollos en la América Española han sido siempre la clase más ignorante y corrompida.** Ahora dice, que solo fue su intento hablar de la **plebe, o gente baja.** Si admitimos a V. esta excusa, V. nos admitirá también el nuevo cargo que le haremos, de que escribe cosas distintas de las que se propone escribir, y sobre todo V. ha visto por el viaje de Ulloa, que no son los criollos plebeyos los más corrompidos e ignorantes en América, sino aquellos caballeros, que se ven perdidos por no querer usar en aquel país los oficios bajos que aprendieron y usaron en España.

Ahora me acuerdo, Señor Observador, que dejé pasar en su carta la contestación que merecía aquella clausulilla de V. en que hablando de la clase ignorante y corrompida de los criollos decía: **De esta clase, pues, han salido... los que en opinión de sus panegiristas van a reproducir entre los indios estúpidos de su país las glorias de la antigua Atenas, Esparta, y Roma.** Si Señor, los indios estúpidos de nuestro país, gracias a la legislación española, que los embruteció, no eran tales cuando Cortés admiraba sus instituciones, y cuando Pizarro deshacía el más benigno imperio de que tienen memoria los siglos Para que V. vea, que los indios han perdido mucho en vez de ganar con haber sido conquistados por los Españoles, le recomiendo la lectura del documento número 11, en donde hallará V. cosas muy buenas sobre la estupidez de aquella gente. Las observaciones de mi paisano D Francisco Yturri sacarán a V. de mil dudas en que está, aunque este sabio americano también es de la clase más ignorante y corrompida.

Dice V que **la facilidad de vivir sin trabajar,** sobre las demás cosas que le he rebatido, es causa de la corrupción e ignorancia de nuestra gente. ¿Donde es, Señor Observador, donde hay facilidad de vivir sin trabajar? ¿Donde dice Ulloa, que se ven muchos Españoles perdidos por no emplearse en los bajos oficios, que usaron y aprendieron en su país? ¿Como se ven perdidos los Españoles en América, como se ven en tanta miseria, siendo tan fácil vivir sin trabajar? Seguramente será porque esta gente es más torpe que la plebe americana. Seguramente los campos de América se labrarán por sí solos, el trigo y el maíz los producirá la tierra molidos, amasados, y cocidos; las casas se levantarán del suelo cuando se necesiten, los algodones producirán las telas hechas para vestir a aquellas gentes, los carneros darán trabajadas con su lana las mantas, ponchos, bayetas, bayetones, cordellates, y pañetes, con que se cubren los más infelices, el calzado les nacerá en los pies a los Americanos, y los sombreros los hallarán en la cabeza cuando gusten, las minas ob-

sequiarán gratuitamente a los Europeos con sus pesos y doblones acuñados, los frutos, que salen del nuevo mundo para Europa, brotarán del suelo en el estado en que vienen, y se meterán a bordo de los buques sin intervención humana. Solo así, Señor Observador, podremos concebir el prodigio de ver aquellos pueblos en el estado en que están, y el mundo lleno de sus productos, sin el trabajo de los Americanos.

En América no se vive sin trabajar, Señor Observador, aunque sea verdad, que puede vivirse allí con un trabajo moderado. Si V. halla, que esto debe ser causa de ignorancia y de corrupción en el mundo, según los principios de su filosofía, yo hallo, que por el contrario, debe producir cierto género de luces y de moralidad, que huyen siempre de la miseria y de la angustia de un excesivo trabajo. Cuando el hombre puede dedicar algunos ratos al descanso y a los placeres inocentes, cuando el labrador, el artesano, el jornalero tienen asegurada su existencia con el producto de un trabajo, que no es en extremo penoso, la razón no tiene motivo para abatirse, y debe desenvolverse naturalmente. En el descanso de las fatigas, que no han agoviado el espíritu, se puede discurrir sobre los objetos que se tienen a la vista Sin ansiedad, y sin desesperación, se puede conservar la paz y la armonía en el matrimonio, y se deben ver los hijos con amor, y no con pesadumbre. En este estado feliz se siente la necesidad y la conveniencia de conservar la vida, se aprende a estimar el valor de la ajena, por la estimación que se hace de la propia; se alimenta en el alma tranquila la generosidad, el desinterés, la verdadera amistad, y todas las semillas de las virtudes sociales. Por esto sucede, Señor Observador, que los Americanos son generalmente dulces, obsequiosos, generosos sin comparación, hospitalarios, buenos amigos, buenos maridos, los padres más amorosos del mundo, y los hombres menos crueles en sus mismos crímenes.

Por esto, Señor mal Observador, observó mejor el abate Raynal, en el tomo V, libro II, parágrafo 31, **que la historia no acusa a los criollos ninguna baja, ni traición de las que manchan los anales de todos los pueblos, y que apenas se notará un crimen vergonzoso que haya cometido un criollo: que jamás entran en los ánimos de estas gentes la disimulación, los artificios, ni las sospechas: que tan francos como vivos, no admiten en su comercio aquellos misterios y reservas, que ofenden la bondad, destruyen el espíritu social, y oprimen la sensibilidad: que son penetrantes y prontos para concebir y producir todas las ideas con energía: que al talento de observar, añaden la fuerza de combinar; y que con esta feliz concurrencia de cualidades intelectuales, que forman el carácter del hombre capaz de las más grandes empresas, se atreverían a todo cuando la razón lo exija de ellos.**

Vea V, amigo mío, que diferentes observaciones a las suyas hacia el Señor Raynal, y cuan bien pintado está, por aquella pluma divina, el carácter noble, franco, y generoso de los criollos ¡Ah, mi amigo! Si V. nos hubiera conocido mejor, no nos hubiera

tratado tan mal Las virtudes de nuestros pueblos se hallan demasiado acreditadas en el mundo literario, para que V. pudiese salir con bien en su mal concebida empresa Repase V. de nuevo lo que halle en Ulloa, en Feuillée, en Frezier, en Vancouver, y en La Pérouse, sobre nuestra generosidad incomparable, y permítame que le diga, que todavía aquellos viajeros no dicen la mitad de lo que debían. La honradez, y la generosidad, corren parejas entre nosotros con la grandeza de alma y el desinterés.

En mi país, mi amigo, es donde hay la verdadera humanidad, en donde el hombre necesitado, sin más recomendación que su necesidad, halla protección y auxilio, en donde al extranjero solo por considerarlo en tierra extraña, se le da mayor protección que a otro, bien al revés de lo que sucede en los países cultísimos, que son el lustre de Europa, en donde el que nació en otra parte, es por esto solo despreciado y mirado como sospechoso Entre los Americanos se ve con mucha frecuencia, o mejor dirá, es costumbre, prestarse unos a los otros su dinero, sin escrituras ni recibos, vender al fiado sobre la palabra, y cumplir todos sus obligaciones, mejor que lo que se cumplen en estos ilustradísimos Estados, en donde las mismas leyes, que se hicieron para que se guardase la buena fe de los contratos, son el origen de mayores fraudes, y la autorización de las violencias más atroces Si aquí el interés vale más que el honor, allí por el honor se sacrifican de intereses Si aquí solo se mide la respetabilidad por los bienes de fortuna, allá es por el uso que se hace del dinero en favor de los hombres menesterosos.

En aquel clima feliz en que yo nací, Señor Observador, por la gran bondad e inocencia de los habitantes las casas están abiertas a todo el mundo día y noche, sin temor de ladrones o petardistas; las gentes extrañas se reúnen en sociedad, y se tratan con mayor franqueza que la que aquí tienen dos hermanos. Allá los hombres son sociales; aquí viven aislados, temiéndose los unos a los otros. Allí las leyes son inútiles para conservar la paz y la buena fe entre los hombres; aquí son poco poderosas para contrarrestar a la corrupción general. Allí el hombre descansa sobre la bondad ajena, aquí la desconfianza general ha hecho misántropos a todos los mortales Allí, en fin, se vive, cuando aquí se sepultan los hombres en la soledad para no ser víctimas de sus compatriotas. Mas dejemos esto aquí, porque apurar esta materia sería apurar al desagrado, con que debe recibir estas comparaciones el orgullo europeo

Cuando V ha dicho, que los **hacendados, comerciantes, y personas sensatas y respetables** de la clase de los criollos, detestan de la insurrección y sostienen el partido del Rey, ha dicho lo que ha querido, y no lo que es cierto. Yo desafío a V. a que me dé algunos nombres de las tales personas, que haya en Buenos Aires, en Chile, en Caracas, y en Santa Fe Y mientras tanto, para que V. vea lo general que es el sentimiento de la independencia en Venezuela y Santa Fe, le recomiendo lea los oficios del cruel Morillo al ministro de la Guerra en Madrid.

Vea V en el que he puesto entre los documentos de mi carta, como **no hay un solo Cura adicto a la causa Rey, y como es preciso enviar de España misioneros, teólogos y abogados, porque si el Rey quiere subyugar aquellas provincias, debe tomar las mismas medidas, que al principio de la conquista.** Allí verá V. muy claro, que si en España se piensa que el espíritu de revolución en aquel país está confinado a pocos individuos, es menester desengañarse. En Venezuela especialmente este espíritu es general.

Pero no crea V, Señor Observador, que el odio a los Españoles, y el amor a la independencia es nuevo en América No Señor, es tan antiguo como el descubrimiento de aquel continente En el capítulo 4º del libro 5º del viaje de Ulloa hallará V, que ahora un siglo en Quito, era tan fuerte la oposición, que había entre criollos y españoles europeos, que tenían aquella ciudad dividida en dos bandos En el capítulo 15 del viaje de Azara, encontrará V. también, que en Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, y demás ciudades de las Provincias Unidas del Río de la Plata, siempre reinó la mayor aversión de parte de los criollos contra los españoles, y tanta, que el padre y el hijo, el marido y la mujer, no estaban en paz, cuando el uno era americano y el otro español Por esta aversión, tanto más grande, cuanto el americano era más instruido, el Señor Azara se muestra muy contrario a los criollos, como era natural, y les sacude el polvo con algunas imposturas españolas Finalmente verá V. en el capítulo 7 del libro 2º del ensayo político del Barón de Humboldt, que estanto lo que los Mexicanos odian y desprecian a los Españoles, que se juzgan ofendidos con que se les dé a ellos la denominación de tales, y contestan: **Yo no soy español, soy americano.**

Si esto era cuando estábamos de buenas, cuando partíamos de un confite, dígame, Señor Observador ¿como andará la cosa ahora, que los Venegas, Callejas, Morillos, Montevertes, Boves, Pezuelas, Sámanos, y demonios coronados, han quitado las poblaciones, arrasado las ciudades, y hecho correr ríos de sangre americana? Vaya V por allá con su Observador, y se desengañará de los errores, en que cae por su buena intención, y por sus malas noticias A la vuelta nos contará cuantos hacendados, comerciantes, sensatos, y respetables, encontró entre los partidarios de la Santa Inquisición, y del Santo Rey de los Inquisidores Entre tanto, será mejor que se deje V de escribir impertinencias y dislates, porque como ha visto ya, son más los errores en que incurre, que las letras que contiene su escrito.

Con esto debía yo concluir mi posdata, pero como no concluyó V. su nuevo ataque en la satisfacción que dio a los que censuraron su proposición escandalosa, sino que continúa después en la página 153, pretendiendo desacreditar las noticias publicadas en todas las gacetas del mundo, sobre la toma de Santa Fe por las armas de Bolívar, me veo precisado a sacarle de las dudas que le ocurren. Todas ellas están reducidas, a que a un mismo tiempo llegó a su noticia, que se iba a emprender la campaña,

y que se realizó. Esto es falso, Señor mío, hace dos meses que se supieron las primeras victorias de los ladrones insurgentes en las cercanías de Tunja, y después de esto han llegado las noticias, que V no puede digerir, y con razón, pues son capaces de ceusar un cólico al español de mejor digestión. Pero lo peor es, que los últimos conductos, por donde se han comunicado estas malas nuevas, son los de Santa Marta, y Cartagena, que están en poder de los fidedignos realistas, que no pueden engañarse ni engañarnos, en cosa tan grave, y que tienen tan cerca de sus narices

Pero de esto collige V, que Bolívar tuvo que escapar y arrojarle al ferrillorio de Nueva Granada, por diferentes motivos: primero, porque las tropas realistas le habían cortado todas las comunicaciones con las otras bandas insurgentes; segundo, porque se le había idspersado mucha gente; tercero, porque no tenía provisiones ni recursos; y cuarto, porque su concepto entre los insurgentes de Venezuela iba empeorándose cada día más y más, y se le aborrecía generalmente. Ciertamente tiene V. un modo de colegir, que encanta y enamora. Cuando un hombre conquista un Reino, V colige que no tenía recursos, armas, municiones, soldados, ni crédito entre los que le seguían, y que se hallaba en el caso apurado de andar oculto y fugitivo. ¿Quién fue el maestro, que le enseñó a colegir cosas tan incolegibles?

Ahora también quiere colegir V de la pérdida de la Nueva Granada, que Morillo no dependía, ni ha dependido jamás de Santa Fe para la subsistencia de su ejército. Este colegir a lo menos es oportuno, aunque no sea muy racional, porque así se sale del apuro, en que aquel general debe verse con un suceso, que siempre temió como el más fatal a las firstes reliquias de su ejército. Pero, Señor mío, V. colige lo que quiere, y no ha sido, como V. dice, de España, ni de la Habana, sino de Santa Fe, de donde ha recibido siempre Morillo los socorros que ha necesitado, porque hay más con que socorrerse en un décimo de la Nueva Granada, que en mil Españas, y Habanas multiplicadas por ellas mismas. No pasará mucho tiempo sin que V. lo vea por sus ojos, así como volveremos a ver a Paez, coronado de nuevos laureles, como vimos a Mac Gregor, después de haber publicado la gaceta del Gobierno español de Caracas, que había sido herido, muerto y enterrado, mientras el gozaba de la más perfecta salud. Por tanto, diremos desde ahora por Paez lo que por Mac Gregor dijo un poeta insurgente, llamado Blas O'Drenel, en el siguiente

SONETO

**Meno de susio un pobre cabecilla
Leyendo estaba en oficial gaceta,
Como no hay ya lugar que no someta
El poder invencible de Castilla.**

**De insurgentes no queda ni semilla,
A todos descripó la bayoneta;**

**Y el funesto catálogo completa
Su propio nombre en letra bastardilla.**

**De como fue batido, preso, y muerto,
Y como me le hicieron picadillo,
Dos y tres veces repasó la historia:**

**Tanto, que al fin, feniéndolo por cierto,
Exclamó compungido el pobrecillo:
¿Conque es así? Pues Dios me tenga en gloria.**

Estos son Señor Observador, los triunfos de los Españoles en el Nuevo Mundo, y este el crédito que se merecen los documentos fidedignos y relaciones exactas e imparciales, con que surten a V. las personas respetables de su conocimiento.

Se mete V también a aconsejar a los Ingleses, que en vez de ir a formar una colonia en el Río Orinoco, vayan a hacerla al cabo de Buena Esperanza, porque aquello es de su nación, y esto no. Seguramente habrá V discurrido mucho para encontrar una noticia tan nueva para los Ingleses, y ellos deben quedarle muy reconocidos por el aviso, pues sin él podían caer en el error de suponer al Orinoco en el país de los Hotentotes. Con esto no tenga V. ya cuidado alguno: no irán a un clima mal sano, ardiente, desierto, destructor, y sin permiso del gobierno legítimo a quien pertenece aquel país; a lo menos espararán a que V. mejore el clima en otro número del Observador, y a que les venda el terreno el Señor Onis con los poderes de S. M. C.

En cuanto a la llegada que V asegura de los dos Comisionados de Buenos Aires, que han venido a negociar un préstamo, de que están desahuciados, yo creo que no hay tales caballeros de Buenos Aires, ni tal préstamo, ni tal desahucio. Tal vez serán los caballeros de Noruega, u otra parte más lejos, y como para V todos los países son unos, los ha aplicado a Buenos Aires sin escrúpulo de conciencia. Yo sé, que se ha propuesto un empréstito por parte del Gobierno de Chile; he visto un impreso que corre sobre el proyecto, he oído hablar bien de él a los negociantes que entienden de estos negocios, y no creo que se haya desahuciado a aquel Gobierno, que sin disputa tiene más crédito en Londres, que el de S. M. C. Yo sé, que hay muchos, que quieren entrar en negociaciones con el Estado de Chile, porque siempre ha pagado bien, y sé, que a Fernando no le fian un maravedí, sin que alguna casa extranjera se obligue a pagar por él, como sucedió con los transportes de aquí, y de Burdeos.

Antes de concluir, Señor Observador, esta posdata, me permitirá la bondad de V. recomendarle la lectura del bosquejo histórico, que pondré al fin de los documentos, en el que aprenderá V. a conocer el estado actual de la América del Sur, y los principales sucesos que han ocurrido desde el principio de la revolución hasta el día. En este trabajo me ha puesto V. con su Observador, de manera, que si encuentra alguna cosa, que no le sea muy satisfactoria, échese V la culpa, pues yo me estaba callado, mientras no hubo quien me buscara la boca, y para otro

día, Señor filósofo, político, y poeta, acuérdesse V. de aquel adagio, que dice: el que tiene de vidrio su tejado, que no tire piedras al vecino.

Vale

TERRASA Y REJON.

OTRA POSDATA

Habiéndome gustado mucho el soneto a la libertad, y la oda a la expedición de Ultramar, que V. se sirvió darnos desde la página 125 hasta la 129 del número segundo de su periódico, he pretendido ensayarme en la poesía, procurando imitar tan preciosos modelos, y estimaré a V me corrija los defectos, en que mi inexperiencia me puede haber hecho caer, quebrantando las reglas de un arte tan difícil

SONETO DEL OBSERVADOR

A Dios, o libertad, noble quimera,*
**** y embeleso infeliz del pecho humano!**
Tu no me engañas, no: muestras en vano
**** esa faz brilladora y lisongera.**
¿Do reynaste jamás, dulce embustera, ,
**** con firme asiento y generosa mano?**
Apareciste al Griego y al Romano:
***** más! que en breve tu luz dexó su esfera!**
Por cortos días de esplendor y gloria,
**** abriste un cañal a espantosos males**
**** que refiere de horror llena la Historia.**
Exemplos yo do quiera veo iguales
**** de aferradora y lúgubre memoria;**
***** y! ay! deslumbrarás aun a los mortales?**

Trova del soneto con los mismos consonantes.

¡Divina Libertad! noble quimera
Te llama un Español. ¡Oprobio humano!
Mas no pienso lo hiciese tan en vano,
Que la pluma vendida es lisongera.

Si España no la da por embustera,
Porque le asienta el Rey tan bien la mano,
Sin contar con el Griego, ni el Romano,
Pueblos libres tenemos en la esfera.

Donde hubo libertad se vió la gloria,
Donde hubo despotismo solo males:
Aquesto enseña la severa Historia.

Egemplos vemos por doquier iguales,
Que alhagan y consuelan la memoria
De los fristes y miseros mortales.

* En este pie el Observador escribe otra cosa de la que quiere escribir; porque A Dios, o libertad, da a entender, que el soneto es dirigido a Dios, o a la libertad; pero por el contexto se infiere, que debió decir: Adios ¡oh Libertad! Adios, interjección, y ¡oh Libertad! vocativo. Del modo como lo escribe el Observador, parecen dos dativos con la partícula disyuntiva o

** Parece que ignora el Observador, que todo verso debe comenzar con letra mayúscula, cosa que saben los muchachos de la escuela

*** Estas interjecciones son de lo más modernos que puede haber en la retórica.

ODA DEL OBSERVADOR

A LA EXPEDICION DE ULTRAMAR

O'naves,⁽¹⁾ que ligeras,
Aunque de duro cobre revestidas,
Las ondas altaneras
Surcasteis afrevidas,
Burlando su broveza envanecidas;

Y por dudosos mares
Seguisteis peligroso rumbo incierto,
Siendo en tantos azares
Jugueis de Euro yerto,
Hasta que abrigo os diera ansiado puerto:

Si de vogar causadas,
Tranquilas os meceis en la bahía,
Y si estais desarmadas
Las que fuisteis un día
Egemplo de ardorosa bizzarria;

No por eso en descuido
Os entregueis a criminal reposo,
Ni pongais en olvido
A, Lepanto famoso,
Ni al vecino Trafalgar glorioso.⁽²⁾

Tornad, naves amadas,
De nuevo al fiero mar: tornad unidas,
Las sondas preparadas,⁽³⁾
Las anclas recogidas,⁽⁴⁾
Y las utiles velas desceñidas.⁽⁵⁾

Llenad vuestra cubierta
De marinera gente:⁽⁶⁾ el artillero
Prepare mecha cierta,⁽⁷⁾
Y el infante guerrero
Afile en su reposo el corvo acero.⁽⁸⁾

Guerra, guerra renene,
De las débiles almas a despecho,
Desde el alto Pirene
Hasta el hercúleo estrecho,
Y guerra sienta el indignado pecho,⁽⁹⁾

(1) Estas naves me huelen a irlandesas, como olió al Observador el apellido del Supremo Director de Chile, porque no hay mucha diferencia de O'Higgins a O'Naves

(2) Desde luego convenimos, en que lo más glorioso que hay en los anales marítimos de España, es el descalabro que sufrió esta nación en Trafalgar. Cosa mas parecida a los triunfos de Vasco Figueira no se ha visto, ni verá

(3) Muy buena providencia será por cierto ir desde Cádiz hasta el cabo de Santa María, sondando la mar para ver si se han criado algunos escollos, que aujereen las blandas quillas de estas naves famosas

(4) Mejor sería que llevasen las anclas arrastrando, para que les sirvieran de sonda

(5) Esta prevención no es escusada, porque los Marineros Españoles son poco amigos de largar vela

(6) No está la monta en llenar la cubierta de marinera gente, sino de gente marinera

(7) No será mala mecha la que soplará el artillero

(8) Sí que esté bien afilado, porque el insurgente es hombre de cabeza dura

(9) ¡Pobres insurgentes con tanta guerra y guerra, y tanto pecho indignado! Ahora sí que su ruina es inevitable

No es baja tiranía,
Ni de sangre y conquista sed rabiosa,
La que fiera os desvía
De la patria amorosa,
Ni la codicia de riqueza ansiosa: (10)

Derechos mas sagrados (11)
Defenderán con generoso anhelo
Esos noble soldados,
A quienes guarda el cielo
Nuevos laureles en distante suelo. (12)

Tres siglos transcurrieron
Desde que los pendones de Castilla
Tremolantes se vieron
En la argentina orilla:
Tres siglos hace que cantaba Ercilla (13)

Si el indio desgraciado
No existe ya: si el misero vencido
Cedió al acero ayrado
Del vencedor temido,
Como la flor al cierzo embravecido, (14)

¿Quién pues osado intenta
Romper el feudo y mancillar la gloria?
¿Quién el suelo ensangrienta?
¿Quién busca la victoria?
¿Quién obscurece la inmortal memoria?

¿Del Inca soberano
Acaco el descendiente? ¿Es el viznieto
Del gran Caupolicano?
¿El Popayán inquieto?
¿O' el necio esclavo al ídolo sujeto? (15)

Mas, ¡ay! (16) no, no son estos
Los que a la madre patria han provocado;
Son los bastardos restos
De Pizarro esforzado,
Los hijos de Valdivia y Alvarado (17)

Ellos son los que agitan
La rebelde bandera: ellos son hora
Los que venganza gritan,
Y guerra asoladora,
Y libertad, y libertad traidora.

Ellos los que desean
Vengar al indio que inmoló su acero,
Y en su nombre pelean
Cual lobo carnicero
Que con la piel se viste del cordero. (18)

Ellos los que proclaman
Deberes y justicia en sus razones,
Cuando en su auxilio llaman
A, los drakes, (19) ladrones
Que de su seno arrojan las naciones.

Y ellos quienes las manos
En sangre fratricida (20) se tiñeron,
De mil muertos hermanos;
Porque españoles fueron,
Y por ser españoles perecieron.

¿Y dudareis empero?
¿Y temereis, oh naves españolas,
Doblar el cabo fiero,
Y vuestras banderolas
Mostrar leales surcando infieles olas?

Id, id a la victoria:
El patricio interés, la ley sagrada,
El Rey y vuestra gloria
Exigen la jornada:
Id, y venced, pues sois de España armada. (21)

*Trova de la oda antecedente con los mismos
consonantes.*

¡Oh Naves! tan ligeras,
Que aunque de mugre y lama revestidas,
Las ondas altaneras
Surcareis atrevidas,
En la ausencia del riesgo envanecidas;

Y por sabidos mares
Escollos hallareis, y rumbo incierto,
Corriendo los azares
Que al fiero español yerto
Dejaron al llegar al mismo puerto: (22)

(10) Satisfacción no pedida, acusación manifiesta

(11) ¡Derechos mas sagrados, que los de la tiranía, de la sed de sangre, y de la codicia! ¡Mas sagrados! Si un insurgente dijera, que los Españoles tienen por sagrados los vicios más atroces, diría alguno que era calumnia; mas cuando ellos mismos lo confiesan es preciso creer o reventar

(12) Que vayan pronto, antes que los laureles se sequen o marchiten por estar tanto tiempo guardados

(13) El poble Ercilla entró en esta estrofa, como podía haber entrado el padre Gumilla, o la fiebre amarilla, para consonar con la argentina orilla, y los pendones de Castilla

(14) Si todo esto ha sucedido, no ponderaba nada Fray Bartolomé de las Casas

(15) Que vaya el poeta por allá, y saldrá de sus dudas, pudiendo cantar después, como cantaba Ercilla, aunque no en la argentina orilla

(16) Esto si es echar interrogaciones y admiraciones, venga o no venga al caso

(17) Los pobres hijos de Alvarado entraron en esta estrofa, porque así lo exigía el haber provocado a la madre patria los hijos de Pizarro esforzado

Si en vez de provado
Hubieran a la Patria acometido,
Los hijos de Alvarado
Se habrían omitido,
Poniendo en su lugar los de Garrido

Señ V, Señor Observador, que los hijos de Alvarado han sido los únicos Americanos que no han tomado vela en este entierro

(18) Si ya dijo V, Señor Observador, que el indio desgraciado fue exterminado por el conquistador ¿como quiere ahora que el acero de los insurgentes lo haya inmólado, después de tres siglos que cantaba Ercilla su exterminio?

(19) Estos drakes deben ser buenos para beber Los otros Drakes son hombres muy malos para los Españoles

(20) Si en lugar de ser la sangre fratricida, fuera fraternal, sería muy malo ciertamente el teñirse las manos en ella; pero derramar la sangre fratricida es el noble oficio de la justicia

(21) La razón es buena Debe vencer, porque es de España armada. Por esta misma razón venció la invencible de Felipe II.

(22) Alude a la captura de la Reina María Isabel, con todo su comboy, al llegar al puerto de Talcahuano en Chile.

Si de existir cansadas
Estais en la pestifera bahía,
En donde desarmadas
Pasais el mejor día
Que tuvo la española bizarría,

No por eso en descuido
Penseis que están, ni en criminal reposo,
Las que van en olvido
A poner el famoso
Resto de Trafalgar poco glorioso.

Temed naves amadas
Aquellas que os esperan bien unidas,
Las mechas preparadas,
Las redes recogidas,
Y con muy pocas velas desceñidas.

Forrad vuestra cubierta
Con grueso bronce, porque el artillero
Rebelde mucho acierta;
Y afórrese el guerrero
Con armadura de templado acero.

Temblad cuando resuene
El rebelde cañón, y su despecho,
En el alto Pireno,
Y en el hercúleo estrecho,
Repita el eco de su ronco pecho.

Llebad la tiranía,
Del santo tribunal la ley rabiosa,
Y el yugo que os desvia
De la patria amorosa,
Que está de vuestra muerte tan ansiosa.

Los derechos sagrados,
Que vais a defender con tanto anhelo,
¡Oh miseros soldados!
No son del justo cielo,
Del tirano sí son de vuestro suelo.

Diez años transcurrieron
Desde que los pendones de Castilla
Humillados se vieron
En la argentina orilla,
Como cantarle debe nuevo Ercilla.

"Si el indio desgraciado
"No existe ya: si el misero vencido
"Cedió al acero ayrado
"Del vencedor temido,
"Como la flor al cierzo embravecido".

¿Quien estúpido intenta
Volver a conseguir tan torpe gloria,
Estando la sangrienta
Y lupina victoria
Recordando el peligro a la memoria?

El Inca soberano
Cobarde se rindió; mas los viznietos
Del gran Caupolicano,
Que fueron siempre inquietos,
Jamás por Español serán sugetos.

Los valientes son estos
Que vosotros habeis hoy provocado,
Unidos con los restos,
De Fizarro esforzado,
De Valdivia y Gabot, no de Alvarado.

Estos son los que agitan
La liberal bandera: estos son ora
Los que defensa gritan,
Y a vuestra asoladora
Y mecia expedición llaman traidora.

Estos los que desean
Quitaros de las manos el acero,
Sabiendo que pelean
Con lobo carnicero,
Que solo mata al misero cordero.

Estos los que proclaman
La justicia en sus hechos y razones,
Aunque tan mal se llaman
Piratas y ladrones
Por la mas incivil de las naciones.

Estos tienen sus manos
Ocupadas del hierro que listieron,
No con sangre de hermanos,
Sino de hombres que fueron
A ponerles el yugo, y perecieron.

¿Y dudareis empero?
¿Y confiareis ¡oh naves españolas!
Doblando el cabo fiero,
Que vuestras banderolas
No serán sepultadas en las olas?

Id, id... que la victoria
Coronará la libertad sagrada,
Y toda vuestra gloria
En aquesta jornada
Al infierno se irá con vuestra armada.

ULTIMA POSDATA

Noviembre 28

Me parece, Señor Observador, que ya habrán cesado las dudas que V tenía sobre la toma Santa Fe, capital de la Nueva Granada, por el fugitivo desamparado, y destituido de recursos, Simón Bolívar, pues no ha habido gaceta inglesa, chica ni grande, que no haya publicado el parte original de aquel insurgente, dañado en la misma Ciudad de Santa Fe. Por si V no lo ha visto aún, me tomo el trabajo de copiarlo, y es como sigue.

"Cuartel-general de Santa Fe, a 14 de Agosto de 1819.

"SIMON BOLIVAR, Presidente de la República, Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y de los de la Nueva Granada, &c. &c. &c.

Al Excmo. Señor VicePresidente de la República.

"Desde que concebí el proyecto de adelantar mis marchas a lo interior de este Reino, conocí que un temor alarmante debía poner en acción todos los recursos de los mandatarios Españoles. En efecto, esta idea apoyada sobre la experiencia de mis observaciones, la confirmé más, cuando por los estados que se le aprehendieron al Virey D. Juan Sámanos, hallé que una fuerza superior, bien organizada y puesta en disciplina, era el muro en que se intentaba que viniese a estrellarse el valiente ejército libertador

"Yo calculaba, sin embargo, que la imagen de tantos males, con que estos pueblos habían sido, y aun eran afligidos, habría preparado el espíritu de ellos para abrazar con gusto a sus heroicos defensores. Y a la verdad, apenas dí mis primeros pasos de este lado de la Cordillera, que divide el llano de los terrenos quebrados, limítrofes con la provincia de Casanare, cuando oí resonar delante de mí las bendiciones de unos hombres, que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad, como un remedio a las calamidades e infortunios que les habían llevado hasta el último punto de exasperación

"Un Jefe experto, al frente de un ejército de cuatro a cinco mil guerreros, es lo primero que se me presenta en el campo de batalla.—El General D. José María Barreyro, encargado de su dirección, apura sus esfuerzos: mueve todos los resortes del valor, y él me ha presentado acciones, que faltaban a la República para el lleno de sus glorias.

"La disciplina de sus tropas, su buena organización, las ventajosas posiciones que ocupaba, y la multitud de recursos que oportunamente se habían proporcionado, me hizo creer, que esta empresa solo era propia de la intrepidez y denuedo de las armas de la República.

"La jornada de Boyacá, la más completa victoria que acabo de obtener, ha decidido la suerte de estos habitantes, y después de haber destruido, hasta en sus elementos, el ejército del Rey, he volado a esta Capital, por entre las multitudes de hombres, que a porfía nos prodigaban las expresiones de la más tierna gratitud, y precipitándose entre las partidas dispersas de los enemigos, no hacían caso de su propia indefensión, por cooperar activamente a su absoluto exterminio, tomando las armas, y haciendo un gran número de prisioneros. Los pormenores de este triunfo los hallará V.E. consignados en los informes que remito adjuntos.

"No poco se ha conmovido mi sensibilidad al llegar a esta Capital de la Nueva Granada, en donde todavía se ven marcadas la depravación y la crueldad de los prosélitos de la Península.

"El Virey Sámano, unido a todos los empleados, a la mayor parte de los Españoles, y al resto de las fuerzas que le quedaron, salió precipitadamente de fugitivo, a la primera noticia que tuvo de la última victoria, y antes de mi llegada a esta Capital, hice marchar algunas divisiones hacia el sur y occidente de ella, que, que es la ruta que han tomado, con la fundada esperanza de aprehender a ellos, y a una numerosa emigración.

"A pesar de la devastación general que ha sufrido este Reino, la República puede contar con un millón de pesos en metálico, fuera de la cuantiosa suma, que producirán las propiedades de los opresores y mal contentos fugitivos.

"Yo trabajo con actividad en el arreglo de su economía interior, y las bellas disposiciones de estos pueblos, en donde apenas se cuenta un enemigo, me hacen presentir, que el poder de los tiranos quedará confundido en la nada.

"Reciba V. E. y toda la República mis tiernas felicitaciones, y los sinceros votos del ilustre pueblo Granadino, que solo aspira a una felicidad común, dignándose igualmente presentar los triunfos de las armas de mi mando al Supremo Congreso, como un tributo de mi deber.

"Dios guarde a V. E. muchos años.

"BOLIVAR".

¿Tendrá V. alguna objeción, que poner a este documento, Señor Observador? ¿Tendrá V algunos testimonios **fidedignos**, y **relaciones exactas e imparciales** del Señor Marqués de la Puerta, y Conde de Cartagena, el pobre sargentón Pablo Morillo, que se ha visto convertido en Conde y Marqués, por solo haber degollado sin fruto a doscientos mil Americanos? En verdad, que no podía su amo de V. hacer un **Conde** más **condenable** que este, y si Morillo ha llegado a **condenarse** por haber hecho más odioso que nunca el nombre español en América, V. puede lisonjearse de que no recibirá menor premio por haber maltratado en su Observador a toda la ruin clase de los criollos.

y yea- oau

Espero que en el número tercero nos hablará V. algo sobre las noticias, que ha llevado a Cádiz el **San Antonio** de Lima, y con que ha regalado al **Tiames** Don J. R. de A. ¡Como se engañan los editores de papeles públicos, cuando tienen la bondad de recibir noticias de personas tan imparciales e ilustradas, como Don J. R. de A. Si, Señor Observador, es falso, falsísimo, que a Lima hubiese llegado regimiento alguno de Morillo, pues ya lo tomaría él para sí. No es menos absurdo el cuento, de que en Lima se pensaba en expedición para otra parte. Lo que no tiene duda es, que en julio último estaban ya las tropas chilenas dirigiéndose a Valparaíso, para ir a festejar al Excmo. Señor Don Joaquín de Pezuela. Pronto tendremos el resultado, y entre tanto, yo me repito de V. afectísimo amigo, servidor, y capellán

Q. S. M. B.

REJON

DOCUMENTOS

NUMERO PRIMERO

Discurso pronunciado por el Honorable Mr. Marryat, en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, contra el proyecto de ley para impedir a los Ingleses entrar en servicio extranjero.

SEÑOR PRESIDENTE:

El penúltimo de los honorables miembros que ha hablado, observó, que el mejor modo de manifestar nuestra neutralidad, sería dando pase al proyecto de ley, que ahora discutimos; pero yo, por el contrario, concibo, que el mejor modo de manifestarla, es no hacer cosa alguna; porque desde el momento que empezemos a legislar, empezemos a interferir. El honorable e ilustrado Caballero, que presentó el proyecto de ley, admite, que las leyes, en el estado que están ahora, no son suficientes para el objeto que él se propone. Pero antes que nos separemos de la estricta neutralidad, que hemos ofrecido observar entre España y sus Colonias, alterando nuestras leyes para dar mas ventajas a un partido que al otro, debemos considerar seriamente la justicia de la causa que vamos a proteger.

El Gobierno que ha egercido la España en sus colonias de América, es quizá el mas despótico de todos cuantos nos presenta la historia. Yo he sido testigo ocular de esto en mi juventud; y por tanto, las reflexiones que hago sobre este particular, están fundadas en observaciones y conocimientos prácticos.

España, no satisfecha con aquel monopolio, que las Metrópolis generalmente pretenden tener en el comercio de sus colonias, actualmente lo ha cedido a otros monopolistas, los comerciantes de Cadiz; y siendo este puerto el único, en donde se permitía que se hiciese el comercio de las colonias, tenían que pagar derechos en ellas, después de haberlos pagado en España; a lo que agregando la ganancia de los monopolistas, llegaban las mercaderías a las colonias recargadas con un 300 por 100 sobre su costo principal. Esto, aunque era una traba muy pesada para su industria, era uno de sus menores padecimientos; era como una pluma sobre la balanza, cuando lo comparamos con otras opresiones mas pesadas, que han sufrido en su administración y gobierno local. Ningún empleo de honor, o de lucro, se confería a los Americanos, sino a los hijos de España: los favoritos de la Corte se enviaban para que hicieran sus fortunas, y cumplían con el objeto de su misión, con la mayor celeridad, a expensas de los pobres colonos; otros comparaban sus empleos, y se indemnizaban del mismo modo. Aun aquellas cosas necesarias para la vida, se habían hecho objetos de privilegio exclusivo. En este momento nadie puede comprar un barril de arina en la isla de Cuba, sin comprar primero el permiso del Marques de Jaruco, y así la renta principal de un grande de España, proviene de las duras contribuciones de los mas infelices, de aquellos que apenas comen un bocado de pan para su subsistencia.—Las fuentes de la justicia estaban envenenadas en su origen; los jueces recibían gratificaciones públicamente, o usando una palabra mas propia, **cochechos**.

Si después de la decisión de una causa, la parte condenada juzgaba conveniente apelar al Rey, o al Consejo de Indias en Madrid, la apelación iba fundada en una relación, o informe, que hacia el Juez corrompido, que había sentenciado la causa; de manera, que no había esperanza de obtener justicia.—Los libros estaban prohibidos, a menos que fuesen examinados por el Santo Oficio, que reprobaba todos los que no le gustaban, o que no entendía; de modo, que a estos seres oprimidos se les había obstruido el camino de las luces, como el mejor medio para tenerlos en sujeción, conservándolos en la ignorancia.

En el año de 1808, cuando Bonaparte puso la familia real de España en su poder, y colocó a su hermano José sobre aquel trono vacante, las Cortes, que armaron a la nación para que defendiese su independencia, participaron a las colonias la revolución que había sucedido, y les encargaron, que se preparasen contra las maquinaciones del usurpador. Las provincias americanas en contestación, no solo manifestaron su lealtad a Fernando 7º, sino que enviaron grandes sumas de dinero para ayudar su causa.—En 1810 las águilas francesas estaban victoriosas, y habiendo sucumbido todas las plazas fortificadas de España, la Junta de Sevilla dispersa, en consecuencia de haber ocupado los franceses a las Andalucías, y estando la nación sin Gobierno, y casi sin esperanza, las colonias españolas, por un movimiento simultáneo establecieron Juntas para la administración de sus propios negocios; y las provincias de Venezuela, formando una confederación, manifestaron públicamente el 19 de Abril de 1810, que reconocían a Fernando como a su legítimo soberano. El Consejo de Regencia, que asumió el débil gobierno de España, después de la dispersión de la Junta de Sevilla, expidió un decreto, permitiendo a las colonias comerciar con las naciones extranjeras en aquellos artículos, que la España no podía suministrar. Este decreto, moralmente justo, y políticamente sabio, ofendió mucho a los monopolistas de Cádiz, y por su interés e influencia se revocó el 17 de Junio. Bajo la misma influencia se enviaron órdenes a Caracas, para declarar y castigar como traidores a todos aquellos, que habían tenido parte en las últimas elecciones de las Juntas Provinciales: tal efervescencia de pasión e impotencia, de orgullo y despotismo, justificaba bien la resistencia de parte de las colonias, fundada en los principios de la conservación y defensa propia.—Algunas provincias se sometieron a este decreto de la Regencia de Cadiz, y restablecieron su antigua forma de gobierno; pero otras no. Así fue como se formaron los dos partidos llamados **Realistas e Independientes**, y sus disensiones terminaron en guerras civiles, mantenidas con varios sucesos, hasta que Fernando 7º fue restaurado al trono de España en 1814.—Uno de los primeros actos de su reinado, fue expedir una proclama, disolviendo las Cortes de España, y prohibiéndoles que egerciesen sus funciones, so pena de alta traición. Poco después rehusó la mediación ofrecida por la Gran Bretaña, que solicitó la Junta de Gobierno de Caracas en 1810, y envió una expedición para obligar a las colonias de la América del Sur a someterse a una

obediencia sin condiciones—En este corto bosquejo llamamos, que el Gobierno de España y Fernando 7º mantienen la doctrina de sumisión sin condiciones, y del derecho divino de los Reyes; y que los habitantes de la América del Sur solo reclaman reforma de la tiranía y opresión más odiosa e insostenible. La justicia del caso, parece por tanto, estar completamente de parte de estos

Otra consideración, que debe también ocupar nuestra atención, es la probabilidad del suceso de la causa que estamos invitados a sostener.

Siempre que un país extiende sus colonias más de lo que requiere una debida proporción con su propio territorio y población, aquellas vienen a ser tan naturalmente independiente, como un joven, que sale de la tutela paterna, y obra por sí mismo, luego que ha crecido. Por esta ley de la naturaleza, las colonias inglesas en la América del Norte, se hicieron independientes de la Madre Patria. Del mismo modo Portugal habría perdido el Brasil, sino hubiese transmitido allí el trono, transformando la colonia en la Madre-Patria, y esta en una dependencia de la colonia. La España debe someterse a la misma ley: su territorio europeo tiene 25,000 leguas cuadradas, y su población está calculada en once millones. Sus provincias de la América contienen 500,000 leguas cuadradas de terreno, y su población está calculada con variedad entre 17 y 24 millones. Si la Gran Bretaña no pudo someter a sus colonias de la América del Norte, cuando su población era solo de 2 millones, ¿que esperanza puede tener España de buen suceso contra recursos tan grandes, con medios tan inferiores? ¿Dónde están los recursos de España para continuar esta guerra? Sus tesoros en las minas de la América del Sur: la madera para construir sus buques de guerra, en los bosques de la América: sus rentas, producidas por el comercio de la América. Todo esto ha perdido ahora la España, y lo han ganado las colonias; y cada año, que dure la guerra, debilitará más a aquella, y dará más fuerza a estas. Además, la América tiene un aliado poderoso en su clima, al cual sus hijos están acostumbrados, y es mortífero a los invasores europeos. Retirándose sus ejércitos, vencen: haciendo duradera la guerra, el clima ejecutará en las tropas españolas las órdenes de exterminio, que ellas han recibido de Fernando. También tiene otro aliado, tanto en los intereses, como en los sentimientos del pueblo de los Estados Unidos, cuyo territorio, con la compra de la Luisiana, se extiende ahora hasta los límites de Méjico. El grande y declarado objeto de su ambición, es que todo el vasto continente, en que ellos habitan, se haga independiente como ellos, para que algún día el nuevo mundo rivalice al antiguo. Aunque ahora se haya calmado la ambición de los Estados Unidos con la cesión de las Floridas, la política de aquel Gobierno no podrá contener los deseos de los habitantes, y por necesidad tendrá que unirse en una causa tan patriótica y popular; y este acontecimiento asegurará de un golpe la independencia de toda la América española.

Si consideramos la conducta, que la España ha observado ácia este país, hallaremos que nada puede justificar su petición actual. En 1776, cuando las colonias inglesas en la América del Norte se declararon independientes, España, Francia y Holanda es abrieron sus puertos de Europa y América; y les dieron auxilios para el ejército y la marina. En consecuencia de los reclamos de la Gran Bretaña, prohibió la exportación

de estos artículos; pero esta prohibición nunca se llevó a efecto; y en 1779 publicó un manifiesto, declarándonos la guerra, porque habíamos interrumpido un comercio, que según ella, tenía derecho de hacer como neutral. La reciente cesión de las Floridas a los Estados Unidos, ha suministrado a estos, nuevos medios para incomodar nuestras colonias de la India Occidental, en caso de una guerra. La falta de consideración, que ha manifestado en ambos casos, con respecto a la seguridad de nuestras colonias, ciertamente nos pone fuera de toda obligación de interesarnos por ella, y nos deja en plena libertad para seguir lo que nos dicte el interés o la política.

Los habitantes de la América del Sur, por el contrario, se han hecho acreedores a nuestra favorable consideración. Ellos ofrecieron someterse a la mediación de nuestro Gobierno, que Fernando 7º (probablemente, no teniendo razón para confiar en la justicia de su causa) rehusó aceptar. Nosotros también estamos comprometidos con ellos, y con el mundo, a observar una estricta neutralidad en la presente lucha, y esta la quebrantaremos, si alteramos nuestras leyes para favorecer los intereses de uno ú otro partido. La conducta futura de la América del Sur ácia nosotros, será regulada por la nuestra ácia ellos en estos momentos. Las relaciones comerciales con aquel vasto continente son el objeto que tienen a la vista, tanto la Europa, como la América. Si los Americanos del Sur se resienten de nosotros, porque ayudamos a España para que procure sojuzgarlos, no sacaremos ninguna ventaja; pero si obramos con justicia e imparcialidad, entonces conciliaremos su amistad futura, y seremos colocados entre las naciones más privilegiadas.

España no tiene derecho de quebrantar la paz y dañar la prosperidad de todas las naciones comerciantes, continuando una guerra infructuosa con la América del Sur. Todas las naciones marítimas de Europa, y en particular la Gran Bretaña, sufren mucho por esta guerra. De ella ha nacido una raza de corsarios, o piratas, que roban todos los buques de comercio, sin distinción, y que no se pueden exterminar, hasta que la paz y el orden se restablezcan. Además, la España era solamente el canal, por donde pasaban a toda la Europa los tesoros de la América del Sur, y Méjico—El producto de sus minas, y todas las otras producciones de su suelo, se cambiaban por nuestras manufacturas, y daban vida a nuestra industria doméstica. Así es, que estamos ligados con la América por una cadena de oro, semejante a aquella, que figuraban los poetas, sostenía a la tierra en la bóveda de los cielos; y la España no tiene derecho de romper esta cadena, con una guerra de devastación y exterminio, perjudicial a todos sus vecinos, y tan ruinosa a ella, como a sus colonias.

Nuestras leyes, en el estado que están, no dan ventajas a los Independientes, que no estén contrabalanceadas por otras ventajas concedidas a España. Al paso que se prohíbe a los oficiales y soldados ingleses entrar al servicio de los Independientes, y mientras a estos no se les concede proveerse de armas y municiones, la España no solo puede adquirir esto, sino que disfruta del comboy de las fragatas de guerra de S. M. B.—Yo mismo he asegurado un buque cargado de armas y municiones, despachado de la isla de Jamaica para Vera Cruz, y devolví el premio del seguro, por haber sido comboyado por la fragata **Lapique**. Como los Gobiernos independientes de la América española no están reconoci-

dos, no se permite a sus súbditos hacer reclamaciones en nuestra Corte de Almirantazgo. La *Hércules*, mandada por el Comodoro Brown, en servicio de los Independientes, fue llevada a la Antigua por una de nuestras fragatas de guerra, y condenada en aquella Corte de Vice-Almirantazgo. El Comodoro Brown apeló; pero el Juez que preside aquí la Corte del Almirantazgo, no lo consideraba como en presencia del Tribunal, por la razón mencionada, lo que, en su opinión, lo imposibilitaba para reclamar su propiedad. Refiero este caso, no con la intención de censurar la decisión del ilustrado Juez, porque por su profundo conocimiento de las leyes, en que están todos de acuerdo, tengo el mayor respeto, sino para hacer ver únicamente la dureza de nuestras leyes, en el estado que están, para los habitantes de la América española. En este mismo momento la bahía de Cadiz está llena de buques ingleses, fletados como transportes para llevar las tropas destinadas contra los Americanos, mientras que se prohíbe que se auxilie la causa de estos, con proclamas de los Gobernadores de nuestros diferentes puertos libres en las colonias.—El espíritu de hostilidad contra los Independientes se ha llevado a tal punto en la isla de Trinidad, que mientras los emigrados realistas estaban promovidos a los del partido contrario; y cuando muchos de los habitantes de Güiría, al aproximarse el ejército realista, se embarcaron a bordo de botes y canoas, o de otros buquesillos descubiertos, que pudieron hallar, y fueron a refugiarse a la isla de Trinidad, no se les permitió desembarcar, obligándolos a volver al lugar de donde venían, y donde fueron asesinados hombres, mugeres y niños, sin distinción alguna. . . Una corbeta de guerra inglesa fue a Güiría algunos meses después, y a su vuelta, trajo la noticia de que los cadáveres de estos desgraciados se habían dejado para que sirviesen de alimento a las aves de rapaña, y a las bestias feroces, y que en el espacio de dos leguas la tierra estaba cubierta de huesos humanos. Es pues claro, que la España no tiene razón para quejarse de **parcialidad** de nuestra parte ácia los Independientes.

Me parece que es contrario a la sana política impedir a los hombres emprendedores, que han abrazado la carrera de las armas, alistarse en la causa de cualquier poder extraño, con quien esté en paz la Gran Bretaña. Esto mantiene aquel espíritu militar, que es de la mayor importancia para cualquier país mantener entre sus habitantes, y el cual, en caso de necesidad, puede volverse a llamar a nuestro servicio. Ahora tenemos muchos oficiales de mérito a media paga, que no hallan sus rentas suficientes para sostener a sus familias: tenemos también una multitud de oficiales que no tienen cuerpos ni destinos, y otros individuos que no hallan ocupación, y que por sus hábitos militares no son a propósito para ningún otro ejercicio. Si estos hombres imaginan, (si bien, o mal, no es la cuestión) que el camino de la gloria y de las riquezas está abierto para ellos, parece que es impolítico e injusto detenerlos aquí. Esto es convertir esta tierra, llamada de libertad, en una prisión, y hacer nacer el disgusto y desafecto, siendo mejor que estén a fuera. Parece que lo que justicia nacional exige, es, que a todo hombre le sea permitido emplear sus talentos, o promover sus intereses del modo que juzgue conveniente, no contrariando los deberes que le imponen las leyes patrias.—Por tanto deseo, que las *actas 9ª y 24ª de Jorge 2º, que fueron hechas para un caso particular, sean derogadas*. De este modo dejare-

mos en una completa libertad de obrar a los individuos, y ambos partidos beligerantes quedarán en una perfecta igualdad.

Se ha hablado mucho sobre el tratado entre este país y la España, hecho el año de 1814; pero este no nos obliga a otra cosa, que a impedir el auxilio de armas, municiones y demás artículos militares a las provincias revolucionadas. Noté ciertamente en el preámbulo de aquel tratado las expresiones "de que un deseo de estrechar mas los vínculos de amistad, que felizmente subsisten al presente entre sus Magestades Católica y Británica;" pero considero estas palabras como expresiones de cortesía diplomática, y nunca puestas con la intención de obrar seriamente según ellas. Mis sentimientos están muy distantes de convenir con el deseo, que se manifiesta en este preámbulo, ya sea que reflexione sobre la naturaleza del gobierno español, o sobre el carácter del individuo, que ahora agerce aquel gobierno. Los principios del gobierno español son tiranía y fanatismo; y estos dos principios parece que están practicados en toda su extensión por Fernando 7º.—Él ha restablecido la Inquisición, y el uso de la tortura: él ha manifestado una ingratitud sin ejemplo a aquellos hombres, cuyo valor y patriotismo, con la ayuda británica, rescataron sus dominios del yugo de un usurpador, y pusieron sobre su cabeza la corona que ahora tiene. En cambio, él los ha cargado de cadenas y sepultado en calabozos, o expatriado para que parezcan en climas pestilentes. Uno de sus primeros actos de gratitud ácia nosotros, fue celebrar acción de gracias al Todo Poderoso, **porque su tierra ya no estaba violada por los herejes que la habían pisado**.—Él ha sostenido una guerra de exterminio contra sus vasallos de la América, en lugar de conciliarlos, concediéndoles lo que requiere la justicia y la política. En una palabra, ha procurado extirpar todo sentimiento liberal e independiente de todos sus dominios, y establecer un reino de terror. Un Gobierno semejante no puede estar ligado con un país libre, como este; y empeñarnos en algo más de la estricta neutralidad, sería tan repugnante al sentimiento público, como a los intereses del país. Por tanto, daré decididamente mi voto contra el proyecto de ley en cuestión.

NUMERO II.

Traducción de una Carta del Señor Hamilton a Su Alteza Real el Duque de Sussex, &c. &c. &c.

"Angostura 4 de Julio de 1819

SEÑOR,

Aunque hace mucho tiempo que no tengo el honor de escribir a Vuestra Alteza Real, nunca he dejado de informarme de su salud, y he sabido con la mayor satisfacción, que esta ha sido tan buena, que le ha permitido continuar los dignos esfuerzos, que siempre han distinguido la carrera pública de V. A. Real, y que tanto han contribuido a la felicidad de la Nación.

"Que el Regulador, Todo-poderoso, de los acontecimientos humanos, conserve a V. A. R. para que sea como siempre ha sido, el amigo y el protector de la libertad civil y religiosa, el consolador de los pobres, y de los afligidos, y el Mecenaz de toda ciencia útil y agradable.

"Ninguna circunstancia, ninguna distancia podrá borrar jamás de mi memoria, los numerosos hechos de condescendencia (me habría casi atrevido a decir de amistad) con que me ha honrado el ilustre hijo de mi venerado y amado Soberano, y en la última hora de mi existencia me acordé de ellos con orgullo y entusiasmo

"El coronel, ahora general English, ha referido con los mas vivos sentimientos de gratitud, lo mucho que debe a V. A. Real, y atribuye en mucha parte el suceso de su empresa a la protección que V. A. R. se sirvió dispensarle. El, y su cuerpo, han causado la mayor satisfacción al general Urdaneta, bajo cuyas órdenes están; de un día a otro esperamos la noticia de su desembarco en la costa de Cumaná; pues según los últimos informes se hallaban inmediatos a ella

"Muchos acontecimientos muy importantes han ocurrido en este país, después de la última carta que tuve el honor de escribir a V. A. R., y el progreso de la emancipación americana ha sido constante y sólido, de lo que habrá sido sin duda informado V. A. R. por los papeles públicos

"El mas digno de atención es, sin duda, la instalación del Congreso Nacional en esta ciudad el 15 de febrero último, con cuyo motivo dió el general Bolívar una prueba tan brillante de moderación y patriotismo, como no se encuentra en los anales de ningún país. El discurso que pronunció, le hace un honor infinito, por el buen sentido, la liberalidad, e ideas racionales de libertad contenidas en él, y no tengo duda, de que esto contribuirá a remover las preocupaciones, que varias personas de buena intención han conservado contra la causa. En obsequio de su Excelencia tuve el placer de traducirlo al inglés, y hace algún tiempo, que me tomé la libertad de remitir un ejemplar a V. A. R. que espero habrá recibido, y en esta ocasión envío otro.

"El Congreso ha hecho un progreso considerable, discutiendo y adoptando la constitución propuesta por el general Bolívar, formada sobre el modelo de la Gran-Bretaña, que abraza los principios gloriosos de libertad de religión, libertad de la imprenta, y el paladín de los derechos públicos, el juicio por Jurados

"He asistido muchas veces a las sesiones del Congreso, y siempre he observado un grande espíritu de libertad y de independencia, que claramente va aumentando. Las deliberaciones se hacen con mucho decoro y regularidad, lo que se puede atribuir en parte a la solidez y formalidad del carácter nacional. Entre sus miembros hay varios de talentos eminentes, y algunos de una grande experiencia. El Presidente actual es el Doctor Juan German Roscio, hombre muy respetable, de alguna celebridad en el mundo literario, y de un espíritu sumamente independiente e ilustrado. Es uno de los quatro diputados a las Cortes, los quales después de haberse escapado de las cárceles de Ceuta, fueron entregados al Gobierno español, y obtuvieron su libertad por los dignos esfuerzos que hicieron en la Cámara de los Pares Británicos, los nobles amigos de V. A. R. Lores Grenville y Holland.

"En fin, el Congreso en cuerpo se compone de hombres moderados y de buen sentido, tienen las mejores intenciones posibles, y manifiestan ideas racionales y practicables de libertad, muy diferentes de aquellas teorías desenfundadas de los revolucionarios franceses, que después de haber humedecido la Europa con tanta sangre humana, acabaron por el despotismo mas absoluto.

Jamás ha obrado el general Bolívar mas políticamente, ni ha dado un golpe tan decisivo al Gobierno español, como reuniendo la representación nacional. —Ha fijado para siempre su reputación, obrando como un hombre grande, y como un virtuoso ciudadano, y ha excitado y dado tal consistencia al carácter nacional, que asegurará muy prontamente a Venezuela su completa independencia

"Como Británico, y amante decidido de su patria no puedo menos, que sentir una especie de orgullo, con las alusiones frecuentes a las instituciones británicas, y a su historia. Si una ley, o un reglamento debe adoptarse, sus buenos efectos en la Gran-Bretaña se presentan como el mas fuerte argumento, y si una proposición debe rechazarse se cita la historia británica como la razón. Nuestro país ha llegado a la cumbre de la grandeza terrestre. Ya Gran-Bretaña se presenta como un ejemplo que debe seguirse, es considerada como la protectora de los derechos del género humano, y quando una nación lucha por ser libre se dirige a ella como a su apoyo y auxilio.

"Que para siempre permanezca así, y que su gloriosa constitución, fundada sobre los principios que colocaron la casa de Brunswick sobre el trono, sea tan perpetua como las rocas, que cercan sus costas, y que sus hijos resistan los atentados de los que quieran subvertirla, con tanta firmeza, como ellas han rechazado el furor del oceano tempestuoso

"El sistema adoptado en esta campaña por el general Bolívar, ha producido los mejores y mas importantes efectos, evitando estudiosamente una acción general, con fuerza muy inferior, por su modo fabiano de hacer la guerra, ha forzado a Morillo a abandonar las posiciones del **Arauca y Apure**, y a retirarse con pérdida de toda su caballería y con su infantería fatigada, debilitada, y disminuida por los ataques incesantes del terrible Paéz, que con sus lanzeros de los Llanos aparece y desaparece, casi en el mismo instante por el frente, por los flancos, y la retaguardia

"La retirada de Morillo, y las ventajas decisivas alcanzadas por el general Santander, han abierto el camino de la Nueva-Granada, para donde ha marchado el general Bolívar. Varias provincias de aquel reino están en abierta insurrección, y por diversas noticias las mas auténticas, la presencia del general Bolívar es suficiente para ponerlo en posesión de todo el país. Las crueldades cometidas por los Españoles en la Nueva-Granada han sido tan horribles, y tan atroces, que toda la población se ha levantado indignada, y el exterminio total de sus opresores será el resultado.

"Desde que se interrumpió la comunicación con España, Morillo ha mantenido su ejército con los recursos que sacaba de la Nueva-Granada, ahora será privado de ellos, y su expulsión de Caracas es una consecuencia natural, sin contar con las divisiones poderosas que se están reuniendo y avanzando contra su quartel.

"El 12 del mes último el general Mariño derrotó completamente en la **Cantaura** el cuerpo mas fuerte de tropas, que ha tenido Morillo en la provincia de Barcelona, de 2,000 hombres, la mitad quedó sobre el campo de batalla, y el intrépido Mariño, que en aquel día hizo prodigios de valor personal, conduciendo sus tropas a las partes mas terribles del combate, quedó en posesión de todos los heridos del enemigo; sus estandartes, caja militar &c. &c. &c. El general Bermúdez se ha incorporado despues al general Mariño con la división de su

mando, y se hará sobre Caracas un movimiento simultáneo con la expedición de *Margarita*, al mando del general Urdaneta, que consta en parte de la división del general English. La flota venezolana, que es muy superior a la de los Godos, y está equipada y tripulada con el mejor orden, también cooperará bajo el mando del almirante Brion.

"Por este bosquejo, de cuya exactitud estoy cierto, pues lo he tomado de las mejores autoridades, observará V A Real, que la causa de los Patriotas jamás ha tenido un aspecto tan favorable, pudiéndose calcular que la emancipación completa de estas hermosas regiones se realizará muy pronto.

"El objeto más importante, es sin duda la marcha del general Bolívar sobre la Nueva Granada: a fines de Mayo salió para Casanare, y a mediados del mes pasado debía reunirse con el general Santander, y seguir al Reino en auxilio de las provincias en insurrección. El enemigo no puede presentar en todo aquel distrito más de cuatro mil hombres, la mayor parte naturales, sin opinión por el Rey, y desmoralizados por el ejemplo de sus paisanos en Casanare, que se pasaban, casi en cuerpo a Santander. Los pueblos son decididamente patriotas, y el ejército unido independiente es tan respetable, y tan superior, que no puede dudarse de un resultado feliz. La diversión causada por la toma de Porto-Belo por el general Mac Gregor, las noticias del ejército de Chile, y sobre todo la reacción de la opinión pública, obran poderosamente en favor del objeto del Presidente.

"En efecto, el aspecto político de la República, se ha cambiado con la instalación del Gobierno, y este paso ha quitado al enemigo la esperanza de la discordia y de la división. Se empieza ya a consolidar un sistema regular, y a poner fin a la revolución.

"Ya están incorporados en el Congreso los diputados de Casanare, una de las provincias de la Nueva Granada, y se esperan los de las demás, a proporción que vayan recuperando su libertad. La paz y la concordia reinan por todas partes entre los hijos de la independencia, y la unión de la Nueva Granada y Venezuela, no es ya una esperanza, sino una realidad.

"La unión de Venezuela y la Nueva Granada, que es uno de los objetos preferentes, que llaman la atención del Congreso, trae consigo ventajas incalculables, por la fuerza de tres millones de almas, y por los recursos reunidos de un inmenso continente, apoyado sobre los dos mares con infinitos puertos cómodos en ambos; una admirable variedad de climas, que prodigan quanto la naturaleza produce; atravesando de infinitos ríos navegables, que facilitan su comercio interior; abundante en maderas exquisitas, y en minas de los más preciosos metales, con una población industriosa y morigerada, y dueño de la comunicación del Atlántico y del Pacífico.

"Expulsados los Españoles de la Nueva Granada, serán privados de los recursos, con que hasta ahora han sostenido la guerra en Venezuela, y sin los cuales Morillo no hubiera podido mantenerse. Hace mucho tiempo que él ha perdido la esperanza de recibir auxilios de la antigua España, pues es evidente, que los únicos esfuerzos, que puede hacer ese pueblo, o ese Gobierno envejecido y degradado, son manifiestos fulminantes, y expediciones gazetales. No son las posiciones actuales del enemigo, ni sus fuerzas, ni sus recursos, los que tenía en la campaña pasada: todo se le ha disminuido, y

la opinión, más que todo, aun entre sus propios dependientes. En una parte hay unión, concordia, y confianza, y en la otra perturbación, temor, y aprensión.

"No se necesita, sino de un período muy breve, para hacer desaparecer los males, que ha causado la guerra a muerte; esa guerra de exterminio y de devastación, sostenida por nueve años.

"Los medios y recursos de estos países son incalculables, puestos en acción. El asolamiento insensible de un partido y los esfuerzos sin ejemplo del otro, han suspendido por el momento todas las obras de la industria. El país, solo ha sido considerado como un campo de batalla, y la dura e imperiosa necesidad ha impedido hacer la más mínima atención a lo futuro. Las urgencias presentes han ocupado toda la atención del Gobierno; pero la escena se abre, y solo se necesitan de muy pocos esfuerzos para llegar al término deseado.

"Hace quince meses que estoy en este país, y he vivido en la más estrecha intimidad con los principales empleados civiles y militares; de modo, que por mis observaciones personales, puedo testificar la adhesión universal al bien público. Hay una competencia generosa entre todos los empleados, y entre todas las clases, en sufrir las privaciones más crueles y sensibles, para que todo se invierta en servicio del Estado; y si se considera, que cuando el general Bolívar atacó a la Guayana estaba solo a la cabeza de un puñado de hombres, sin recursos, ni medios de ninguna especie, es asombroso que haya hecho tanto.

"Tengo la más alta opinión del carácter personal de los individuos que componen el Gobierno, y la experiencia diaria corrobora la justicia de ella. Estoy convencido de que todas las deudas, que ha contraído el Gobierno, serán exacta, completa, y fielmente pagadas, y los retardos que se han experimentado hasta hoy, por sensibles que sean, no pueden atribuirse de modo alguno, ni a falta de deseos, ni de esfuerzos del Gobierno, sino a circunstancias, que están fuera del poder humano. La prueba más convincente, que puedo yo dar de mi absoluta confianza en el honor, y en la buena fé del Gobierno de Venezuela, es que yo, y mis amigos, continuamos franqueando nuestros auxilios; y declaro solemnemente, que si tuviera más facultades, los continuaría hasta donde estas alcanzaran, cualquiera que fuera la extensión de mi deuda.

"Los empeños, que ha contraído Venezuela, comparados con sus recursos, son una bagatela.—La unión con la Nueva-Granada y un breve reposo, bastan para satisfacerlos fácilmente.

"He sabido, que Augusto Federico, mi hijo, ahijado de V A R es un hermoso muchacho, y ruego a Dios que viva, para que se manifieste digno del nombre que tiene el honor de llevar.

"Casi me atrevo a esperar de la bondad de V A R que será honrado con algunas líneas. Viva V. A R muchos años conducido siempre por la senda de la beneficencia, de la liberalidad, y del patriotismo.—Esta es, y será siempre la ardiente súplica.

"SEÑOR,

"De Vuestra Alteza Real,

"El más atento, y el más humilde Servidor,

JAMES HAMILTON".

"A Su Alteza Real el Duque de Sussex,
Conde de Invernes, Baron de Arklow,
Caballero de la muy Noble Orden
de la Charretera," &c &c.

NUMERO III

**Representacion de Don Manuel Cayetano Vidaurre,
Oidor Decano de la Audiencia de Lima, a Fernando
VII. en 1817, sobre los negocios de América.**

SEÑOR:

Desde Enero de 1812, en muchas representaciones dirigidas a V. M. y al Gobierno Español por su ausencia, manifesté que los negocios de la América, dignos de atenderse por su entidad y resultados, no se dirigian según aquellos principios únicos y propios para adquirir la sujeción y tranquilidad. Por desgracia tengo entendido, que mis papeles han pasado a la cámara, como documentos de pretensión, cuando mis ascensos me interesan y ocupan muy poco. Nada es el hombre de bien para sí mismo, cuando se trata de la salud del estado, y de los peligros de la patria. ¿Que importa una distinción, un grado, una gerarquía individual, respecto de grandes reinos que se desolan, de millones de hombres que se asesinan entre sí, de provincias que quedan destruidas y desoladas? Maldito sea el infernal egoismo, que todo lo sacrifica, y que hace no se hable a los Reyes, sino con el designio de adquirir gracias y rentas. No es digno de escribir el que lo hace por miras personales. Nada quiero ser, renuncio lo poco que soy, deseo que mis papeles se examinen, se pesen, se mediten como dirigidos a materias públicas, y al sostén del Gobierno Español en las Américas.

Un error político, que nota muy bien el Secretario de Florencia, es la fuente de nuestros desastres y desgracias. Dice que los hombres y los gobiernos difícilmente renuncian aquellas sendas por donde prosperaron, y consiguieron sus designios en otras ocasiones. No saben acomodarse a las circunstancias, ni advierten que la variedad de los tiempos, la ilustración de los pueblos, el conocimiento de sus fuerzas, sus nuevas relaciones les constituyen en una posición muy diferente, de aquella en que se hallaban en anteriores siglos. Los Reyes Católicos, y el Señor Carlos 5º dominaron con cuatro Españoles mas Reinos, que los que gozo Augusto cuando la paz universal, y Alexandro cuando lloraba por conquistar los planetas. Con las armas se adquirió la posesión, y se quiere que solo ellas decidan de su eterna permanencia. ¡Política destructora, que obra por ejemplos mal acomodados, y en la que no se percibe, que no es hoy el Americano, lo que era en tiempo de Huaynacapac y Moctezuma. No es el Indio tímido, ignorante, supersticioso, al que hoy se va a sujetar. No es aquel, que creía al hombre y al caballo un solo sugeto, rayo al arcabúz, y al artillero el árbitro del trueno. No es al imbécil, que oponía una mal dirigida flecha a la lanza, a la espada, y a la bala. El Americano de hoy, es el Español mismo; sabe que si sus fuerzas naturales son algo menores que las del Europeo, las armas de fuego igualan la robustez, y la debilidad, cuando no es esta absoluta. Tiene artillería la mas excelente, y puede fundir cuanta quiera en pocos meses. Sus cañones son tan buenos, o mejores, que los de Europa. Ya se hacen fusiles, se funden los morteros en regla, y sus excelentes maderas dan cureñas casi incorruptibles. Enseñan los emigrados de Europa la táctica antigua y moderna. Corren las obras militares que todos los Reinos; y se estudia en ellas con continuada aplicación. Son las tropas de línea de Buenos Ayres capaces de

entrar en competencia con las que vencieron en Austerlitz. Decía muy bien Chatan en Inglaterra: en el momento que el Americano sepa formar un clavo, las Américas son pérdidas para nosotros. Así debía raciocinar, siguiendo los principios de los defensores de la guerra. No es posible que la Europa domine en la América, si se quiere usar de la fuerza, en el momento que ella se penetre de lo que puede y val. Es muy fácil dominarla, si se le dirige y gobierna, de modo que halle su mayor facilidad en la administración europea. Este ha sido mi sistema. En cada momento hallo nuevas pruebas de una verdad, que por desgracia solo se ha ocultado a V. M. En la reciente pérdida del Reino de Chile, tenemos un dato de cuanto anteriormente tengo expuesto. Fue reconquistado por el Brigadier Osorio. Le sucedió en el mundo, por disposición de V. M. el General Marcó del Pont, hombre afeminado, cobarde, sensual, y por consiguiente tímido, desconfiado e injusto, sacado en el molde de los Tiberios: fue por nuestra desgracia elegido Jefe de un pueblo limítrofe de Buenos Ayres, y que tiene con aquellas plazas las mejores relaciones políticas y mercantiles. Su población de sesenta mil almas, la robustez igual, o superior a la europea, la abundancia del pan, y los ganados, la cantidad inmensa de cobres para buena artillería, y las ricas minas de oro y plata fáciles de trabajarse, todo le convidaba a sacudir un yugo, que parecía insoportable a los ojos mismos de los mas declarados partidarios de los derechos del trono. Yo acompaño las gazetas en que se refieren sus atrocidades, y ese bando dictado por la tiranía, el furor, y la torpeza. Renovados los tiempos de Sila, y de los tiranos de Roma, de Enrique 3º de Francia, y el 8º de Inglaterra; las mas ligeras sospechas, las mas viles delaciones, los testimonios menos dignos de fe, eran bastantes para perder las propiedades, y las vidas. No el honor, porque ninguna persona sensata tendrá por infame una víctima sacrificada por el horrible despotismo. Si amado Soberano: se vió en Chile obligado un padre a concurrir al cadalso, cuasi en la clase de verdugo, tirando los pies del hijo que pendía de la horca. ¿Y como reciben los pueblos estos castigos? Aborreciendo al que los impone, y al Gobierno que consiente fieras tan inhumanas; deseando y jurando la venganza, protestando una división eterna, e irreconciliable con sus opresores. Marcó hubiera querido, que el pueblo de Chile solo tuviese una cabeza para derribarla sobre el seguro de su tímida espada. Ya no había cárceles, conventos, ni presidios donde conducir los proscritos, y desterrados. Ya no había bienes, que alcanzasen a las confiscaciones. Ya no había seguridad, ni en la lealtad misma, ni en el testimonio de la mas justa conciencia. ¿A quien le podía faltar enemigo, que entrase al perfumado gabinete de este hombre cruelísimo? La sola acusación sin examen, era suficiente para la sentencia y la ejecución, desobedeciendo abiertamente a V. M., persiguiendo a los mismos que ya había perdonado, o no cumpliendo los indultos, que la piedad de un Rey tan humano había concedido. Una de las reglas mas sabias de política, es no castigar de modo, que se contemple, que él que lo hace, se saborea en el castigo, ni hacer los suplicios tan frecuentes que conduzcan al pueblo a la desesperación. Son precisos los cadalsos, a las veces los suplicios, y escarmientos terribles; pero estos medios son como el uso del soliman en algunas cedicinas. Se toma una vez, y se procuran inmediatamente refrigerantes. Pueden en un día ser arcabuceados cien hombres,

pero al siguiente, y los demás, es preciso que se respete de modo la justicia, que ya se olvide lo excesivo del rigor, o se contemple, que solo fue obra de la necesidad. No ha sido esta la conducta de los gefes de América. He visto varias cartas circunstanciadas, en que se dice que Morillo pasó por las armas mas de seis mil hombres, y que las imposiciones a los pueblos, han sido tan terribles, que ni la voluntad mas perfecta de llenarlas, podía hacerlas subsistentes. Ricafort en la Paz en 24 horas seguía un proceso, lo sentenciaba, y se procedía a la egecución. Todo esto después de un indulto concedido un año antes. ¡Cuántos inocentes fueron sacrificados por ese monstruo! Sus acciones en algún modo constan de gazeta. El logra un empréstito pedido a son de tambor, y con el auxilio de las bayonetas. El saquea la Paz, solicita premios, y coarfa a los pueblos mismos a que lo pidan. ¿Crerá V. M. que los Americanos han de ser fieles continuando esta política? Es muy grande el talento de vuestra Magestad, para que se persuada de un sistema, que reprueba la mas vulgar razón.

Podrá lograrse que algunos pueblos desarmados callen sus sentimientos por algun tiempo, estudien el disimulo, que se cautelen de aquellas mismas personas cuya confianza es inspirada por la naturaleza; pero su interior renueva diariamente sus votos. Sus ruegos a la Divinidad tienen por objeto la independendia, y esperan la ocasión favorable en que realizarla. Puede ser, que no sea el año presente, ni el venidero; pero ella será, porque el ánimo es declarado: los motivos, el deseo no varían, y no puede faltar un rompimiento en la Europa, que les facilite oportunidad para llenar sus designios. Cada gazeta en que se decia continuar los castigos de Quito, la Paz, y Chile, se veia con transportes y de dolor, desanimaba a los leales, y enfurecía a los Patriotas. En la suerte de sus hermanos veian la que les esperaba, y tenían por mas glorioso morir como guerreros, que como tímidos, asesinados por hombres inexorables. ¿El que habiendo nacido libre, se vendió como esclavo por haber errado en la opinión, no proyectará siempre salir de ella? ¿Que estado le esperará mas desgraciado, cuando no espere la revolución? ¿Será muerto? Menos mal es, que la servidumbre para el que nació libre. Decía Montesquieu, que la esclavitud desapareció con el Christianismo. ¿Que diría al verla renovada, abusando del nombre del mas católico de los Reyes? Pero se contesta a tan sólidas reflexiones, diciendo, que los castigos, y los impuestos los escarmantarán, y al fin han de reducirse. ¿Pero conoce el corazón humano, el que raciocina de este modo? Los castigos obstinan, las razones convencen, la dulzura atrae. Yo les preguntaría. ¿Y cuando comenzará ese escarmiento? Hace nueve años que nació en la Paz la revolución; el clarín no ha cesado de sonar entre incendios, cadáveres y ruinas. El coronel González destruiría mas de quarenta mil hombres indefensos. Muchos pueblos han quedado sin una cabaña en las cercanías de Huamanga. Los Talaberinos hicieron la misma, o mayor carnicería: muchas ojas de servicio refieren como mérito estos atentados. ¿Y el efecto? La América está des poblada, pero no sujeta. No sujeta Señor, ni lo será nunca por medio de las armas. ¿Cuántos hombres existen de los que han pasado a la América meridional y septentrional? Que se presenten a V. M. los estados, y hallará en ellos con asombro, que aunque mataron a muchos Americanos, ya no respiran ni la quinta parte. Los que quedan, no son suficientes, ni aun para guarnicio-

nes. Pues que vengan muchas tropas a que maten y mueran, cóstense escuadrones, sáquense de la Península regimientos enteros, trasládense a sufrir los fuertes y poco sanos climas del nuevo mundo, suenen las campanas con repiques alegres por las primeras victorias. Dentro de quatro años solo se verán desnudos huesos, restos de unas preciosas flores que debían estar adornando los campos de España, y destinados a su atrasada agricultura, a sus manufacturas destruídas, y a su comercio postergado.

Aun no se forma la cuenta de un modo exacto y verdadero. El soldado de España muere; pero deja cuando menos dos hijos en las mugeres del país. Estos mismos dentro de veinte años son otros tantos militares contra la patria de su padre: pierde la España el hombre, el fruto, y la propagación que de él había de adquirir; y aumenta por su medio en el nuevo mundo los defensores de la independendia. ¿Como estos cálculos, tan sencillos y naturales, se ocultan los encargados de la administración de tan vasta monarquía? Es sin duda, porque muchos hallan conveniencia en ocultar la verdad, y en que continúe la anarquía, y el desorden. Tal vez será, porque alguna potencia tiene formados sus proyectos sobre la destrucción de España, y de las Indias, para dominar con mayor facilidad. Cuando los hombres que se remitiesen fueran inmortales, el tenerlos en América no le trae a V. M. ninguna ventaja. Nada aprovechan las Américas a la Europa, en el momento que dejen de ser productivas; es necesario contemplarlas como heredades. ¿Y en caso que produzcan, que utilidad se reportará, si eso mismo se consume en soldados, que han de sujetarla? Doblar los impuestos para que el erario logre cubrir las necesidades públicas de estos reinos, y para que quede algun sobrante, que pueda remitirse a esos; es una imaginación, que carece de fundamento. ¿Quien trabajará, si en ello no halla utilidad? Hablo, Señor, con hechos del día, que aunque terribles, solo son débiles anuncios de los venideros. En la provincia de Cuzco se está vendiendo la fanega de trigo a 27 pesos, en la Paz a 40. Pueblos enteros han muerto de hambre, y de quinientos en quinientos se conducen los hombres a la sepultura. Esto depende de que no hay gente para el trabajo: consumida en la guerra, la que queda no quiere trabajar, sabiendo que la cosecha no ha de ser suya. Cuanto menor sea el comercio, y el cultivo, mayores han de ser las pensiones, creciendo siempre en razón inversa de la utilidad de los pueblos. Así es preciso que se haga para mantener las tropas, pero también será infalible, que llegará el caso de que se abandonen como inútiles el azadón y el arado. Sabe Sabe V. M. los tumultos que se ocasionaron en todos tiempos por la falta del pan. El hombre en la sociedad busca su tranquilidad y conservación. Cuando no halla lo que podía conseguir en los montes, en medio de los brutos, rompe con ímpetu todos los lazos de sus obligaciones y se arroja a los mayores atentados. Esta es la situación, en que se hallan las Américas, en medio de pomposas partes, que jamás sorprenderán a ningún político. ¿Que hazañas son las dignas de elogio, con un egército de 3,000 hombres en Jujui, que no puede rehacerse en caso de alguna desgracia, arruinado el comercio de cabotage, y ya en nuestros mares una esquadra enemiga, que impide toda especie de correspondendia y tráfico? Muy en bosquejo presento a V. M. los males de la guerra, porque temo al escribir, el fastidio de un papel difuso: con todo no podré prescindir de una

reflexión Están divididas las Américas en dos partes; pueblos que se mantienen leales, y pueblos rebeldes. Para sujetar a estos, se cargan las pensiones a aquellos, y su lealtad les trae por consecuencia el castigo en la ruina de sus propiedades, en el hambre que sufren, y en las vejaciones, que continuamente se les causa para extraerles la última gota de sangre de sus venas. ¿Y no es regular, que esta conducta les haga unirse a los que juraron la independencia, como un medio de la felicidad común? El ejemplo y la suerte de aquellos que sacudido el yugo, han sabido sostenerse, no alegrará la imaginación ofendida con tantos padecimientos? ¿Si esta unión se realiza, que será de la España? La división entre los mismos Americanos ha sido el verdadero ejército de V. M.: una reconciliación sincera será la base eterna de la independencia. No temo la suerte de aquel pensador, que en caso igual al que nos hallamos, presentó a la Inglaterra verdades tan terribles, como las que hoy anuncio: el perdió la vida con el título de rebelde. Ofrezco la mía, si se deja sin oprobio mi memoria, y es el sacrificio que se exige para una verdadera concordia. Muera yo, y sea V. M. Rey por muchos siglos de las Indias, y séanlo también los últimos descendientes de V. M. Con esta protesta, yo continuaré escribiendo mas de lo que pensé.

Siempre el hombre obra por interés; los bienes y la gloria son los dos móviles de nuestros afectos y pasiones. Con los impuestos, con los excesivos gastos, los leales han perdido las propiedades. En lugar de adquirir nuevos fondos, ya no existen los que heredaron de sus mayores. Basta manejar con discreción el honor. ¿Y qual ha sido la conducta? No hablo de mí, que he sufrido una calumnia continuada, como premio de una lealtad a toda prueba. El regimiento real del Cuzco, siempre vencedor, el que reconquistó su propia patria, el que asombró a los Porteños en todas las acciones, se ha extinguido, y los oficiales y soldados se incorporaron en otras banderas. De allí dependió una deserción general de los patricios, quedando únicamente algunos, porque no se les presentó fácil y cómoda ocasión. Aquellos capitanes y coroneles, que comenzaron con D. José Manuel Goyeneche la campaña, se hallan retirados en sus casas, y los mas de ellos no han recibido otro premio, que tenerlos por sospechosos, y desairarlos públicamente. ¿Y este método atraerá, a muchos al partido de la corona? Si así fuese, ya tendríamos un sistema de nueva filosofía, demostrando que los hombres no eran conducidos por el placer, sino por el dolor. Cada individuo desestimado es enemigo del Gobierno Español, y se hace de infinitos prosélitos. Si los castigos reiterados y crueles, no hacen sino aumentar los vicios de los verdaderos delincuentes, ¿que producirán las afrentas en los que se consideraban justamente acreedores a los primeros destinos? les hará trocar las virtudes en crímenes, y la lealtad en rebelión.

De todos estos errores, no cometidos por V. M. que es el mas justificado y bueno de los Reyes, sino por los administradores subalternos, se valen los facciosos para adquirir los corazones y convencer los espíritus. Dicen a los pueblos: ved ahí el fruto de la defensa que haceis a la corona, morir de hambre, con gabelas y pensiones: dicen a los que han servido con fidelidad: ved la recompensa en la postergación, y en el olvido. Estas reconciliaciones unidas a la seductora palabra libertad, que en Roma, y en Grecia, en Inglaterra, y en Francia, ha causado mayores males, que la misma servidumbre, vendrán

a decidir de la suerte de la América, si la sublime política de V. M. no impide el progreso de la seducción, haciendo ver que no hay Gobierno mas justo que el de España.

La cercanía con el Norte, las abultadas relaciones de sus progresos, y el interés de esta República, en que las demás partes de la América sigan su sistema, es otro fundamento para los insurgentes, que se desvanecerá manifestando los defectos de aquel Gobierno, conveniendo con los mas sabios políticos, que no puede perpetuarse sin un Soberano, y haciendo ver, que los Españoles de Indias viven en mayor felicidad que estos Republicanos. Esto es muy fácil, arregladas las contribuciones, purificados los tribunales de los Sátrapas codiciosos y sobervios, quitados los obstáculos, que impiden el progreso del comercio, y promulgadas leyes que concilien los derechos de la Soberanía con los justos ruegos de los pueblos. ¡Que facil es a V. M. hacer felices a dos hemisferios! Sin duda la providencia con este destino lo hizo subir tan joven al trono de Felipe 5º Si Señor, la ilustración nos vino con los Borbones, y por este solo don, les debemos mas, que por nuestra natural existencia. Espero que V. M. ha de oír por mi órgano los sentimientos de muchos Americanos, con la ternura de un padre, con la justicia de un monarca, y con el interés, que le dicte el amor a la misma Península. Por más que la política se agite para desenrollar la escena en el estado en que se halla, no hay sino tres medias: destruir a todos los Americanos, y poblar de nuevo: renunciar el dominio de las Américas, dejandolas en entera libertad; o mejorar de modo el Gobierno que todos tomen parte en su permanencia, trabajen por ella, y deesen. El primer partido jamás será de un tirano. Cartago destruido amenaza la destrucción de Roma. Si es contra todo derecho de gentes desolar los países conquistados ¿que será aniquilar los mismos Reinos en que se domina? Consiste la gloria del monarca en la multitud de sus vasallos. De nada aprovecha el señorío sobre montes, mares, e incultas selvas. Es fácil se figure esa especie de grandeza cualquiera que no tenga el carácter de soberano. Grandeza verdadera es la del Chino, que habita sobre las aguas para no disminuir las tierras, que apenas alcanzan al sustento de su numerosa población. ¿Y desolada la América como se repoblaría? ¿quienes habían de ser los que pasasen a poblar las nuevas colonias? No tiene la España aun gente respectiva a su extensión, ¿como la dividirá en tanta distancia? Atenas con un suelo ingrato, exediendo los hombres al terreno que los podía alimentar, debió ser fundadora de otras muchas poblaciones. España la mas fértil de la Europa, rica por sí misma, no debe disminuir los brazos que causan la verdadera felicidad. Cuando se pudiese disponer de algunos, que en mi concepto no se debe consentir la mas corta emigración, ¿sería el número suficiente para llenar 2200 leguas Norte a Sur? ¿como las cultivarían? ¿como se defenderían de una potencia extranjera? Se dirá, que la desolación de los patricios podía no ser general, sino limitada hasta el punto de no poder sostener la guerra los que quedaran vivos. ¿Que número era el de estos privilegiados? ¿inferior al de los Europeos? Quedaban los campos sin cultivo, y las costas sin defensa? Era mayor? pues podían conspirar continuamente contra sus opresores: meditarían sorprenderlos, apoderarse de las armas, y sacrificarlos a las no aplacadas sombras de sus hermanos. Estos se les representarían pidiendo continuamente contra sus asesinos. Ya

presenciamos hasta donde llegan los efectos de la desesperación en varias provincias, y principalmente en la del Cuzco, donde se han retirado los naturales a las montañas. Ellos han muerto a millares, comiendo sin discreción raíces poco sanas; pero han muerto también infinitos de ellos, que se mantenían con el fruto de su sudor. Es muy antigua la sentencia, que el que quiere morir, no puede ser esclavizado. Toda la tierra produce Catones y Scévolas, y es mayor el número por despecho, que por filosofía.

Conozco que al sensible corazón de V. M. le será insoportable el cuadro de ríos de sangre, corriendo por aquellas arenas, donde antes se ha recogido el oro, y llenas de cráneos aquellas concavidades, de donde se estaba con abundancia la plata, abandonadas las tierras, y los montes, donde se produce la quina, y otros vegetales. Finalizo el pensamiento de la destrucción de las colonias, y su nueva población con este examen. O a los colonos se les trataba del mismo modo que a los antiguos, o las leyes les aseguraban una continuada prosperidad. Si lo primero, también en su caso se revolucionarán. Si lo segundo, ¿por qué no se hace lo mismo con los presentes, sin elegir los medios dictados por la imprudencia y el furor?

Queda el último partido, que es el que todo lo consuela, el que si lo hubiese tomado Felipe 2º los Países Bajos, no serían separados de la corona de V. M. el que si en tiempo se hubiese adoptado por la Inglaterra, sus colonias no formarían un estado, que hoy le hace sombra, y mañana le excederá en opulencia; partido, que aumenta la verdadera grandeza de V. M. y consulta los intereses de España. Es gloria ver el nombre de V. M. Enrique IV. Algun genio contará las virtudes de V. M. y el elogio formará un poema superior a la Enriada. La posteridad Señor, la posteridad es el juez de los reyes. Las ceremonias de Egipto sobre los cadáveres de los monarcas, han concluido; pero el historiador libre eleva otro tribunal en que se lee la causa segunda a la casa de Stanaut, y se patentizan los vicios de aquellos Césares, que usurparon el incienso a los dioses. Yo pronostico, que los siglos venidores, al recordar el nombre de V. M. se detendrán admirados, no acertando con el título, que deba distinguir su incomparable mérito. ¡Que campo tan dilatado se ofrece a la beneficencia de V. M. en las Américas! ¿Que podrán solicitar, ni pedir, que no sea en aumento de los intereses de V. M.? Cuando crezca su comercio, el erario logrará que los derechos se multipliquen con la misma circulación. La libertad de ciertos puertos en diez años, hizo que se multiplicase el producto de estos reinos. Cuanta mayor sea la franqueza, mayor será la utilidad. ¿Querran que por un término menos idóneo, por una sospecha, no se les conduzca al cadalso? V. M. está en rigor de justicia obligado a mandarlo.

Estoy persuadido que es V. M. justo y bueno, que se horroriza al oír estas verdades, y se llena de justa indignación contra los Amanes, que toman su sagrado nombre para saciar sus venganzas y cumplir las pasiones mas viles. ¿Cómo podrá yo creer, que V. M. ha determinado, que los Americanos no puedan tener beneficio eclesiástico, que pase de ochocientos pesos, y que las piezas superiores solo han de poder ser ocupadas por los Europeos? Lo he leído en el *ensor* de Buenos Ayres, cuyo papel publicó el gobierno de Lima. Lo he leído también en un papel intitulado el *Correo de Londres*. Allí se refiere, que delante de Cartagena botaron

veinte y quatro capuchinos que venían a servir de párrocos. Son sacrílegos testimonios y calumnias que se levantan a V. M. por hombres infernales. Sabe V. M. que de temer, y no esperar, resulta la desesperación. Si conocen los Americanos, que nada podrían ser en el gobierno español, y que solo les aguarda el rigor y el castigo, ¿como rendirán la cerviz, ni depondrán las armas? Para ser bueno es necesario se una la idea del provecho, que se ha de conseguir en la virtud. ¿Quien renunciaría a la natural independencia, en que Dios le crió, sino estubiera persuadido de las ventajas que ha de lograr en la sociedad? No es necesario leer el contrato social de Rousseau, ni de Locke, para distinguir las obligaciones y derechos de los monarcas. Todo se halla en las leyes, que V. M. ha jurado al tiempo de su sagrada inauguración. Allí se dice, que el imperio fue constituido por las gentes para que se les gobernase en justicia; para quitar muchas discordias; para que se hiciesen leyes, y se juzgase derechamente por ellas; para castigar los malhechores, y para amparar la fe católica. Si el rey D. Alonzo distingue al monarca del tirano por su modo de gobernar, ¿qué injuria mas terrible, que la que se comete por las autoridades de América, administrando de tal modo, que degradan a V. M. del sublime carácter de vicario de Dios, para constituirlo en la clase de los que se apoderaron del trono por la fuerza?—Procurar la ignorancia y el temor de los pueblos, enemistarlos entre ellos mismos, reducirlos a la última miseria, estas son las maximas de los que, sin derecho, se quieren erigir en soberanos, y aun para ellos no son seguras, y faltan muchas veces, como notó Machiavelo, en su tratado del Príncipe, y en las décadas de Tito Livio. Se quitan de las manos de los naturales de estos reinos los libros, que los pueden ilustrar, se les obliga a combatir unos contra otros, se les empobrece con contribuciones ordinarias y extraordinarias, ¿y el efecto? el mismo que dice ese político: convertirse al fin todo en contra del que los degrada; reunirse para formar un solo ejército.

No se contentó con esto el bárbaro furor. De pueblos enteros, ya no existen sino las señales, que han quedado de las cenizas con el agua, para monumento eterno de la crueldad de los que se llaman gloriosos conquistadores. Familias enteras, que gozaban con las rentas de sus fondos una vida la mas cómoda, que puede presentar la sociedad, ya lloran en el abatimiento y en la miseria. En Moquegua, villa opulenta, las contribuciones extraordinarias, y sin proporcion, la falta de mulas necesarias a la conducción de sus aguardientes a la Paz, Oruro, y Potosí, las reduce al estado deplorable de no poder levantar sus cosechas. Pierde V. M. por una mala política de estos Gobernadores, los grandes derechos, que aguardiente y vinos producían en aquel rico partido, y los propietarios anuncian en sus voces, en sus rostros, y en sus cartas el estado en que se hallan de desesperación. En la Paz se puso un impuesto formidable a la coca, vegetal sin el que el Indio no puede vivir. Como las facultades de estos pobrísimos Indios, apenas alcanzan para lo absolutamente necesario, compran por doble precio la mitad de lo que antes se les vendía, y lloran sin consuelo al ver que son menos que los brutos, pues no pueden saciarse, ni de la yerba que producen los campos. En Lima se ha gravado el pan, el sebo, y las casas; es decir, aquellos ramos a que nadie puede renunciar. No será al poderoso grave el impuesto; pero al pobre, que tiene diez hijos,

a la viuda a quien acompañan tres necesitadas doncellas, a los hospitales, y refugio de la abatida humanidad, ¿no será insoportable el gravamen? En el momento que el hombre no tiene nada, ya se hace rebelde, porque para subsistir no le queda otro recurso que el de las armas. Sobran medios para prontos gastos. Cesen las rentas de los jubilados, que tienen modo de subsistir; sáquense los caudales de las arcas de aquellos empleados, que habiendo sido unos públicos ladrones, aun gozan de crecidos sueldos; sobre todo, concurra cada uno en razón de sus facultades, que es el axioma más justo en materia de impuestos. Esto, digo, entre tanto la justificación de V. M. toma los medios más seguros para que finalice la guerra, y suceda una paz fiel y permanente.

No soy de sentir que en el momento se retiren las tropas de los cuarteles, se reembarquen las que han venido, se abandonen las plazas y los fuertes. Debe a esto preceder la reconciliación, y cimentarse la concordia. Por eso tratándose de una subscripción para sostener el ejército, no esperé que se me convocase, y por el oficio, cuya copia y contestación incluyo, ofrecí el sustento de tres hombres. Todo exige prudencia: una sumisión vergonzosa no conviene a la dignidad de un rey. Los modos abatidos hicieron despreciables muchos monarcas, que hubieran merecido el mejor elogio por su justificación. Es menester que se sostenga el debido carácter en medio de los contrastes mayores. Carlos 1º y Jacobo 2º fueron débiles—Gustavo 3º muy confiado—Carlos 3º en la revolución de Madrid se manifestó gran político por los consejos de los grandes. Los príncipes deben huir los dos extremos de humildad y de soberbia.

Corra un visitador general todas las Américas—oiga los pueblos: traiga facultades de V. M. para remediar abusos; informe con prontitud sobre las pretensiones de unos dilatados reinos. Trátese de fomentar el comercio, quitando los obstáculos que impiden el que progresen; aumente la artes propias a estos países, y que se vele sobre la agricultura y minería. Sean separados los ministros venales y corrompidos; arréglese la administración de rentas: prémiense los beneméritos, y concluya la vergonzosa palabra de colonias, que creyéndose muerta ha resucitado con mayor oprobio. En fin, siga V. M. los impulsos de su humano corazón, oyendo antes a los hombres desinteresados y sabios. Son muy cortos mis talentos; pero no dudo vuelvan al seno paterno a estos descarriados hijos. Libértelos V. M. de la muerte, para que una población numerosa le bendiga. Tenga Fernando el católico la gloria de primer conquistador: V. M. la de redentor, padre, y amigo de sus vasallos. El que funda los imperios logra un heroísmo verdadero: el que los destruye tiene el renombre que se le puede dar a un terremoto, o a un rayo. Dirá alguno: yo quisiera ser mejor que Fernando VII de España, Alejandro de Macedonia. Después de cien siglos se alabará el partido que tomó V. M. de lenidad, tan digno de un rey, como terrible el de destruir, y peligroso le de una emancipación no preparada.

Perdone V. M. el zelo de un magistrado que habla la verdad, y se tendría por criminal e injusto, si usase de un lenguaje hipócrita, o de un cobarde silencio. Mientras no se admitan las representaciones de otro modo, que por el órgano de los inmediatos gefes, la justicia ha de ser oprimida. ¿Como elevarán recursos en que se les acusa de criminales? ¿como procurarán remediar atentados que los enriquecen? ¿como solicitarán un nuevo

Gobierno, a cuya frente es imposible se mantengan? Jamás se debe comprometer el interés personal con el del público. El Gobierno, que sabe que él solo ha de hablar, y que nadie puede representar contra él, necesariamente abusa. ¡Que desconuelo hallarse el súbdito privado aun del pequeño alivio de la queja! Temo más la taciturnidad de Bruto, que las arengas dilatadas de Catilina. El bostezo de un monte, cuya materia eléctrica es largo tiempo detenida, deriva en su explosión quanto le rodea, y se le acerca. Al Americano, le es prohibido hablar, pensar, escribir; es preciso que renuncie el ser de racional, o que procure restaurarse sus esclavizadas facultades. V. M. les restituirá la libertad verdadera, dando fin a nueve años de muertes, llanto, y desolación—Dios guarde a V. M. C. muchos años. Lima Abril 2 de 1817.

MANUEL CAYETANO VIDAURRE

Esta representación ha sido dirigida por conducto del Infante D. Carlos, con el adjunto oficio.

La naturaleza, la religión, y la humanidad, comprometen a V. A. muy de cerca. No dista V. A. del trono, sino un solo paso. El Señor Carlos 3º, digno abuelo de V. A. lo dió, e ignoramos los secretos de la providencia—viva mil y mil siglos nuestro Augusto Monarca, logre ver sus cuartos nietos; pero hasta lo presente V. A. es el heredero presuntivo. Tiene V. A. el amor general de los pueblos, y lo aman más por sus virtudes, que por el mérito de sus gloriosos ascendientes. Toda la nación pronuncia con entusiasmo el nombre de V. A., y estos votos generales y públicos, son la única áncora, que sostiene los Gobiernos y los Príncipes. Creo que V. A. puede remediar las desgracias de la América. Me atrevo por eso a presentarle el adjunto informe, para que se digne elevarlo a nuestro Soberano. Sin duda mis representaciones anteriores no se han oído por S. M. Ellas aunque débiles por el poco talento del que las escribe, son muy grandes por las verdades que contienen: verdades nuevas para el trono, pues por desgracia de los Reyes, a sus sagrados oídos solo llegan las lisonjas y las mentiras.

Una ley de Inglaterra castigada con la muerte al que anunciaba la del Monarca. Temiéndola ninguno osa decirle a Enrique 8º que se acerca su fin. Quando hubiese en nuestros códigos la misma pena contra el que revelase los males del Estado, caminaría después de publicarlos al cadalso, a esperar tranquilo la sentencia, y la ejecución. ¿Que son veinte años más de vida? Treinta de penar y de filosofar, me hacen que desprecie un resto, que lo contemplo infame, sino lo sacrifico a mis deberes. Por Magistrado, por noble, y por verdadero Español, estoy obligado a gritar continuamente hasta que mis voces se escuchen por mi Rey—Mis huesos en la tumba no hallarán descanso, si muero antes que cese el fuego de la guerra en estos países. Una verdadera concordia, una paz firme establecida, será el único don, que exija de la piedad, aunque se compense con mi eterno aniquilamiento. En lo temporal espero de V. A. elogios de más elevada gloria, que aquellos que se tributan a los héroes, que solamente se ocupan en devastar la tierra—Dios guarde a V. A. muchos años—Lima 2 de Abril de 1817.

MANUEL CAYETANO VIDAURRE

NUMERO IV

Oficio reservado del General Morillo al Ministro de la Guerra en España, interceptado por el Corsario de Buenos Ayres, llamado el Congreso.

No. 18 RESERVADO

GUERRA

EXCMO SEÑOR,

Desde mi llegada a las aguas de Venezuela he puesto en conocimiento de S. M. cuanto he creído oportuno para la tranquilidad y seguridad de los estados del rey; posteriormente desde Cartagena he dicho las necesidades de este vireynato, y ahora creo debo insistir sobre la urgencia de auxiliarlo, y con especialidad a Venezuela.

A medida que he enviado al Perú y Puerto Rico, y que el ejército del rey ha ido apoderándose de los puntos que los rebeldes ocupaban, aquel se ha ido debilitando con la diseminación; lo que unido a las enfermedades y bajas de toda clase, lo han puesto casi en esqueleto, comparando lo que cubre, y los enemigos que tiene al frente, en especial en Venezuela.

Al propio tiempo que se tomó Margarita, se fueron los fugados a Cartagena, y a organizar tropas en el reino de Santa Fé, quedando otra porción en las islas extranjeras, esperando la oportunidad de la disminución de fuerzas de este ejército y otras ocupaciones, para revolucionar a Cumaná, Margarita y la Guayana, unidos a los mal contentos de Francia, y a los especuladores de Inglaterra.

Se ha tomado Cartagena, han corrido todos a los Cayos de San Luis, para desde allí atacar cualquiera punto débil de la costa, seguir el ataque cuanto se pueda, y de no ser feliz para ellos, robar y reembarcarse. Con los robos de frutos pagan los fusiles, de los que en Puerto Príncipe hay por lo menos un depósito de doce mil, según tengo manifestado a V. E. en mi correo anterior con las cartas interceptadas.

Por este breve relato se enterará S. M. de que si los rebeldes pierden terreno, se reconcentran, y son mas fuertes en el punto que atacan, cuando nosotros somos en realidad mas débiles.

Por un momento pido a V. E. eche una ojeada sobre el estado de la fuerza, que tenía Venezuela, cuando sus habitantes anhelaban por el dominio del rey, y verá que era mas del doble de la fuerza que hay allí ahora, y esta obligada a pelear todos los días. Lo propio digo con respecto a este vireynato, y según veo en mi marcha, la provincia de Cartagena puede ser fiel, pero los demas pueblos esperan una oportunidad para seguir sus proyectos criminales, y en especial los Curas, de los cuales no hay uno bueno.

Pedí a S. M. misioneros, y ahora añado que conveendrá también remitir Curas y Letrados europeos, pues si esto se ha de llevar adelante, debe ser en los propios términos, que se hizo la conquista en su primera época.

Las necesidades de tropa, que he dicho a V. E. tiene el vireynato de Santa Fé, en el oficio N. 163, son positivas, pues aunque por ahora lograrse conquistar todo este país, no es posible dejar la división del coronel Calzada, ni la de banguardia a la derecha del Magdalena, porque se irían a Venezuela a engrosar la masa de los enemigos, y si es posible marchen a el Perú, es donde pueden ser de la mayor utilidad, por ser vizarras

y capaces de admitir disciplina, aunque por ahora bastante tendrán que hacer en Antioquia, Popayan y Chocó.

Cuando llevo dicho hasta aquí es suponiendo la pronta venida de las tropas, pero si estas se dilatan, no puedo decir a V. E. cual será el número que podrá necesitarse.

Actualmente hay en Venezuela dos puntos, que están amenazados, y son de la mayor importancia. Son Margarita y Guayana.

En el primer punto los rebeldes están bien dirigidos, surtidos de todo, y peleando con encarnizamiento. Las tropas del rey se han visto forzadas a mantenerse sobre la defensiva, y si Bolívar va a aquella isla, con su expedición formada en los Cayos, no se cual será la suerte de Margarita, y en seguida de Cumaná.

El ataque de Margarita está conbinado con el de la Guayana, donde se engruesan los enemigos, ocupan un gran círculo al rededor de la capital, interceptan los ganados, y sin batirse la obligarán a rendirse, teniendo gran partido. Consideré de tanta importancia dicha provincia, que me atreví a decir a S. M. en Madrid, que perdida ella, y ocupada en fuerza, peligrarian Caracas y Santa Fé; y ruego a V. E. eche una ojeada sobre su posición, y note que el Orinoco, Apure y Meta son navegables y navegados mas de lo que yo sabia allí, asi como los llanos, que dominan los rebeldes, y es donde se cria el ganado de toda especie.

Los rebeldes de Venezuela han adoptado el sistema de tener muchas y fuertes guerrillas, las que siguen el plan de las de España, y preveo la reunion de todas luego que se presenta un gefe como Bolívar, u otro que tenga alguna opinion, y entonces si creen que somos mas débiles obrarán en fuerza.

En España se creó vulgarmente, de que solo son cuatro cabezas los que tienen levantado este país; es preciso Señor Excmo. que no se piense así, por lo menos de las provincias de Venezuela. Allí el clero y todas las clases se dirigen al mismo objeto de la independencia, con la ceguera de que trabajan por la gente de color; golpe que ya hubieran logrado si la expedición no se hubiera presentado con tanta oportunidad. Dicha gente es vigorosa, valiente, come cualquiera cosa, no tiene hospitales, ni gasta vestido.

No hay, creo, la misma tenacidad en este vireynato, pero es preciso siempre aumentar las tropas; pues la guarnición de Cartagena consume mucha gente, y es preciso sea numerosa, y según lo que observo en el día debe ser la fuerza militar de toda la nueva Granada superior a la que habia a mediados del siglo pasado.

Si se perdiese la Margarita, la fortificarán los insurgentes, y el reconquistarla pedirá una expedición, dejando expuesto el comercio desde ella al seno mexicano. Si tuviese igual suerte la Guayana, ofrece su reconquista aun mayores dificultades. Y si hubiese una cabeza, que dirigiese al propio tiempo las fuerzas de Casanare y Junja, con el ataque al Paraguaná, provincia de Coro, no proveo nada lisonjero a las armas del rey. Pero todos estos males próximos a suceder se evitarán aumentada la fuerza existente en infantería y caballería, enviando los reemplazos, tocando las expediciones en Margarita, y corriendo la costa.

Con la pintura que acabo de hacer, no crea V. E. es mi ánimo contristar el corazón de S. M., sino duplicar los golpes para asegurar los grandes gastos que se han hecho, y el centro de la América; pues si ahora por una protección de la Providencia se logra vencer los obstáculos

los del hambre, y total escasez de recursos, no debe nadie lisonjearse de que pueda suceder todos los días lo propio, y ya que hay tanto hecho vengan hombres, fusiles y municiones, para que de una vez se consolide el dominio de S M en estos vastos países; debiendo fijarse la vista sobre el terreno de Venezuela, que da a todas las otras provincias en revolucion gefes y oficiales, pues son mas osados e instruidos que los de los demás países, y es por lo tanto preciso mas fuerza en aquella capitania general, de la qual la tropa, que haya en Barinas, podrá acudir a Santa Fé, avisando con anticipación, por caminos ya muy frecuentados, aunque trabajosos

Dios guarde a V E muchos años

Quartel general de Mompoy, 7 de Marzo de 1816

Excmo. Señor,

PABLO MORILLO

Excmo Señor Secretariado de estado y del despacho universal de la guerra

NUMERO V

Libro II Capítulo IX de la **Relación Historia del viage a la América Meridional, hecho por orden de S. M.—**
Por Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa.

Del Comercio, que el Reino de Chile mantiene con el Perú, Provincia del Paraguay, Buenos Ayres, &c.

Ya se dijo en el capítulo V, tratando de la Ciudad de la **Concepción**, y de sus campañas, la grande amenidad propia de ellas, y la lozanía, con que las simientes se producen, rindiendo con excesivas creces un tributo mucho mas que regular al trabajo del labrador: esta prerrogativa es tan general en todo aquel Reino, que a competencia sus llanos, sus colinas, sus cañadas, y todo el territorio, cada pedazo, o pequeño espacio de él, es un objeto de admiracion en lo pródigo; y parece que las partículas de tierra, transformadas en granos de la simiente, que se les confia, los vuelven acrecentados en tan numerosas cosechas, y que incansables ni se aminora en ellas la fecundidad, ni reconoce descaecimiento el vicio. Son las campañas de **Santiago**, así como en lo amenas y fecundas, iguales a las de **Concepción**, semejantes a ellas en las especies de frutos, que reciben con mas proporcionalidad; porque siendo el temperamento de unas y otras casi uno mismo, lo son tambien los efectos que dependen de él: por esto se componen las haciendas, que hay en aquel país, unas de sembradío, otras de cría, y engordar varias especies de ganados, **bacuno, ovejas, cabras y caballos, y otras de viñeria**, y árboles frutales: en las primeras se hacen cosechas muy cuantiosas de **trigo, cebada, y menestras**; a que se agregan las del **cañamo**, que se produce lozanamente, excediendo su calidad y altura al que se cria en **España**; en las del segundo orden se engorda el ganado **bacuno**, y se hacen crecidas matanzas: hácese mucho **sebo, grasa y charquis**, y se curten **suelas**: con los cueros de **cabrió** se curten **cordovanes**, y se saca algun **sebo**; y últimamente con la **uva** se hacen **vinos** de distintas calida-

des, y aunque no son tan sobresalientes, como los de la **Concepción**, no dejan de ser muy buenos y delicados, y tambien se reducen a **aguardientes**. Estos son los frutos y géneros principales, con que aquel Reino entretiene un comercio activo con el **Perú**, proveyéndolo de **trigo, sebo, y jarcia**, renglones que solo de allí le van; y se regula, que cada año saldrán de las campañas de **Santiago** para el **Callao** ciento y cuarenta mil fanegas de trigo; como ocho mil quintales de **jarcia de cañamo**; y de diez y seis a veinte mil quintales de **sebo**: a lo cual se agregan despues las **suelas, cordovanes**, y frutas secas, como **nueces, avellanas, higos, peros, y camuesas**, que tambien se llevan de allí, y a este respecto **grasa, charqui, y lenguas de bacas saladas**; no siendo corta la porción de estos tres últimos renglones.

Los países mas septentrionales de aquel Reino, como el de **Coquimbo**, ademas del **trigo**, y otras simientes propias de lo restante de Chile, producen **olivos** y su **aceite** es preferible en la calidad a el de algunas partes del **Perú**; pero no se lleva allá por la abundancia que hay en él de esta cosecha. En **Santiago**, y en los territorios de su inmediación se producen bien los **olivos**, y la **aceituna** que dan es muy buena; pero no se han aplicado aquellos moradores a hacer plantíos crecidos, y así no se vé con abundancia este árbol.

A el comercio activo de los frutos, que **Chile** da a el **Perú**, se sigue el de los metales, que se sacan de él; porque abundando en minerales de todas especies aquel Reino, se hacen labores en algunos; los principales son de **oro**, y de **cobre**; y para que no se echen menos sus noticias, se habrán de incluir aquí.

El mas famoso mineral de **oro**, que en el Reino de **Chile** se ha conocido, es el nombrado **Petorca**, en un parage al oriente de **Santiago**: el **oro**, que se sacaba de él antiguamente era muy sobresaliente, y en grande abundancia; pero ya ha decaido en la calidad, por haber dado en blanquizarco; con lo cual ha bajado considerablemente de la ley. Esta mina es de las que mas se han trabajadío en aquel Reino, compitiendo en esto con las de mayor fama del **Perú**.

En **Yapél**, que está ácia la misma parte, siguiendo la Cordillera al norte, hay minas de **oro**, que se trabajan, y acude el metal con abundancia; siendo de tan buena ley, que alguno llega a 23 quilates. En **Lampungui**, cerro vecino a la cordillera, se descubrieron el año de 1710, varias minas de **oro, plata, cobre, plomo, estaño, y hierro**: la ley del **oro** de 21 a 22 quilates; pero siendo dura la piedra, donde el metal arma (segun dicen los mineros) es dificil su labor: no sucedia esto con la del cerro vecino de **Llaoin**, donde la piedra es blanda, el mineral no menos abundante, y no de inferior calidad a el antecedente. En **Tiltit**, parage cerca de Santiago, hay otras minas de **oro**, que se trabajan y rinden lo bastante.

Entre **Quillota** y **Valparaiso**, en un parage a que dan el nombre de la **Ligua**, hay un mineral de **oro** muy abundante, y de buena ley. Tambien en **Coquimbo** se trabajan algunas minas de oro; y del mismo modo en **Copiapó**, y en el **Guasco**: a el que se saca de estas últimas dan el nombre de **oro capote**, siendo el mas sobresaliente del que se conoce. Hay en aquel Reyno otra especie de minas del mismo metal, distintas de las antecedentes, y estas son tan superficiales, que a poco de haber empezado a trabajarlas, y rendido alguna porción, se desaparece la beta; estas son en gran número, como tambien las de **Labaderos**; los cuales se

hallan como a una legua de **Valparaiso**, entre este lugar y las **Peñuelas**; otros en **Yapel**, en las fronteras de los **Indios gentiles**, y en las inmediaciones de la **Concepción**: de todos estos, y otros varios, que se conocen en aquel Reino, se saca **oro en polvo**; encontrándose tal vez algunas **pepitas** de bastante grandor, por el cual han solido hacerse particulares

Todo este **oro**, que se extrae en **Chile**, se vende allí para llevarlo a **Lima**, que es donde se sella, porque en **Chile** no hay **casa de moneda**, y se tiene averiguado por la razon, que se toma de él, que sale anualmente la cantidad de seiscientos mil pesos; pero aseguran, que el que se extravía por la cordillera pasa de cuatrocientos mil, y así compondrá el todo un millon, o algo mas **Coquimbo**, y el **Guasco**, países donde los minerales de todas suertes de metales son tan comunes, que parece que la tierra está convertida en ellos, son los parages donde se trabajan los de **cobre**, de que se abastece todo el **Perú** y Reino de **Chile**: pero aun de este metal, cuya calidad es la mas sobresaliente, que se conoce, solo se hacen labores en aquellas minas, que se consideran necesarias para el consumo que hay de él; quedando intactas la mayor parte de las otras, de que hay noticias, y se tienen descubiertas. Este metal es uno de los renglones, que componen el comercio activo de aquel Reino.

En cambio de los frutos, géneros, y metales, que el Reino de **Chile** envia al **Perú**, le entran de éste **hierro**, **paños**, y **lienzos**, de los que se fabrican en **Quito**, **sombreros**, algunas **bayetas**, aunque en corta cantidad, por tegeise allí también; **azúcares**, **cacao**, **chancacas**, o **raspaduras**, **conservas**, **tabaco**, **aceite**, **loza** y toda suerte de mercaderías de Europa

Entre el Reino de Chile, el **Paraguay**, y **Buenos Ayres** tambien se mantiene comercio, aunque todo se hace por **Buenos Ayres**; llevándose del **Paraguay** allí los efectos, que se producen en aquellas tierras, y consisten en la **yerva del Paraguay**, y **cera**; estos pasan despues a **Chile**, y de aquí se lleva al **Perú** la **yerva**. Tambien se hacen crecidas conducciones de **sebo a Mendoza**, con el cual se fabrica allí el **jabon**; y en cambio de estos géneros, contribuye **Chile** a **Buenos Ayres**, **ropa de la tierra**, de la misma que se lleva del **Perú**, y de la que se fabrica en aquel Reino, **azúcar**, **ponchos**, **tabaco** en polvo, vinos y aguardientes: estos dos últimos renglones los toman los comerciantes en **San Juan**, por estar mas a la mano para la conducción

NUMERO VI

Capítulo III del viage al rededor del mundo por J. F. G. De La Pérouse, Descripción de Concepción, &c.

La nueva Ciudad (**Concepción**) contiene sobre diez mil almas. Allí reside el Obispo, y el Mayor General, que está a la cabeza del cuerpo militar. Este obispado confina con el de Santiago, la Capital de Chile, donde reside el Capitan General. Al Este confina con las Cordilleras, y por el Sur se extiende hasta el estrecho de Magallanes; pero sus verdaderos límites están en el rio Biobío, a un cuarto de legua distante de la ciudad. Todo el país al sur de este rio pertenece a los Indios, excepto la isla de Chiloe y un pequeño recinto en las cercanías de Valdivia. Es inexacto llamar a estos Indios vasallos del Rey de España, con quien siempre están en

guerra. Las funciones del comandante español son de la mayor importancia; porque teniendo bajo sus órdenes las tropas de línea y de milicia, extiende su autoridad sobre todos los ciudadanos, que en sus negocios civiles están gobernados por un Corregidor. También está encargado de la defensa del país, y obligado a hacer la guerra, y tratados de paz incesantemente. Una nueva administración debe reemplazar pronto a la vieja. Se diferenciará poco de la de nuestras colonias, porque la autoridad será dividida entre el comandante militar y el Intendente. Pero debe observarse, que en las colonias españolas no hay una Corte Suprema, porque los que están revestidos de la autoridad real, presiden también en las causas civiles con unos pocos abogados que les ayudan. Es fácil percibir, que no estando administrada la justicia por Jueces iguales en dignidad, la opinión del Presidente siempre influye sobre la de los miembros inferiores del tribunal. La consecuencia de esto es, que la justicia está administrada realmente por una sola persona, lo cual debe tener muchos inconvenientes, a menos que supongamos a aquella persona desnuda de toda preocupación, libre de toda pasión, y poseyendo un talento muy ilustrado.

No hay en el universo un suelo mas fértil, que el de esta parte de Chile. Los granos producen sesenta por uno; las viñas son igualmente productivas; y las llanuras están cubiertas de innumerables rebaños, que se multiplican mas allá de todo cálculo, aunque abandonados a ellos mismos. Todo lo que tienen que hacer los habitantes, es poner cotos en sus respectivas posesiones, y encerrar allí las bacadas, yeguas, mulas y carneros. El precio ordinario de un buey cebado es ocho pesos; el de un carnero seis reales, pero no hay compradores; y los naturales están acostumbrados a matar cada año un gran número de novillos, de los cuales aprovechan solamente los cueros y el sebo para enviar a Lima. Curan tambien alguna carne al uso de los Indios, para el consumo de los pocos buques costaneros de la mar del sur.

En este país no hay ninguna enfermedad regional. Los que consiguen no contraer aquella, que es demasiado común en el mundo, viven muchos años. En Concepción hay varias personas, que han completado un siglo.

A pesar de tantas ventajas, esta colonia está muy lejos de hacer aquellos progresos, que podían esperarse de una situación tan favorable para el aumento de la población; porque la influencia del Gobierno incesantemente contraría la del clima: las leyes prohibitivas ejercen su imperio del uno al otro extremo de Chile. Este Reino, cuyas producciones, si se dejasen subir a su mayor grado, podrían abastecer a la mitad de la Europa; cuyas lanas bastarían para las manufacturas de Francia e Inglaterra; y cuyo ganado, si se salase, produciría una inmensa renta; este Reino, digo, está enteramente destituido de comercio. Cuatro o cinco buquecillos llegan cada año de Lima con azúcar, tabaco, y unos pocos artículos manufacturados en Europa, que los desgraciados habitantes pueden comprar solamente de segunda mano, despues de haber pagado crecidísimos derechos, primero en Cadiz, despues en Lima, y últimamente al entrar en Chile. En cambio solo pueden dar trigo, que es tan barato, que al agricultor no le costea la roza del terreno; sebo, cueros, y unos pocos tablones; de manera, que la balanza del comercio está siempre contra Chile,

el cual con su oro,* sus minas, y sus pocos artículos de cambio, no puede pagar el valor de la azucar, la yerva del Paraguay, el tabaco, los paños, los lienzos, el batista, y las especies mas comunes de quinquillería, que consume

Por este breve narración, es evidente, que si la España no muda de sistema; si no disminuye los derechos que pagan las manufacturas extranjeras; en una palabra, si el Gobierno no se persuade, de que **cortos impuestos sobre una inmensa población, son más productivos al erario, que excesivos derechos, que aniquilan su consume**, jamás el Reino de Chile logrará aquel grado de prosperidad, que puede esperar de su situación

NUMERO VII

Carta escrita por el Coronel Carlos M. Carrol a un deudo suyo en Londres.

Santiago de Chile, Noviembre 20 de 1818

MI ESTIMADO SEÑOR:

Aprovecho para escribir a V la ocasión del Ministro de Estado, que saldrá de aquí dentro de uno o dos dias para París

La gloriosa batalla de Maipu selló la suerte de Chile y Buenos Ayres; y nosotros solos podemos ahora combatir con España. Mientras tengamos 10,000 veteranos, y un San Martin y un O'Higgins, nos reímos de los esfuerzos de España. Sí, la caduca y monstruosa opresión española ha estado demasiado tiempo reinando en este pais encantador; pero ya no hay enemigos en Chile, que atenten contra su reposo y prosperidad. El sagrado pabellon de la libertad e independencia flamea ahora sobre las ruinas del despotismo; y subsiste la mas grande union entre el Supremo Director O'Higgins y el General San Martin. No tenemos que hacer otra cosa, sino prepararnos para la expedición a Lima, donde el suceso coronará nuestros esfuerzos. Sabemos todo lo que pasa allá por nuestros espías, y tenemos un partido numeroso; en una palabra, todas las clases de la población están por nosotros, y por el Rey algunos viejos europeos, que estan pagados para ello. ¿Que dirá la Europa en 1819, cuando el estandarte de la independencia esté desplegado sobre las torres de Lima, y nuestra escuadra señora del pacífico? No hace mucho que hemos tomado una fragata de 50, y casi todo el convoy que venia de Cadiz a tratar de poner nuevas cadenas a los bravos Chilenos

Este hermosísimo pais está formado por la naturaleza para la independencia y el comercio, particularmente con la India y la China. Esperamos de un momento a otro al Lord Cochrane, y yo deseo con ansia su llegada. He sido nombrado comandante de un Regimiento de caballería, tan bueno, como jamás ví otro en España. Mi primo ha sido empleado tambien con otros varios que han venido aquí—No he sabido de mi hermano desde que estoy en la América del Sur: él sin duda desapruueba mis planes; pero yo no tengo motivo para arrepentirme desde mi llegada a este pais; y co-

* Segun noticias que he recibido, el oro que se recoge anualmente en el Obispado de Concepcion, puede estimarse en doscientos mil pesos. En la isla de Santo Domingo hay haciendas particulares, que dan cada una de ellas mas renta que esta. Nota del mismo La Pérouse.

nozco demasiado bien a los Españoles para sentir mi separación del amado Fernando—Crea V, amigo mio, que las Américas estan ya perdidas para la España. A los principios de mi llegada, las cosas estaban un poco obscuras, despues de la derrota de los patriotas en Cancha-Rayada; pero el horizonte se aclaró muy breve despues de la victoria de Maipu, donde todos los Españoles fueron muertos o prisioneros.

Cuando hayamos tomado a Lima, probablemente volveré a Inglaterra por la via de Panamá, lo que acortará mucho mi viage—Quisiera tener tiempo para describir a V este delicioso pais, y sus amables habitantes, que a pesar de todo cuanto hicieron los Españoles para mantenerlos en la ignorancia y dependencia, son muy valientes y generosos, y todos han jurado vivir libres, o morir en la contienda. Los Españoles pueden enviar expediciones tan pronto como les parezca o puedan: si van a Buenos-Ayres, encontrarán 15,000 soldados de linea y 30,000 de milicia; y si vienen a Chile, tenemos 10,000 veteranos, y 30,000 de milicia de caballería. Tenemos muy pocos oficiales ingleses en nuestro ejército, pero tenemos algunos oficiales de la vieja guardia de Napoleón—Aquí recibimos pocas noticias de lo que está pasando en Inglaterra, por lo que le estimaría que enviase algunas gacetas por los buques que vengan a Valparaiso

Mil expresiones a Madama S. H., y a Miss P, y creame V, mi querido Señor,

Su mas obediente Servidor, &c

CARLOS M. CARROL

P. D.—Espero que V se dignará excusar la precipitación con que va escrita esta carta—C. M. C.

NUMERO VIII

Noticias biográficas del General D. Bernardo O'Higgins, sacadas de las relaciones de sus compatriotas, y de los documentos públicos de la revolucion de Chile.

D. Bernardo O'Higgins debió el ser a D. Ambrosio O'Higgins de Vallenar, y a Doña Isabel Riquelme—Nació en la Ciudad de la Concepción, siendo su padre gefe militar de aquella provincia, y creció, teniendo siempre a la vista los mas brillantes ejemplos de virtud que nutrian su alma, al paso que se desenvolvía su razon.

Muy pocos han sido los gobernadores de América, que han dejado de sus gobiernos una memoria tan grata, como la que Chile conserva del de D. Ambrosio O'Higgins. Mientras duró su mando en aquel pais, la voz pública le llamaba el padre de los pueblos; y en efecto, en nada pensaba este hombre benéfico, sino en dejar monumentos a la posteridad de sus virtudes, de su incesante desvelo por el bien universal, de sus provechosas tareas gubernativas, y de sus excelentes conocimientos políticos y militares.

La España, Chile y el Perú, debieron los servicios, que este ilustre extranjero les hizo, a la persecucion que en Inglaterra han padecido los católicos irlandeses, y los afectos a la casa de Estuardo. Por esta causa dejó D. Ambrosio O'Higgins el servicio de S. M. B. en sus primeros años; tomó el de S. M. C., empezándolo a desempeñar con el grado de teniente coronel de Ingenieros; pasó de España a Chile; y en este pais hizo toda la

brillante carrera, que le elevó en poco tiempo al mas alto grado de gloria, a que jamas llegó un extranjero en los dominios americanos de S M C Despues de pasar por los gobiernos militar y civil de la provincia de Concepción, consiguió el mando en gefe de todo aquel Reino, con el grado de teniente general, y los títulos de Baron de Vallenar y Marques de Osorno

Cuando este hombre excelente comenzó sus servicios en Chile, los indómitos Araucanos hacia cerca de dos siglos y medio, que sostenian la guerra mas destructora contra las poblaciones españolas. Los cortos intervalos de paz, que habia dejado gozar en todo aquel tiempo la inquietud de los Indios, solo habian servido para llorar de nuevo los males de la guerra, que se volvía a emprender con mayor entusiasmo. Por esto, D Ambrosio O'Higgins puso todo su empeño en ganarse el amor de aquellos enemigos, al mismo tiempo que les mostraba, con su valor y destreza, que su inclinacion a la paz no era consecuencia del temor a la guerra, sino solo un efecto de su genial humanidad. Las victorias, que le concedía su pericia, eran siempre engrandecidas por los actos mas notables de clemencia. Sus prisioneros eran tratados como amigos; y de este modo, los que un día antes dejaban sus chozas para ir a buscar la muerte entre las armas de un enemigo odiado, volvían al seno de sus familias, llevando la gratitud y la reconciliación, en lugar de la enemistad y del odio.

D Ambrosio O'Higgins mereció, tan bien como el que mas, el renombre de héroe; porque él consiguió en pocos días hacer lo que en siglos enteros no consiguiéron los mejores militares, que pasaron del antiguo al nuevo mundo. El logró dominar a los Araucanos del único modo, que podían ser dominados unos hombres, que habian humillado siempre el orgullo español, cuando estaban los pendones de Castilla tremolando victoriosos en los cuatro ángulos de la tierra. Cortes, Pizarro, Alvarado, Gaboto, Dávila, Ponce de Leon, y todos los demas conquistadores de América, vencieron a millones de hombres desarmados, y aterrados con la estupenda superioridad de sus enemigos; pero D Ambrosio O'Higgins venció, sin mas armas que las de su virtud, a unos guerreros, que temían muy poco a los cañones y a los fusiles, que eran muy superiores a los españoles en la caballería, y que estaban bien acostumbrados a escalar murallas, tomar plazas fuertes, y destruir egércitos europeos de tres, cuatro, y cinco mil hombres, tomando en ellos hasta a los mismos Capitanes generales.

Fue tal el respeto que los Araucanos concibieron por las virtudes de aquel héroe, que no solo mantuvieron una paz imperturbable mientras duró su gobierno, sino que lo hacían frecuentemente el árbitro de sus querellas particulares, y el juez de sus diferencias públicas, y recibían su decisión como si fuese dada por la boca de la misma justicia. Así fue como consiguió, con su sabia y humana política, asegurar la tranquilidad de las fronteras de Arauco, y reconquistar la Ciudad de Osorno, que por muchos años habia estado bajo el dominio de los Indios, despues de haber llegado a ser la mas importante de las colonias españolas en aquel pas.

No contento con haber proporcionado a Chile las ventajas que quedan expuestas, quiso O'Higgins quitar todos los embarazos, que hasta allí habian impedido el adelantamiento de la poblacion, del comercio y de la policía. Ordenó la formación de muchas villas y aldeas, en donde se reuniesen las familias dispersas por una

vasta extension de terreno: mejoró todos los caminos del Reino, y principalmente los de la cordillera, y el que va de la Capital a Valparaiso. No nos detendremos en dar una razon circunstanciada de todo lo que Chile debe a este ilustre extranjero, porquesería emprender una obra demasiado larga, y agena de nuestro objeto; contentándonos con decir, que apenas se ve en aquel país una cosa útil, que no haya sido hecha por O'Higgins. Así su nombre se oye siempre en boca de los Chilenos, acompañado de los epítetos mas gloriosos y lisongeros: su memoria se conserva con amor y con respeto, y sus virtudes sirven de cargo a todos aquellos que tuvieron la desgracia de antecederle o sucederle en el mando.

Cuando el Rey de España, por premio de los servicios que este hombre benemérito le hizo en Chile, le confirió el empleo de Virey del Perú, llevó consigo a Lima a su hijo D Bernardo, para darle a su lado la educación, que en aquella corta edad podia recibir; pero luego que tuvo una oportunidad favorable le envió a Inglaterra, a tomar aquellos conocimientos, que la política infernal de Madrid no permitía difundir en el nuevo mundo. Por esta razon estuvo D Bernardo algunos años en el colegio que tienen los Jesuitas en Stoneyhurst, en el condado de Lancaster.

Luego que este joven concluyó sus estudios, visitó el Reino Unido, y residió un poco de tiempo en Londres; pasó a España, para de allí volverse a su país nativo, y llenar los deberes filiales, al lado de una madre, por quien siempre ha manifestado la mayor ternura. Desde su vuelta a Chile hasta el principio de la revolucion, se mantuvo constantemente atendiendoa al cultivo y mejoras de sus haciendas, que confinan con los territorios de los Araucanos. De consiguiente, su vida era poco tumultuosa, o mas bien diremos, que era mas filosófica de lo que podía esperarse de un joven educado en Europa, dueño de sus acciones desde su primera edad, que poseía considerables bienes de fortuna, y que gozaba de una gran consideracion entre sus compatriotas. Esta consideracion le había grangeado la del mismo gobierno español, que para servirse del influjo, que este joven tenia en la provincia de Concepcion, le confirió el empleo de Coronel del regimiento de milicias de caballería de la Laja, que era uno de los que debían estar mas dispuestos a obrar contra los Araucanos en el caso de una guerra.

Llegó, en fin, el tiempo en que todo Americano manifestase francamente sus sentimientos en pro o en contra de su patria. La invasion de los Franceses en España, y las nuevas injusticias que esta nacion hizo a la América, en la época en que le convenia ser mas contemplativa, nos pusieron en la mejor situacion para empezar a abrir los cimientos de nuestra libertad civil. O'Higgins se decidió sin titubear por aquel partido, que solo podía ser abandonado de los egoístas, o de los perversos enemigos de su patria; y desde que se reunió el Congreso general de las provincias chilenas, en la capital de Santiago, el año de 1811, comenzó a prestar sus servicios a la causa de la libertad, concurriendo a aquella asamblea, como uno de los Diputados de la Intendencia de Concepción.

En aquel cuerpo siempre sostuvo el partido mas justo; aquel que si hubiera prevalecido, jamas Chile habria sido presa de sus enemigos exteriores. Sus opiniones eran claramente manifiestas en favor de aquellas medidas enérgicas, que debían cerrar para siempre la

entrada de Chile a los Españoles; contrarias a las de otro partido, que pensaba sacar mas ventajas de la parsimonia, de la simulación, y las medidas conciliatorias. A O'Higgins no se le ocultó, que cuando se desembaina la espada para esgrimirla contra un tirano, es preciso no volverla a embainar hasta que se haya logrado el objeto; porque la sumision, despues de haber emprendido libertarse, solo sirve para recibir el castigo que merece la inconstancia. Sabia del mismo modo, que entre esgrimir la espada, y mostrar el deseo de hacerlo, no hay la menor diferencia ante los ojos celosos y airados de un déspota, tan fácil de irritarse, como difícil de templarse en su venganza. Conocia, en fin, que en las circunstancias en que Chile se hallaba, todo se debía esperar de la resolución, y nada de aquella timidez hipócrita, que para no parecer tan mal, se disfraza con el nombre de prudencia.

Como el número de los débiles y mal instruidos es muy superior en todas partes al de los hombres resueltos y verdaderamente ilustrados, dominó en el Congreso de Chile aquel partido, que debia producir los mayores males, con su política absurda y miserable. Los resortes del gobierno se entorpecieron, y quedando sin acción para contener en su deber a los malos, se llegó el caso preciso, en que debian sufrir las consecuencias los que las habian preparado con su impolítica. Tres jóvenes corrompidos se apoderaron de la fuerza, y con ella del gobierno; egercieron sobre aquel pais la tiranía mas cruel; disiparon los caudales públicos; hicieron nacer el descontento; y fomentaron las desavenencias, que debian poner a Chile en manos de sus enemigos exteriores. Los tres hermanos Carreras, autores de estos males, habian ya preparado la ruina de su patria, cuando el Virey de Lima, en 1813, envió un corto egército a Talcahuano, que fue bien recibido, y engrosado, por los cuerpos militares de Concepcion, que se hallaban descontentos y exasperados con la conducta torpe de los tiranos de Chile.

Todo hombre sensato conoció, que aquel pais debia ser conquistado por su despreciable enemigo, porque aun eran mas despreciables los gefes, que tenian en sus manos las riendas de aquel Estado desgraciado; pero ni era el tiempo oportuno para trastornar un gobierno, que se apoyaba en la multitud de hombres, que en las revoluciones quieren vivir del desorden y de la licencia, ni podian los buenos patriotas eximirse del sacrificio de su vida en una guerra tan justa, aunque debiese ser funesta por defecto de los que gobernaban. Así O'Higgins, persuadido de la inutilidad de sus servicios, quiso cumplir con su deber, sacrificándose por su patria; y con otros compañeros, tan heroicos como él, ocurrió a tomar el lugar que le correspondia en el egército, reunido por los Carreras en las orillas de Maule.

Desde los primeros choques que hubo entre realistas y patriotas, comenzó O'Higgins a manifestar un valor y una intrepidez sin igual. Muy pronto fue reconocido por el primero de los militares chilenos, por el terror del enemigo, y por las glorias de la patria. Los mismos Carreras, que le odiaban, porque conocian sus sentimientos, siempre le confiaron aquellas empresas que necesitaban mas talento y valor para ser bien egecutadas, y no pocas veces se vieron obligados a hacer justicia al mérito de este ilustre guerrero, colmándole de elogios en sus partes. Entre otros, es muy digno de notarse el que dió D José Miguel Carrera al Gobierno provisorio, con fecha 25 de Octubre de 1813, en el que

recomienda las acciones del **invicto Coronel O' Higgins** en Rere, diciendo: **que debía contarse por el primer millar del Estado Chileno, capaz de encerrar en sí solo el mérito de todas las glorias y triunfos de la patria.** ¡Que satisfaccion no debe causar en una alma justa el ver la confesion del propio mérito en la boca, o en la pluma de los mismos enemigos! Pero esta es una prerrogativa de la virtud, que no puede jamas disfrutarla el vicio, ni el favor.

Mas ni O'Higgins, ni otros muchos buenos Chilenos podian remediar los males que aquella guerra ocasionaba, porque no emanaban de otra fuente, que de aquella, que era preciso cegar con la deposicion de unos gefes ineptos, ignorantes hasta el extremo, cobardes sin comparacion, y viciosos hasta donde no podia llegar el sufrimiento de los pueblos. Así era, que a pesar de los sacrificios públicos, el número de los enemigos se aumentaba, y las ocasiones favorables de vencerlos se perdian, por falta de talento para conocerlas, y por la ignorancia del arte de la guerra en que estaban aquellos generales. La cobardía, sobre todo, del general en Gefe, D José Miguel Carrera, era tan grande, que mas de una vez estuvo la causa de Chile en el último peligro, sin que concurriese a ello ningun otro motivo. En una sorpresa, que sufrió nuestro egército en cierto parage llamado el Roble, no lejos de la ciudad de Concepción, el primer movimiento de este general, fue tomar la fuga, y dirigirse a donde estaba otra division mandada por su hermano Don Juan José, y el General Mackenna, abandonando su egército, y caminando algunas leguas despavorido, para llevar a la otra parte la noticia falsa de la pérdida total de las tropas que teniamos en el Roble. Entre tanto O'Higgins, acudiendo siempre al lugar en donde habia mayor peligro, reuniendo por todas partes los soldados consternados, animándolos con su ejemplo, y tomando aquellas medidas, que solo la serenidad, y el verdadero valor pueden dictar en los momentos críticos, no solo salvó el egército, ya casi perdido, sino que convirtió la primera sorpresa en una victoria muy importante.

Estos sucesos causaron en el ánimo de los soldados chilenos, y en el concepto del enemigo, un respeto muy grande por O'Higgins, y un excesivo desprecio por los Carreras. Por esto, y para evitar la ruina, que ya amenazaba muy de cerca, el Gobierno provisorio, que los mismos Carreras formaron en la Capital a su salida para la campaña, ostigado por los clamores de los pueblos, depuso del mando del egército a aquellos tres tiranos; nombró por general en gefe a O'Higgins, y levantó nuevas tropas para hacerse obedecer, en caso necesario. Pero el nuevo general, que no pudo excusarse de admitir aquel cargo, o por mejor decir, que no pudo hacer admisibles sus excusas, recibió solo con el título de gefe un esqueleto de egército, que no podia oponerse al enemigo, engrosado ya con los refuerzos llegados de Lima.

Después de haber tentado los Carreras el medio de corromper las tropas para resistir con ellas a las disposiciones del gobierno, y después tambien de haber conocido por experiencia, que los vicios atraen el desprecio de los mismos cómplices, recurrieron, como único recurso de su baja venganza, a la inicua y fácil empresa de sobornar a sus soldados, para que desertasen, y se fuesen por caminos extraviados a la Capital, en donde pensaban realizar muy pronto una de aquellas revoluciones, que otras veces habian hecho para colocarse

en el gobierno. Esta desercion se verificó en parte, y se hubiera consumado, si O'Higgins no la corta, obligando a sus autores a salir prontamente de la Ciudad de Concepción, en donde se hallaba el mayor número de las tropas.

Apenas habia este general puesto algun orden en el ejército, cuando el enemigo, temiendo su incremento, le atacó con todas sus fuerzas, que eran muy superiores, en un lugar llamado el Quito, a corta distancia del Membrillar, en donde se hallaba una division mandada por el General Mackenna; pero la victoria no podia abandonar a los Chilenos, hallándose a su cabeza el segundo Lautaro. Así fue, que convencido el general Español, Gainza, de la imposibilidad de vencer en aquella Provincia, formó el acertado plan de marchar con la mayor celeridad sobre la capital, en donde no habia la menor fuerza que oponerle; dejando a su espalda las fuerzas de Chile, que no le podian seguir por hallarse desprovistas de caballería, y de todo lo demas que era necesario. En efecto, Gainza logró pasar el Maule, y hubiera conseguido ocupar la capital, si contra lo que él creia imposible, no hubiese visto que O'Higgins, reunido con Mackenna, le seguían muy de cerca, igualando con sus marchas de infantería a las de la caballería real.

Por esta circunstancia creyó el general español que le convenia mas disputar al chileno el paso del Maule, y así acampó en la orilla boreal de este río anchísimo, cuando O'Higgins llegó a la ribera austral. Pero apenas se habia formado el campamento chileno a vista del enemigo, y al mismo punto de ponerse el sol, cuando se dieron las providencias para pasar el río por un lugar peligrosísimo, que distaba de allí cosa de tres leguas; y dejando los fuegos encendidos, las carpas armadas, y las centinelas regulares del campamento, marchó el ejército con el mas profundo silencio; pasó el río por donde meditaba hacerlo, y venciendo los obstáculos naturales, y los que el mismo enemigo habia añadido, hizo inutil la defensa preparada en el paso, y desconcertó enteramente los planes del general Gainza. ¡Cuan cierto es, que vale mas un buen gefe, que un buen ejército! Este sabía siempre hacer bueno a aquel, cuando aquel jamas hará bueno a un gefe malo. He aquí una victoria, sin el costo de una gota de sangre, sin el gasto de un cartucho, y con solo el empleo de un ardid oportunamente discurrido, y con exacto conocimiento egecutivo.

Después de este suceso, el enemigo tentó la fortuna dos ocasiones, a pesar de que confiaba poco en el mayor número de sus soldados; pero habiendo sido siempre batido, desesperó enteramente, y se encerró en la ciudad de Talca, esperando recibir nuevos refuerzos de Lima, y levantar otros cuerpos en la provincia de Concepción, cuya entera posesión tenia por entonces. Mas como se hallase en aquella época con el gobierno supremo el Director D. Francisco Lastra, y como este apreciable sugeto fuese inclinado a la paz, se dejó persuadir por el Capitán de la Marina Real Británica, Mr. James Hillyar, de la facilidad de terminar aquella guerra, por medio de unos tratados, que el Virey de Lima, segun Hillyar decia, estaba pronto a hacer con los Chilenos, por medio del General Gainza.

Esta transacion de la guerra, no solo era deseada por Lastra, sino por la mayor parte de los habitantes de Chile, que solo aprobaban el empleo de las armas, como el único medio de conseguir la paz, y la justicia que se

defendia. Los Generales O'Higgins y Mackenna cono- cian el riesgo que se corria en la confianza de un enemigo, que tenia por principio de su política, **que todos los medios de vencer a los insurgentes son lícitos con tal que sean suficientes.** Tampoco faltaban otros individuos que temiesen a los tratados propuestos, mas que a los refuerzos que Gainza esperaba de Lima; pero estos eran pocos para contrarrestar a la opinión del mayor número; y luego veremos, como en las cosas mas arduas, no son los mas, los que aciertan con lo que conviene. Entre tanto, solo diremos que O'Higgins se sometió a la resolución del Gobierno, con aquella ciega deferencia, que siempre debe mostrar el hombre a quien se le ha confiado la fuerza de su patria. El manifestó en esta ocasion, como en otras muchas, que su propia opinion era el sacrificio menos costoso que se podia exigir de su patriotismo, y de sus demas virtudes sociales.

El Gobierno le autorizó entonces para que de acuerdo con el General Mackenna, celebrasen los tratados propuestos por Hillyar con el Gefe del ejército real. El mismo Hillyar concurrió al lugar en donde se habian de tener las conferencias; llevó las cartas, ú ordenes del Virey de Lima, en que autorizaba a Gainza para el efecto, y presenció los hechos mas claros e inequívocos, que probarán siempre la buena fé que animaba a los Chilenos, y el doblez de los Gefes españoles. Los tratados se concluyeron muy pronto, tanto porque los artículos propuestos por el Gobierno de Chile eran justísimos a toda luz, cuanto porque el enemigo en nada pensaba menos, que en cumplir lo que se estipulara, fuese lo que fuese. Constan de diez y seis capítulos, de los cuales copiamos íntegramente el primero, por el que se debe venir en conocimiento de la naturaleza de los demas; y dice así:

Se ofrece Chile a remitir diputados, con plenos poderes e instrucciones, usando de los derechos imprescriptibles que le competen como parte integrante de la monarquía española, para sancionar en las Cortes la constitucion que estas han formado, despues que las mismas Cortes oigan a sus presentes; y se compromete a obedecer lo que entonces se determinase, reconociendo, como ha reconocido, por su monarca al Señor D. Fernando Séptimo, y la autoridad de la Regencia, por quien se aprobó la Junta de Chile; manteniéndose entre tanto el gobierno interior con todo su poder y facultades, y el libre comercio con todas las naciones aliadas y neutrales, y especialmente con la Gran Bretaña, a quien debe España, despues del favor de Dios, y su valor y constancia, la existencia política.

El General Gainza, por su parte, se obligó a evacuar a Talca, a las treinta horas de hacerle saber la ratificación del Director Supremo, y dejar todo el país en libertad, reembarcándose con sus tropas, dentro de un mes de la fecha de la ratificación. Todo parecia perfectamente combinado y digerido a satisfaccion de los intereses de ambas partes. Se señalaron los rehenes que se debian dar por unos y otros, y llegó a tal punto la generosidad de O'Higgins, que, porque no quedase sin efecto la intención de su gobierno, se ofreció el mismo a quedar en poder del enemigo, en calidad de rehen, hasta que Chile hubiese cumplido lo que le correspondia. Esto consta del artículo 11 de los tratados; pero a esta generosidad del General Chileno, se siguió la del Gobierno y pueblo de Chile, que se negaron a la ratificación, hasta que se hubiese allanado el general Gainza a tomar otro cualquier sugeto en lugar de este.

Es sin duda de alabarse la grandeza de estos sentimientos, pues si O'Higgins se ofrecía al sacrificio, por complacer a sus compatriotas, estos renunciaban a sus proyectos de paz, por no poner en riesgo la persona de un amigo tan generoso ¡Cuan pocos son los ejemplos de esta especie, que nos presentan las mejores épocas de Grecia y Roma! Aquí vemos que en Chile, en aquel tiempo, ninguno prefería la propia seguridad a la ajena, y que temía menos cada cual, ser la víctima de la mala fé del enemigo, que exponer a los otros a sufrir los males de una equivocación inocente

Gainza se convino en que no se cumpliría aquella oferta del general O'Higgins, y pareció muy satisfecho con recibir en su lugar otro de los coroneles del ejército patriota Así quedó todo arreglado; pero tan lejos de realizarse la evacuación del país, que se había estipulado, el enemigo no hacía mas que buscar todos los días especiosos pretextos para retardarla, esperando que le llegasen los refuerzos necesarios para volver a comenzar la guerra de nuevo El Gobierno de Chile tampoco estaba resuelto a hacer cumplir con su deber a Gainza, porque en virtud de los tratados, los Carreras, que habían caído prisioneros, yendo de Concepción a la Capital, habían recobrado la libertad, y trabajaban occultamente en formar una revolución para colocarse de nuevo en el mando Así no se creía conveniente alejar las tropas de la capital, poniendo en peligro la existencia del gobierno Pero con toda esta prudencia, como a Lastra le faltase aquella energía, que es necesaria para mantener el orden en tiempo de revolución, los Carreras lograron por la última vez trastornar el gobierno, y apoderarse con una sorpresa, de él, y de las armas.

El generoso pueblo chileno se acordará eternamente de aquellos días de proscripción, que renovaron los tiempos de Sila y Mario en el país mas delicioso de la tierra Llenas, al fin, las medidas de su inmensurable sufrimiento, dirigió sus clamores a O'Higgins, que se hallaba con parte del ejército en Talca, y exigió de este gefe, que viniese a libertarlo de unos tiranos mas aueles que los mismos españoles Vino en efecto O'Higgins en auxilio de la libertad sofocada de sus compatriotas; pero cuando iba a dar el golpe decisivo a los tiranos interiores, recibe un pliego del general Osorio, que había llegado a Concepción con nuevas tropas de Lima, a relevar a Gainza, bajo el pretexto de haber este traspasado en los tratados las facultades, que el Virey le había concedido Este pliego, que contenía una intimación inesperada en aquellos momentos, le hizo mudar repentinamente de dictamen, y se dispuso a entregar las armas, que él mandaba a los Carreras, para que con todas las fuerzas que Chile pudiese reunir, se obligara a cumplir con su deber a un enemigo extraño, que con el mayor descaro se burlaba de todos los derechos

O'Higgins en este caso obró con el desinterés que podía esperarse del mas relevante patriotismo Consideró que los Carreras no debían ser eternos, y que el enemigo exterior, si conseguía afirmar su poder en aquel país, podía impedir toda reacción de parte de los patriotas para volverse a libertar; pero si es de aprobarse su intención, es también de lamentar el equívoco en que incurria Aquel infeliz Estado no podía salvarse de los peligros que le amenazaban, sino por los esfuerzos de unos gefes mas virtuosos, mas ilustrados, y mas valientes que los Carreras Dejado el mando en las manos ineptas que lo tenían, era consiguiente la pérdi-

da del Estado. Este solo debía libertarse, despues de haber puesto las armas y los recursos de los pueblos a discreción de hombres tan aptos, como aquellos que otras veces habían hecho iguales cosas

Los Carreras, en fin, satisfechos con haber conseguido la reunión de las armas que mandaba O'Higgins, separaron de ellas a los mejores oficiales, y degradaron a este gefe hasta hacerlo servir, como un capitán de guerrilla, bajo las órdenes del cobarde y vano Juan José Pero el héroe, que solo aspira a servir a su patria, en nada menos piensa, que en la elevación, o abatimiento del lugar en que se le coloca; él hace elevado cualquier destino por bajo que sea, así como el hombre vil envilece el mas alto ministerio Así fue como el general en gefe del Estado chileno, desprendiéndose del mando voluntariamente, se sometió a las órdenes de aquellos que merecían con justicia su desprecio Mas virtuoso, en este caso, que Temístocles, dió un ejemplo de grandeza de alma, que se verá pocas veces repetido, por desgracia de los pueblos libres

El ejército de Chile se dividió en dos cuerpos: el uno, y mas considerable, se reservó Don José Miguel con el título de general en gefe, y el otro, que no pasaba de novecientos hombres, se encargó a Don Juan José, bajo cuyas órdenes servía O'Higgins Este último cuerpo fue el único que le vió la cara al enemigo, porque el general en gefe, jamas creyó conveniente exponer sus fuerzas, ni su persona a las contingencias de la guerra Así fue, que obligados aquellos novecientos hombres a defenderse en Rancagua contra todo el ejército real, que se componía de cerca de cuatro mil soldados aguerridos, Don Juan José, conociendo su incapacidad, cedió el mando entero de su division a O'Higgins, y este sostuvo la mas vigorosa defensa, en un pueblo abierto, sin reparos, y sin esperanza de auxilio, por espacio de treinta y dos horas de incesante fatiga Los realistas peleaban con aquella constancia y con aquel furor que debían darles la superioridad del número, y la vergüenza de dejar victorioso a un puñado de patriotas encerrados en un pueblo Estos, por su parte, se defendían con aquel noble entusiasmo, que solo puede ser producido por el amor de la patria y de la libertad. Pero al fin, era preciso, que en una acción tan empeñada, muriendo los hombres por una y otra parte, quedasen victoriosos los que eran mas en número, pues debía acabarse primero el de los menos De los patriotas mas de la mitad había ya muerto, y del resto eran pocos los soldados que no estuviesen heridos gravemente, cuando se advirtió que no podía continuarse la defensa por falta de municiones La población estaba incendiada en parte por el enemigo, y parecía no quedar mas partidos, que rendirse, o morir en el incendio

O'Higgins, en este caso angustiado, reúne sus soldados, los hace montar a caballo, abandonando las armas de fuego; forma una columna de caballería, con sable en mano; y él a la cabeza, acomete al enemigo por una de las calles principales El ímpetu de aquella columna, que el enemigo no esperaba, corriendo por sobre los montones de soldados realistas muertos, y gritando victoria, acobardó de tal modo a los que ocupaban aquella avenida, que huyeron en todas direcciones, franqueando el paso a los que solo trataban de escapar del último conflicto. Cuando el enemigo conoció que aquella no había sido una salida solamente, sino una verdadera y gloriosa retirada, la mas militar que podía darse en aquel caso desesperado, O'Higgins estaba ya

libre del mayor peligro, con todos los soldados y oficiales, que quedaban útiles, aunque los mas se hallasen heridos. Así se salvaron cerca de doscientos valientes chilenos, que hubieran hallado la muerte en la rendición, bajo las órdenes de otro gefe, menos hábil y menos animoso que O'Higgins. Los realistas, entre tanto, no encontrándose en disposición de perseguir a aquel corto número de hombres resueltos, los dejó continuar su marcha en busca del cuerpo principal del ejército patriota, que debía estar a pocas leguas de Rancagua, en el camino de la capital.

¿Cuál sería la sorpresa de O'Higgins, cuando por ninguna parte divisaba aquel cuerpo de ejército, y cuando solo iba encontrando noticias por el camino, de que el general en gefe se había retirado a la capital, para disponer su abandono al enemigo? Llegó al fin con los restos salvados de Rancagua a la ciudad de Santiago, en donde reinaban el mayor desorden, la confusión mas espantosa, el terror mas pánico, y la mas completa disolución. Los Carrera solo se ocupaban en el saqueo de sus compatriotas, para ir a disfrutar a otros climas del fruto de sus tiranías. Rodeados de soldados, disponían ellos mismos los convoyes de dinero, de barras de plata, de joyas, así del servicio público, como del culto divino; pero sin la serenidad, que les convenia tener, ni sabian formar un plan racional para salvar aquellas riquezas, ni hacian otra cosa, que dar órdenes y contraórdenes, hasta que perdieron con esta irresolución la mayor parte de sus convoyes.

En este estado, perdida la opinion del pueblo, abandonada de todo punto la disciplina militar, y desamparadas las casas de la Capital por sus habitantes, que solo pensaban en emigrar de su patria, O'Higgins, sin mando y sin autoridad, tomó el partido de seguir a los demas, esperando en el cambio de los tiempos, mejor oportunidad para volver a servir a su desgraciada patria. Pobre, y cargado con el peso de toda su familia, vivió en Buenos Ayres cerca de dos años, sin aspirar a cosa alguna, mientras los Carreras disfrutaban de lo que saquearon en Chile, en la mejor armonía y amistad con aquel gobierno, que por entonces no se componía de hombres mejores que ellos. Alvear, Larrea, Viana, y Herrera, se habian usurpado la autoridad de aquellas provincias, y las gobernaban del mismo modo que los Carreras habian gobernado a Chile. Así no podía menos de haber simpatía y amistad entre sujetos tan parecidos. Pero cayeron de sus respectivos empleos estos otros tiranos, y con ellos cayeron sus amigos del predicamento en que estaban.

Con el nuevo orden de cosas, que se estableció en Buenos Ayres, se resolvió emprender la libertad de Chile, con un ejército que se confió a la conducta del general San Martín; y conociendo el crédito, y el influjo de O'Higgins en su patria, se le propuso tomar el servicio que correspondía a su grado en aquella empresa. Este no podía rehusar un cargo, que tanto le lisonjaba, principalmente cuando no lo había solicitado, y cuando estaba dispuesto a defender la causa de Chile en clase de soldado. Así, recibiendo el título de Brigadier General de las Provincias Unidas, fue a reunirse con San Martín a Mendoza; y desde que los Chilenos supieron esta reunión, no hicieron mas que prepararse para contribuir todos, del modo que les era posible, al buen éxito del ejército libertador.

San Martín había manejado de tal modo las cosas, que el Capitán General de Chile, D. Francisco Marcos

del Pont, se vió obligado a dividir sus fuerzas, temiendo la invasión por varios puntos, muy distantes unos de otros; y al mismo tiempo que atravesaba el egército los intransitables Andes, rompió la insurrección interior de Chile por los ángulos mas opuestos de aquel país. Los Chilenos en aquellos dos años, habían sufrido demasiados insultos, para no haber llenado sus pechos de venganza y de furor. Cuanto expuso al Rey el Oidor de Lima, Vidaurre, es un bosquejo imperfecto de lo que Chile sufrió durante su triste cautiverio. Por tanto, hallándose Marcos del Pont en la precisión de dividir sus fuerzas, para atender con ellas a todas partes, San Martín pudo atravesar la cordillera por el camino mas corto que podia emprender, y despues de algunas cortas acciones, que se le presentaron a sus pequeñas divisiones en los desfiladeros de aquella serranía, y en los valles inmediatos, llegó con todas sus fuerzas, que no pasaban de tres mil hombres, a la cuesta de Chacabuco, en donde esperaron a pie firme los enemigos de Chile a los libertadores.

El General San Martín dividió entonces su ejército en tres cuerpos; el uno al mando de Brigadier Soler, que debía marchar por un camino excusado, con el objeto de atacar al enemigo por un flanco para envolverlo; el otro al mando de O'Higgins, que debía marchar de frente, y no empeñar la acción hasta que Soler estuviese en disposición de obrar segun el plan combinado; el último, y el menos considerable, el que se reservó el general en gefe, para ocurrir con él donde lo pidiese el caso. Mas como el cuerpo conducido por Soler tardase en ejecutar lo que debía, por mas tiempo del que se habia calculado, ya fuese por efecto del mal camino que tenía, ya por otras razones, que no conviene a este lugar su investigación; y como por otra parte, al llegar O'Higgins al frente del enemigo, conociese por sus respectivas posiciones, que se perdería mucho si se le daba tiempo para tomar otra, no creyó conveniente arriesgar el éxito de la empresa por huir del compromiso, en que le ponía la infacción de las órdenes que llevaba. Atacó al enemigo, lo desordenó, lo puso en fuga, y entonces, ya no tubieron los demas cuerpos que hacer, sino completar la victoria; perseguir fugitivos, hacer prisioneros, y marchar velozmente sobre la capital, para no dar tiempo a Marcos, de reunir nuevas tropas para defenderse.

Con este golpe quedó Chile libre de la opresión española; y O'Higgins, elegido despues Director Supremo de aquel Estado, por los sufragios de sus compatriotas, tomó todas las medidas convenientes para asegurar la libertad de su patria. El enemigo solo había podido conservar un punto en todo aquel país, pero tan bien fortificado, que era muy difícil arrojarlo de allí. Este punto era el puerto de Talcahuano, que manteniendo su comunicación con Lima, recibía frecuentemente refuerzos del Virey. Por esto se vió obligado a ir él mismo a desalojar al enemigo de aquel punto, habiendo consultado de antemano la voluntad de los pueblos sobre si había de declararse, o no, la independencia de Chile inmediatamente. El resultado de esta consulta fue, que no hubo un solo voto contrario a la declaración; pero la empresa sobre Talcahuano, no tuvo todo el suceso que se esperaba, porque el Virey de Lima, envió mas refuerzos, que los que en Chile se creía posible que viniesen de aquella parte. Mas como entonces causalmente acababa de recibir Pezuela dos mil hombres de España, para el ejército del Perú, y como este

gefe consideraba de mayor importancia el reforzar el ejército real de Chile, envió aquellos cuerpos, con otros más, al mando de Osorio, su yerno, creyendo que sería tan feliz esta vez en Chile, como lo había sido anteriormente

Por esta causa se vió obligado O'Higgins a levantar el sitio de Talcahuano, y retirarse a la otra banda de Maule, para que reunidas las fuerzas de Chile en una distancia corta de la capital, pudieran ocurrir a su defensa, en el caso posible de verificar el enemigo un desembarco en Valparaíso. En este estado, hallándose ambos ejércitos, patriota y realista, en el célebre lugar llamado **Cancha-rayada**, en las cercanías de Talca, después de una acción, en que quedó victorioso el primero, y tratando el general San Martín de mudar la posición de algunos cuerpos, que habían quedado mal colocados, como se hiciese esta operación entrada ya la noche, y en el mismo momento atacase el enemigo a los cuerpos que se movían, se introdujo tal confusión en ambos ejércitos, que unos y otros soldados se mezclaron, produciendo este accidente la dispersión por una y otra parte. Los realistas perdieron menos que los patriotas, porque como tenían a Talca por suya, les era muy fácil la reunión, cuando los otros se veían precisados a vagar por mil partes diferentes, sin tener otro asilo, que el que les ofrecía la primera villa, distante veinte leguas del lugar de su sorpresa.

Un solo cuerpo del ejército patriota quedó entero, el cual estaba al mando del coronel Heras. Las demás fuerzas se dispersaron de manera, que fue imposible reunir las, hasta que por varios rodeos llegaron a la capital; pero tan menguadas, tan abatidos los ánimos de los soldados, que parecía imposible volverlos a poner al frente del enemigo. O'Higgins había recibido una herida peligrosa en el brazo derecho, pero más valeroso que nunca, animaba a todo el mundo con su ejemplo y con sus extortaciones. El general San Martín, por su parte, hacía los mayores esfuerzos para hacer perder al soldado aquella terrible impresión que le había causado un contraste tan imprevisto; pero la cobardía que manifestó un gran personaje de aquel ejército, autorizaba, o disculpaba cuando menos, la de los demás hombres, que no eran de tan alta clase, ni podían aspirar en aquellos momentos a hacer una fortuna, y adquirir una reputación, iguales a las que tenía el que daba el ejemplo de consultar a la seguridad personal, cuando se presentaba el riesgo del modo más terrible.

Este hombre decía públicamente, que Chile estaba perdido sin remedio, y que todos los esfuerzos que se hiciesen eran vanos. Tuvo al fin el arrojo de decir a O'Higgins: **Mi general, yo estimo a V. demasiado para no sentir el verle herido de tanto peligro, sin pensar en ponerse en salvo, cuando el enemigo, que ya está muy cerca, debe ahorcar a V. en cuanto llegue; pero el Chileno le contestó: Mi amigo, yo prefiero el morir ahorcado, al vivir huyendo: el honor vale más que la vida, y ¿por qué cosa se puede perder esta con menos sentimiento, que por no desamparar al país, en donde uno ha sido honrado?**

Con todo esto, O'Higgins a ningún hombre, que era de profesión estraña a la guerra, le impidió que emigrase del modo que quisiese hacerlo. Infinitas familias llenaban el camino de la Capital a Mendoza, para ponerse del otro lado de los Andes, en caso de quedar vencedores los realistas. Este gefe supo conciliar la defensa de su patria con la seguridad de sus

compatriotas indefensos, y no siguió el ejemplo de otros, que en iguales circunstancias han dicho: **Si para mí se ha de acabar el mundo, que se acabe el mundo conmigo.**

El enemigo entre tanto abanzaba sin oposición a la capital, y llegó al fin, el día cuatro de Abril de 1818 a su último campamento, distante solo cuatro leguas de aquella ciudad, que ya consideraba en su poder. El siguiente día, al comenzar su marcha, encontró en el camino al ejército patriota, compuesto en gran parte de soldados, que iban a ensayarse por la primera vez en la guerra, pero que compitiendo en valor y entusiasmo con los más antiguos, llevaban la muerte a donde dirigían su vista. Cuando O'Higgins calculó que la acción podía haber comenzado, se hizo poner en su coche, y conducir al lugar en donde iba a decidirse la suerte de su patria, sin que su peligrosa herida hubiese podido impedirle dejar el coche, ni montar a caballo en el momento de acercarse a los ejércitos. Era imposible que los que veían estas pruebas de la serenidad del Gefe Supremo, no arrastrasen los peligros mayores, y aun era más imposible, que dejase Chile de vencer cuando San Martín mandaba el ejército, y O'Higgins regia el Estado. Así fue que la victoria se decidió desde luego por los patriotas; que todo el ejército enemigo, superior en número, se desvaneció como el humo; que ningún realista dejó de ser muerto o prisionero, a excepción de Osorio, que huyó con mucha anticipación; y así fue, como de un solo golpe quedó en Maipú liberado todo el Estado de Chile, por el valor y el heroísmo de los generales y soldados, así chilenos como argentinos.

Destruído el formidable ejército de Osorio, era necesario empeñarse de nuevo en la toma de Talcahuano, para cerrar la entrada en lo venidero a otros enemigos; pero la fortaleza de aquella plaza, y el mal estado en que quedó la fuerza patriota con la costosa victoria de Maipú, hacía muy difícil, cuando no imposible, aquella empresa por entonces. Lo que más cuidado daba era la posesión que tenían los realistas del mar, con la cual eran capaces de reforzar siempre su ejército en aquella extremidad de Chile; y por esto O'Higgins concibió la idea, que parecía risible, de levantar en Valparaíso, sin elementos para ello, una escuadra capaz de quitar a los realistas las ventajas que les daba la suya. Sin buques, sin marineros, sin arsenales, sin ninguna de las cosas que la empresa requería; trabajando al mismo tiempo en la organización del ejército, en el arreglo de las rentas públicas, en la separación de los males que la guerra había causado, todo se vió realizado en menos días de los que él mismo había calculado. Su incesante actividad, que le llevó al mismo puerto de Valparaíso, para sacar de la nada una escuadra; comprando aquí y allá los buques mercantes; convirtiéndolos en navios y fragatas; interviniendo en las cosas más menudas de cada ramo; y no dejando reposar un momento al oficial, ni al soldado, ni al marinero, ni a los mismos individuos de su familia, consiguió habilitar cinco buques, y con ellos, tripulados en la mayor parte con hombres del campo, tomó el Comandante Blanco la fragata española María Isabel, y casi todo el convoy de dos mil hombres que llevaba para Lima. Después de esto, y hasta la llegada del Lord Cochrane a Chile, siempre continuó dedicando su mayor cuidado al incremento y mejoras de aquella escuadra, que hoy muy aumentada, es el terror de los Españoles del Perú.

Con estas acertadas providencias los realistas de Talcahuano se vieron obligados a desamparar sus fortificaciones, y huir por en medio de los indios araucanos, dejando del todo libre el territorio chileno. Pero no debemos omitir, que mientras O'Higgins estaba enteramente ocupado en cosas, que pedían la contracción de muchos hombres, no se descuidaba de procurar los bienes mas esenciales de los pueblos, que se habían entregado a su dirección. El había recibido un poder ilimitado, como convenia a las circunstancias del tiempo, en que todo debía caminar con celeridad, y sin obstáculos artificiales; pero como el amigo de la libertad no puede ver el poder absoluto, ni en sus mismas manos, propuso a los pueblos se le prescribiesen las reglas mas terminantes, por las cuales debía administrar el Estado. Se hizo, en efecto, la constitucion provisoria que rige, y por ella disfrutando aquel pais de la mayor tranquilidad y energia, ha conseguido hacerse temible a sus enemigos, y respetable a todos los hombres que conocen el estado en que se halla.

¡Felices los pueblos, que tengan hombres como este, que los dirijan a la victoria y a la felicidad, por el camino de la virtud, y mil veces mas felices aquellos pueblos que imiten la moderación de los chilenos, dejándose conducir por patriotas tan honrados como O'Higgins, sin incurrir en la locura que perdió a Caracas, Nueva Granada, y otros paises, en donde por querer gobernar la multitud, se introdujo la anarquía, y vino luego tras ella la dominación del enemigo! ¡Cuan distinta fuera la situación actual de la América, si en todas partes se hubiera dejado la ventilación de la forma de gobierno que mas le convenia, para después de haber asegurado su libertad! Pero la ceguera que condujo a los imprudentes demagogos, para pretender el establecimiento de gobiernos angelicales en la época de la efervescencia de las pasiones, en el momento mismo en que se rompian los eternos grillos de una eterna servidumbre, en el instante preciso en que los americanos españoles comenzaban a ver la luz del día, no podía producir otro efecto que el que produjo: deslumbrarse todos caminar a ciegas por en medio de las antorchas de la revolucion, y caer en el mismo propicio que procuraban huir cuidadosamente. El modelo de los Estados Unidos perdió a Venezuela y Nueva Granada, queriendo los Venezolanos y Granadinos, convertirse de repente en hijos de Penn, y en nietos de los que huyeron de Inglaterra para ser mas libres en el nuevo mundo; sin advertir, que el vestido de un anciano, puesto en el cuerpo de un niño, debe servir a este de tanto embarazo, como al otro de comodidad, y sin conocer también, que el alimento de un hombre sano, es el veneno del enfermo.

Concluiremos con las noticias biográficas de D. Bernardo O'Higgins, diciendo: que el valor, la prudencia, y la honradez son sus virtudes tan acreditadas, que jamas se las ha negado su mismo enemigo: que con este ha sido siempre tan generoso, como constante con sus amigos: que ha manifestado en toda la carrera de su vida pública aquel talento, que mas conviene al que manda, y es, el de saber aconsejarse, y elegir entre mil pareceres diferentes el mejor de todos ellos. Así pues, buen hijo, buen amigo, buen ciudadano, enemigo generoso, buen magistrado, buen general, constante en la adversidad, moderado en la próspera fortuna, y siempre amante de su patria, no debemos temer presentarlo por modelo de un buen patriota. Yo escribo lejos de él, y nada espero de los favores de un hombre, que nada

puede hacer contra la justicia. Mi nombre le es desconocido; y así, estoy libre de merecer por mis elogios la censura de los Zoilos envidiosos.

NUMERO IX

Noticias biográficas del General Caraqueño Don Simón Bolívar

D. Simón Bolívar nació en la Ciudad de Caracas, siendo sus padres D. Juan Vicente Bolívar y Doña Concepcion Palacio. La familia de los Bolívares aparece por la historia de Oviedo y Baños, que ha sido una de las mas antiguas e ilustres de Venezuela, pues ya en el año de 1859 había sido enviado a España uno de los ascendientes de nuestro héroe, con el cargo de Procurador General de aquella provincia. Así D. Simón, habiendo tenido la desgracia de perder a sus padres antes de salir de la adolescencia, se halló heredero de una inmensa fortuna, bajo la tutela de su abuelo materno D. Feliciano Palacio. Después de recibir la mejor educación, que en aquel pais se podía dar a un joven de su nacimiento, se propuso viajar por la Europa, visitando antes a Méjico y a la Habana. En España se casó con una hija de otro Caraqueño, hermano del Marqués del Toro, y volvió a su patria, en donde a poco tiempo perdió a su joven esposa, que murió de fiebre.

Con este motivo emprendió segunda vez su viaje a Europa, y visitó entonces muy despacio la España, Francia, Italia y otros paises. Se halló en París al tiempo de la coronación de Bonaparte, y sabiendo después en Burdeos, que el general Miranda se hallaba en los Estados Unidos, tratando de formar una expedición para libertar a su patria del yugo español, se fue a incorporarse con él para tomar parte en tan gloriosa empresa. Llegó a aquellos Estados cuando la expedición había ya partido, y a pocos días recibió la noticia de haberse malogrado. Pero como sus intenciones no lo habían comprometido con el Gobierno español, pudo volver a su casa, y entretenerse en la mejora de sus haciendas, hasta que los sucesos de Madrid y Bayona, las renunciaciones de Fernando y Carlos a la corona de España, y la ocupación de la Península por las armas francesas, dieron motivo a la revolución general del nuevo mundo.

El día 19 de Abril de 1810 fueron depuestas en Caracas las autoridades españolas, y en seguida se nombró por la Junta de Gobierno, que sucedió a aquellas autoridades, una comisión, compuesta de D. Simón Bolívar y D. Luis Lopez Mendez, para solicitar el auxilio de la Gran Bretaña. Bolívar conoció bien pronto, que su mansion en Londres no le serviría de otra cosa, que de perder el tiempo y el trabajo en solicitar lo que no era de conseguirse en aquella época, y por esto se volvió a su patria, para servirla en un destino mas activo, y de que ella pudiese sacar mejor provecho.

La guerra entre realistas y patriotas se encendió allí del mismo modo, que en los demas países de América, y Bolívar comenzó sus servicios, en la causa de libertad de su patria, bajo las órdenes del general Miranda. Después tuvo varias comisiones importantes que seria muy molesto, y de poca utilidad detallar. Diremos solamente, que los bien sabidos contrastes que sufrió Venezuela, con aquel terremoto espantoso, que sepultó Ciudades enteras, y cuerpos de tropas, en los momentos en que el enemigo era mas fuerte, obligaron al desgraciado general Miranda a capitular con el español Mon-

teverde, entre los días 20 y 26 de Julio de 1812. Esta capitulación aseguraba la tranquilidad, libertad, y bienes de los Caraqueños, que habían tomado parte en la revolución; pero los Españoles de Caracas no podían tener mejor fé que los de Chile, el Perú y demas partes de América, en donde se vió siempre empeñar la palabra del Rey, y de la nacion, para cometer a todo salvo una monstruosa felonía. Así Monteverde se acreditó de violador de la fé pública, con tanto descaro, como Gainza, Osorio, Goyeneche y Abascal. Los sencillos Caraqueños, despues de desarmados fueron sumidos en las prisiones, cargados de grillos y cadenas, confiscados, y destinados a la hora, de donde solo escaparon por aquella vez, en virtud de las hazañas de Bolívar.

Este se había substraído del poder del tirano, comprando su pasaporte al secretario Iturbe, y se había dirigido a la Nueva Granada, a solicitar de aquel Gobierno los medios de reponer a su patria en el goce de su libertad. De aquel Gobierno consiguió un cuerpo de tropas, que no llegaba a mil hombres, y con él se dirigió a Venezuela por Cúcuta, batiéndose con las fuerzas del general Correa, que destrozó completamente, siendo otro tanto mayores que las suyas. Allí aumentó su pequeño egército con los grandes recursos que se le proporcionaron; y por medio de una rápida serie de triunfos llegó a Caracas, obligando a Monteverde a encerrarse en la plaza de Puerto-Cabello.

La rapidez con que se hizo esta célebre jornada, no dió lugar para limpiar el país de los varios cuerpos españoles que estaban esparcidos por la superficie de Venezuela; y así, aunque los batió en Carabobo, Araure, Bárbula, Trincheras y Patanemó, pudieron reunirse finalmente en la Puerta, en número triplicado al que componían las tropas patriotas. Se dió aquí una acción que fue desgraciada, y de cuyas resultas el bárbaro Boves quedó dueño del país, y Bolívar se vió obligado de nuevo a volver a buscar los auxilios de la Nueva Granada.

Por esta vez el Congreso de aquellas provincias le empleó en expediciones de su servicio, nombrándolo Capitán general de la Nueva Granada, y finalmente fue encargado por la misma autoridad de la empresa de libertar a Santa Marta, que gemía bajo el yugo español. Para realizar esto debía surtirle de armas de Cartagena; mas como en esta plaza dominase un partido enemigo de este gefe, se le negaron las armas, se desorganizó la expedición, y para no turbar la paz, en donde no podía estar amistosamente, se embarcó para Jamaica, esperando ver el resultado del sitio, que Morillo iba a poner a aquella plaza de donde le arrojaban.

Se hallaba en Kingston, capital de la isla, cuando unos comerciantes españoles de Lima, que habían ido por la vía de Portobelo a negociaciones propias, formaron el proyecto de asesinarlo en su cama, valiéndose para el efecto de un negro, que había sido esclavo del mismo Bolívar, y que continuaba en su servicio despues de haber recibido la libertad. Comprobada la infidelidad de Pio, que así se llamaba el egecutor de aquel horrible asesinato, se dejó la egecucion al arbitrio de este desdichado; pero la fortuna, que velaba sobre la vida de Bolívar, dispuso que el crimen se cometiese y castigase, quedando ileso el destinado a la atroz muerte. Aquella noche ocupaba la cama de Bolívar un amigo suyo, que acababa de llegar de los Estados Unidos, D. N. Amestoy, quien recibió las puñaladas ensangrentado en la mano, confesó quienes eran sus cómplices, pero habiendo estos

escapado aquella misma noche, sufrió el pobre seducido solamente, la pena que merecian mejor los viles seductores.

Entre tanto, Morillo asolaba los países infelices que pisaban sus tropas, renovando las brutales escenas de los tiempos de Cortes, Pizarro, Alvarado, Pedrarias y Valdivia. Los caminos de Venezuela y Nueva Granada se llenaban de cuartos de hombres muertos, por las órdenes de este destructor del género humano; pero tan lejos de conseguir, con estas atrocidades, el fin que se proponía, exasperaba los ánimos de aquellos generosos pueblos, en donde hasta los hombres que anteriormente habían sido contrarios a la revolución, se disponían a abrazarla entonces, con el deseo de vengar ultrages tan horrendos. Bolívar, en estas circunstancias, dejó la isla de Jamaica, y pasó a los Cayos de San Luis, en Santo Domingo, con el objeto de formar una expedición militar para ocurrir con ella en auxilio de sus desgraciados compatriotas. La empresa era tan difícil como arriesgada, pero todos los riesgos y dificultades fueron vencidos por los esfuerzos combinados de este infatigable amigo de la patria con el generoso Brion, que empleó toda su fortuna, muy considerable, en allanar los obstáculos que se le oponían.

De este modo salió Bolívar de Santo Domingo con un cuerpo de tropas, que no pasaba de cuatrocientos hombres, y dirigiéndose al puerto de Juan Griego, en la isla de Margarita, encontró con los buques de guerra españoles, que bloqueaban por orden de Morillo, aquellas costas. Jamás los marinos españoles se portaron más gallardamente que en aquel combate, pues clavando sus banderas en los palos, y combatiendo hasta que perdieron toda su gente, dejaron a Bolívar y Brion, por trofeos de su victoria, un bergantín y una goleta de guerra, sin un hombre vivo, pero con sus banderas enarboladas.

En seguida de esto, desembarcó en Juan Griego la tropa que llevaba, y hallando que el célebre Arizmendi tenía a los Españoles reducidos a no salir de la capital de la isla, se reunió con él para arrojarlos de allí, y en efecto fue realizada esta expulsión. Despues de libertada la ciudad de la Asención, se dirigió a Carúpano, y de allí a Ocumare, en donde sufrió los primeros contratiempos de su empresa. Una cadena de circunstancias adversas se le opuso desde entonces a los progresos que debía hacer, hasta que se reunió en Barcelona con los varios gefes de los patriotas, que lo habían proclamado Generalísimo de todas las fuerzas de Venezuela. Sería muy satisfactorio para mí el poder referir la constancia con que este hombre grande resistió a las adversidades, a las contradicciones, y a todos los obstáculos, que hubieran hecho desmayar a otro cualquiera; pero no debiendo detenerme, sino en aquellos hechos más notables, que le condujeron al punto de poder y de gloria, en que hoy le vemos, me hallo obligado a pasar rápidamente por sobre mil circunstancias, de que un historiador filosófico, sacará algún día el fruto que conviene.

De Barcelona se dirigió Bolívar a la Guayana, destruyendo la fuerza sutil española, que guardaba las bocas del Orinoco. Tomada la tierra, en donde se hallaban algunas fuerzas patriotas, emprendió con ellas, y con las que llevaba, la toma de la capital de Guayana, y lo consiguió dentro de muy breves días. Desde entonces solo se ocupó nuestro héroe en formar un egército capaz de quitar a Morillo el dominio de Caracas, y a Sámano el de Santa Fé, obrando al mismo tiempo como libertador de su patria, y de aquel otro Estado,

que le supo obligar con su favorable acogida en otras ocasiones

Morillo entre tanto, puso todos sus conatos en recuperar la Guayana, conociendo que de allí debía salir la libertad de todo el país, que gemía bajo la opresión de sus armas, y para esto, reuniendo todas las fuerzas que pudo, se dirigió a aquellos llanos funestos a la tiranía, en donde halló un nuevo Fabio, que con menos soldados, y sin presentar jamás una batalla, le dejó en poco tiempo tan destruido, que se vió obligado a retirarse con la mitad de sus tropas, dejando la otra mitad por trofeos de la prudencia de Bolívar. Pero en este mismo espacio de tiempo, en que se vencía en Guayana sin comprometer acción alguna, con solo retirar los ganados para que el hambre hiciera el oficio de la espada, quemando alguna vez los pastos del campo, que ocupaba el enemigo, y obligándole siempre a marchar por todo su camino formado en cuadro, porque era perdido el soldado, o el cuerpo de soldados, que saliese de él; en la misma época digo, se hacía la guerra mas activa en las provincias de Barinas, Cumaná, y Barcelona por los generales Urdaneta, Bermúdez y Mariño, enviados allí a aprovecharse de la lejanía en que estaba el ejército español.

De este modo quedó libertada casi toda Venezuela, en el tiempo en que el jefe de los realistas emprendía vanamente la conquista de Guayana; y en consecuencia de esto, Bolívar se halló en disposición de marchar sobre la Nueva Granada, en el momento, en que la estación de las lluvias dejaba intransitables los llanos, por donde Morillo podía volver a probar la suerte, que acababa de encontrar tan adversa. Así fue, que no habiendo obstáculo, que detuviese a Bolívar en Angostura, se dirigió por la provincia de Casanare al corazón de Cundinamarca, y siempre vencedor de los enemigos que le salían al encuentro, llegó al fin a Boyacá, una jornada de Santa Fé, en donde le esperaban todas las fuerzas españolas, que se habían podido reunir, y que hacían un cuerpo de mas de cuatro mil hombres. Aquí la mas completa victoria, puso en las manos de nuestro libertador al general enemigo, y le franqueó la posesión de una de las mas ricas capitales del nuevo mundo. Solo le ha quedado el trabajo de hacer perseguir al Virey, y demas empleados españoles, que huyen des-pavoridos por los bosques y caminos extraviados.

Este es el estado actual, en que la prudencia, el valor, y la sabia combinacion de un ilustre jefe americano, ha puesto dos países importantísimos. Si estas empresas hubieran sido las de un Griego, o de un Romano, anteriores a la época de Plutarco, o del tiempo en que escribía este escritor, la posteridad tendría el placer de verlas sabiamente referidas; y yo no estaría en el caso de temer, que queden confundidas tan grandes acciones y virtudes en el olvido, o la ignorancia de los hombres. Pero la América, que ha sido fértil en estos últimos tiempos, en la producción de los héroes comparables a Cimon, a Camilo, a Timoleon, y a Pericles, no dejará de presentar una pluma como la de Plutarco, que escriba las vidas de nuestros hombres ilustres.

Mientras tanto, yo recomendaré a mis compatriotas el ejemplo que les ha presentado Bolívar de desinterés personal, abandonando una inmensa fortuna a sus enemigos, para hacer la libertad de su patria, parecido en esto a los héroes Aiacos, que quemaban sus casas y destruían sus tierras para no tener mas bienes que la independencia. Les presentaré el modelo del patriotis-

mo mas generoso en este Venezolano, que una vez en Caracas, y otra en Angostura se desprendió espontáneamente de la suprema autoridad para que dispusiese de ella su nación. Les daré el dechado de la mas noble generosidad, en la acción con que acaba de honrar la causa americana este hombre singular, devolviendo al general Barreiro la espada, que rindió en la jornada de Boyacá: ¿Dónde se vió jamás igual nobleza, igual grandeza de alma? Volver al enemigo aquella arma, que quizá se reserva para cortar traidoramente el hilo de una vida gloriosa, de una vida, que en el contraste que forma con las de los realistas españoles, les acusará eternamente de los crímenes mas horrendos contra la humanidad y la buena fé. ¡Que diferencia tan monstruosa de principios! Barreiro hubiera ahorcado ignominiosamente a Bolívar, si la suerte de las armas hubiera sido tan contraria a este como lo fue al otro; y Bolívar no solo deja con la vida a un enemigo irreconciliable, sino que le honra con una confianza, que puede tener muy fatales consecuencias, ¡Quiera Dios, que desoyendo Barreiro las lecciones de perfidia, que le dieron en su patria, no cometa un nuevo atentado, que cierre para siempre la puerta a la generosidad americana en los sucesos de la presente guerra! ¡Que no haga la prudencia una regla general, la necesidad de sofocar en nuestros pechos los sentimientos innatos de la humanidad! Y vosotros, Zoilos de los Americanos, vosotros que siempre teneis levantada el hacha cruel de vuestra crítica, para descargarla sobre aquellos defensores de su patria, que alguna vez se hallaron precisados a usar del derecho de represalias, para contener a sus enemigos inhumanos en los deberes de la justicia, decid: ¿en donde se vió jamás una moderación como la nuestra? Nosotros comprometemos nuestra propia seguridad, porque nos horroriza el ver correr la sangre de nuestros enemigos, cuando la misma necesidad nos obliga a castigar los atentados que cometen en la violación de los derechos mas sagrados. Sed justos, y no tengais dos balanzas para pesar el mérito de las acciones de los hombres.

NUMERO X

Bosquejo del espíritu de las leyes, que han regido la América, bajo el despotismo español.

La legislación que España dió al nuevo mundo no podía dejar de corresponder a los principios que gobernaban aquella monarquía, a las ideas de justicia que se manifestaron en la conquista, y al poder absoluto que tenía el legislador para mandar lo que mejor le pareciese, sin consultar mas razón que la suya, y sin oír otras representaciones, que las de sus Ministros, empeñados en ser déspotas subalternos. Así la América debía ser gobernada por Bajae, como las provincias de Turquía, aunque por no ser este nombre español, se adoptase el de Virey, o Gobernador; y así tambien la ley del nuevo mundo debía ser la voluntad de un Gran Señor, que se diferenciaba del Turco en llamarse Rey, y en que hacia escribir su voluntad para que se ejecutase mejor.*

No daríamos una idea exacta de nuestra legislación, sino dijésemos, que fue desde sus principios de tal naturaleza, que no podía haber un letrado capaz de insinuar en ella debidamente. Las leyes se fueron hacien-

* Recopilacion, Lib 3 tit. 3 ley 2a .

do una a una, segun se presentaban las circunstancias; se iban remitiendo a América para que se observasen; pero se cumplía, o no, con su contenido, segun los intereses y caprichos de los gobernadores. Así sucedió con las primeras, que por influjo del Obispo asás se hicieron en favor de los Indios, las que merecieron el desprecio de los conquistadores.

Por esta razon las leyes buenas, que por casualidad se hacian, quedaban sin efecto, pero no por eso se dejaban de encuadernar juntas con las otras, cuando se trataba de formar una coleccion, para decir que habia código. De estos hay tres bien conocidos, uno que se llama **Recopilacion**, otro **Nueva Recopilacion**, y otro **Novísima Recopilacion**. Pero se engañaría mucho el que creyese, que sabiendo lo que se contenia en la mas nueva de estas Recopilaciones, no podia ignorar las leyes que rigen al Nuevo Mundo. Apenas hay una disposicion de las que se ven en el último código, que no esté derogada por una Real Orden, ó Cédula Real; formándose así en cada Secretaria de Gobierno de América una inmensa biblioteca de leyes, que necesitan un colegio entero de sabios, que las concilien, porque todas están en contradiccion entre sí. Con todo, debemos exponer cuales han sido los principios, que constantemente se han dejado percibir con menos confusion en la política española, que dictó las primeras leyes de Indias, y que ha continuado expidiendo las Reales Ordenes, y Cédulas Reales.

Empezaremos por aquellas quince leyes del Tit 24 del Lib 1º que declaran cerrada la entrada en América a todo libro que pudiera ilustrar a los Americanos. En ellas, no contentándose el Rey con prohibirnos la lectura de los libros, que estaban prohibidos para los Españoles, condena con el mayor rigor a todos los que embarquen obras impresas para el nuevo mundo, sin una licencia previa del Gobierno y de los Inquisidores, que debian tener seguramente dos expurgatorios, uno para España, y otro para América. Pero lo mas notable que allí encontramos, es que se prohíbe llevar a nuestras tierras cierta especie de libros de rezo que se usan en España, para que siendo el consumo americano de esta mercadería espiritual, un monopolio del Monasterio de San Lorenzo, no sufriese el inconveniente de la concurrencia. Hacei el monopolio de las oraciones a Dios, solo se le podia ocurrir al mayor tirano de la tierra; y despues de ver esto en nuestro código, estrañaríamos muy mal cualquier otra cosa, que encontrásemos de una especie menos escandalosa. Así debemos ver, como de poco momento, la prohibicion de imprimir libro alguno en América, sino despues de unos exámenes, que hacian inverificables la impresion.

Como una consecuencia de esta infame política se negó siempre la corte de Madrid al establecimiento de imprentas en Caracas, en Chile, y otras partes del nuevo mundo*. Del mismo modo, jamás se consintió a Venezuela, a Chile, a Buenos Ayres, a Quito, y a Guatemala, a pesar de las instancias de las Municipalidades, Universidades, y otros cuerpos, el enseñar matemáticas, tener escuelas de pilotage, ni clases de derecho público †

† Garcilaso, coment. Reales, Segunda Parte, Lib III, cap 10. 20 21 22 Lib IV cap 3—Gómez, Historia de las Indias, Capítulos CLI, II, III, IV y CLXXIV.

* Documentos interesantes, relativos a Caracas—Observaciones preliminares pág VIII Manifiesto del General español Osorio, de 12 de Octubre de 1814

† Docum interes relat a Caracas, pág VIII

A la ciudad de Mérida de Venezuela, ni a la del mismo nombre de Yucatan se permitió jamas tener Universidades. Al Virey de Buenos Ayres, Don Joaquín del Pino, se le desaprobó por España el haber consentido que aquel Consulado hubiese establecido una escuela de náutica, costeada de sus fondos §. Habiendo conseguido Guatemala establecer una sociedad económica por el influjo del oidor Villa Urrutia, de D Juan Bautista de Irisarri, de D Alejandro Ramírez, y de otros amigos del país, se mandó destruir por el Rey, luego que llegaron a Madrid las noticias de los rápidos progresos, que por medio de este cuerpo hacían las artes, las ciencias, el comercio, y todos los ramos de la industria. Así tambien se negó el Ministerio Caballero a que se verificase la disposicion testamentaria del Arzobispo de Guatemala, Larraza, de establecer una cátedra de filosofía moral, dotada por él mismo; diciendo aquel Ministro, en la Real Orden de la materia, que S M habia dispuesto se remitiese a España el dinero depositado para aquella cátedra, por ser inoficioso el establecimiento a que se habia destinado. Finalmente expondremos, que en vano Méjico solicitó en estos últimos tiempos el permiso de erigir una sociedad económica como la que se habia destruido en Guatemala, pues a todas sus instancias contestó siempre el Ministro, que no tenía S M por conveniente acceder a la solicitud de aquella capital.

No estrañaremos, en vista de esto, en contrar en el mas antiguo código de Indias las prohibiciones mas rigurosas contra los plantíos de viñas, olivares, y almen-drales de América, ni los obstáculos que se pusieron, cuando se vió que era imposible destruir los de Chile y el Perú, para impedir el comercio de estos artículos en las otras partes de la América española*. Solo nos choca el insulto, que se hace a la razon de los hombres, procurando paliar el agravio, en el texto de la ley 18, del tit 18, del lib 4º de la Recopilacion, en que se dice que S M prohíbe el comercio de los vinos del Perú, porque hacen daño a los Indios; pero manda que las cantidades de este licor, que se decomisen se vendan por cuenta de S M, como si el vino mejorase de calidad en el momento que pasase a ser propiedad real.

De la misma naturaleza son las otras leyes, que se hicieron para impedir el comercio de cualquier clase que fuese, entre unos y otros puertos de los dominios hispano-americanos. No parece que el Rey de España o sus Ministros tuviesen otras miras, que las de mantener en la pobreza y en la necesidad aquellos países, que solo podían sufrir estos males por una consecuencia de la opresora política de su metrópoli*. Pero, para dar una idea justa del sistema constantemente seguido por el Gobierno español, para cortar los progresos, que naturalmente debia hacer la industria americana, recordaremos los nuevos esfuerzos que hizo el Ministro Galvez para el efecto, renovando las prohibiciones sobre los plantíos de viñas y olivares y fábricas de paños, que existian desde el principio en las instrucciones de los Vireyes. La Real Orden de 6 de Diciembre de 1784, comunicada por este Ministro, nos descubrirá mejor que

§ Manifiesto del Congreso de Buenos Ayres de 25 de Octubre de 1817.

* Recopilacion, lib IV tit 17 ley 18, tit 18 leyes 15. 16 17. y 18 Lib 6º tit 13 ley 6ª tit 16. ley 63 Reales Cédulas de los años 1596, 1601, 1610, 1774, 1802

* Recopilacion, Lib 8º tit 45 todo, y con especialidad las leyes 67, 68, 71, 73, 74, 75, 76, 77, 78, y 79

todo el espíritu de su política, y por esto la copiaremos aquí. Dice así: "El Rey se halla con noticias positivas del uso que se hace en esos Reinos de la lana de vicuña, especialmente en la capital de Lima, en donde se emplea en las fábricas de sombreros, que se han establecido en ella, contraviniendo a lo dispuesto por las leyes, y en grave perjuicio de las fábricas de España. En esta inteligencia me manda S. M. prevenir a V. E. muy estrechamente, que sin expresar esta contravención, sino solo el justo motivo, de que dicha lana se necesita toda para surtir las reales fábricas de la península, tome las providencias que juzgue mas precisas, a fin de que cuanta lana de vicuña se adquiere y cosecha en las provincias de ese Virreinato se compre de cuenta de S. M. a los precios corrientes y lo mismo se egecutará con todas las partidas de dicha lana, que llegaren como propias de particulares a la Aduana de esa ciudad, tomándola por costo y costas, &c."*

En tiempo de este mismo Ministro fue cuando los Americanos se vieron mas despreciados del Gobierno español, sin poder conseguir que se les emplease, segun sus méritos y aptitudes, en las carreras en que anteriormente habian sido ocupados; y se llevó a tal punto la enemistad de la Metrópoli con sus colonias de América, que formó el Señor Galvez el proyecto de recoger todas aquellas historias, en donde se contenian los hechos que fundaban el derecho escrito de los Americanos a la consideracion del Rey de España. Se mandaron recoger las obras del Obispo Casas, de Garcilaso, y Robertson, a pesar de que estos dos últimos historiadores acreditaron mas bien una preocupacion en favor de la España, que una filosofía conveniente al ministerio que quisieron desempeñar. Pero como la empresa del Visir español era inverificable ya, por hallarse el mundo lleno de copias de las obras que él condenaba al olvido, quedaron sin efecto sus torpes diligencias †

No debemos ver como menos hostiles las prohibiciones que existieron desde el principio de la conquista, para que pudieran establecerse en América los extranjeros, condenando a muerte y perdimiento de bienes a todos aquellos Americanos que tratasen con estos hombres proscriptos,‡ ni podia ser mas absurda la política que impedía el establecimiento de los mismos Españoles en unas tierras despobladas, que segun ellos, les pertenecian, y que segun todos los principios de buena política debian repoblarse, despues de la destruccion horrenda que causó la conquista *

Seria escusado detenernos en el examen de cada una de las leyes, que se hicieron por los Reyes de España en favor de los Indios, cuando mil plumas eruditas han demostrado hasta la evidencia, que en todas estas disposiciones de los tiranos, no se encuentra mas humanidad, ni mas justicia, que la que convenia usar hipócritamente en el texto de las leyes, para coloriar con palabras estudiadas lo feo de la esencia de las cosas, que se mandaban observar. Así a título de protección se entregaban los Indios al arbitrio de unos amos, que ejercian sobre los miserables protegidos el poder mas arbitrario. A título de protección se inhabilitaba

* Funes, Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucuman. Lib. V cap. XIII.

† Funes, Lib. V. cap. XIII.

‡ Recopilacion, Lib. 9º tit. XXIII.

* Recopilacion, Libro 9º tit. 26

a los infelices Indios para que pudiesen poseer algunos bienes, para que pudiesen contratar, para que pudiesen defenderse, y para que pudiesen salir de la situacion mas deplorable, en que jamas se vieron los hombres sobre la tierra. A título de protección, en fin, se permitía por el Administrador Supremo de la tiranía de España, que se egerciese sobre los Indios en América otra tiranía, tanto mas terrible, cuanto era egercida por muchos tiranos subalternos.

Este es el cuadro de los agravios, que ha hecho la España con sus leyes coloniales, a la humanidad, a la justicia, y a la razon. Estos son los motivos que la América ha tenido para sacudir un yugo que afrentaria al pueblo menos sensible del universo: estos son, en fin, los atentados con que la tiranía española ha hecho nacer un odio tal en el corazon de todo Americano, que primero se destruirá segunda vez toda la poblacion del nuevo mundo, que volver a la antigua servidumbre. Decidan los hombres justos de la tierra, si ha habido jamas en pueblo alguno, mayor sufrimiento que el nuestro, y si podrá haber mejor razon, que la que nosotros tenemos, para preferir la muerte en la guerra, a la vida en una paz ignominiosa.

NUMERO XI

Extracto de la Carta Crítica, escrita por D. Francisco Iturri, natural del Paraguay, e impresa en Madrid el año de 1797, sobre la Historia de América de D. Juan Bautista Muñoz.

Despues de haber probado este erudito Americano, que Muñoz no tiene crítica alguna, y que copió sin discernimiento a Paw y Robertson, precisamente en lo que estos escritores mas erraron, se detiene en convencerle, de que hizo muy mal en asegurar, que los Indios componían la *nacion mas indolente, aññada, y distante de la dignidad del hombre, de cuantas se habian visto en el antiguo mundo.*

Cita a Campomanes en su industria popular, que testifica haber visto en el gabinete de historia natural de Madrid una coleccion de vasos, ídolos y utensilios peruanos, del tiempo de los Incas, que compiten con las antigüedades egipcias y truscas. Para despues a manifestar la opinion que los Mohedanos formaron de la cultura megicana y peruana, citando varios pasages de la historia literaria de aquellos sabios, en donde terminantemente decidieron, *que Méjico y el Perú eran unos paises mas cultos, cuando fueron alla los Españoles, que lo que era España, cuando vinieron a ella los Fenicios: que las artes y la política de los Peruanos y Megicanos excedía mucho a lo que constaba de los Españoles en aquellos tiempos; y que no temian por esto asegurar, que los Españoles eran mas incultos respecto de los Fenicios, que los Americanos respecto de los mismos Españoles, y que la mayor cultura del Perú y Méjico estaba bien probada con el establecimiento de sus dos grandes imperios.*

Expone en seguida lo que el sabio Mayans y Siscar escribió al Duque de Sotomayor, cuando le dió noticia de la historia del Imperio Megicano, compuesto por Boturini, apoyando a este docto historiador, que hace ver, que los Americanos estuvieron tan bien instruidos en las ciencias naturales, como cualquiera de las otras naciones de la gentilidad. Reconviene despues de esto a Muñoz por la ligereza con que se atreve a fallar sobre la cultura de unos países, que desconoce enteramente, y

que no puede conocer sin visitarlos, sin examinar sus monumentos, sin estudiar sus lenguas, sin imponerse en sus tradiciones, y en fin, sin saber lo que eran los geroglíficos megicanos, y los quipos del Perú

Para hacer ver su error a Muñoz, le cita luego lo que Tulio, Diódoro y Patricio refieren de los hombres del mundo antiguo, que llegaron a estar tan embrutecidos, que diferenciaban muy poco de los cuadrúpedos, y que algunos había de menos ingenio que los elefantes. Le recuerda lo que San Jerónimo dijo de los Medos, de los Etiopes y de los Orientales, que hacían con sus madres, abuelas, hijas, y sobrinos, lo que no se vió hacer entre tales personas en ningún pueblo americano; y menos se vió lo que San Justino dice de estas naciones del antiguo continente, donde los hijos trataron a sus padres del mismo modo que a sus enemigos. Le cita también lo que dice Muriel en sus rudimentos del derecho natural y de gentes, que se advierte más debilitado el derecho de la naturaleza entre los literatos de esta parte del mundo, que entre los Americanos, y que estos tenían mucho mejores ideas de la ley natural que los celebrados habitantes de Atenas.

En apoyo de esta opinión cita Iturri lo que se lee en Ciceron y Salustio sobre la brutalidad de los vicios que eran más comunes en Atenas y Roma, que no solo eran generales entre la muchedumbre, sino que se cometían descaradamente por las personas más elevadas en dignidad y poder. Pudo también agregar el testimonio de Tácito, que nos demuestra bien el olvido, o el desprecio en que llegaron a verse en la capital del mundo la honestidad, el pudor, y todos los sentimientos de decencia, que parece nacen con el hombre social.

Sobre la desnudez, que Muñoz no perdona a los Americanos, Iturri le recuerda, que el mismo Ciceron describió el vestido de los sabios de la India de un modo, que no hacía ventaja al de los Caribes, así como las más ricas galas de los magnates Suevos eran los cueros al pelo, que jamás sirvieron de abrigo a los Americanos, porque les hubiera horrorizado la idea de cubrirse con la misma piel que antes envolvía la carne de un irracional. En conclusión, le hace presente el erudito Americano al orgulloso Español, que si los Megicanos andaban medio vestidos, sus ropas eran las más primorosas del mundo, como lo testificaron Cortes, y los demás escritores de la conquista de aquel imperio. Yo le hubiera dicho al Señor Muñoz, que un Griego y un Romano jamás tuvieron en sus días de gloria mejores zapatos, medias, calzones, chalecos, casacas, corbatas, ni bolsas de peluca, que las que usaban los Megicanos y Peruanos, cuando fueron descubiertos por los Españoles. El vestido de aquellos Americanos era aun más complicado, que el que adorna las estatuas de los héroes de Grecia y Roma.

En cuanto a la idolatría de nuestros Indios, dice Iturri, que por más idólatras que los supongamos, nunca los haremos llegar al grado a que llegaron los pueblos del antiguo mundo, que adoraron a la misma obscenidad y a la misma inmundicia, como lo acreditan sus dioses Priapo, aca, Subigo, y Cloacina. Nosotros podemos agregar al catálogo de las deidades impuras de los padres de nuestros censores, a Venus, a Baco, a Mercurio, a Pan, y a otros mil dioses como estos. También podemos decir, que ni los Griegos, ni los Romanos tuvieron una deidad tan noble, tan grandiosa, tan sublime, tan pura, ni tan justa, como Pachacamac, y Vitziliputzli, siendo adorado bajo estos nombres, en el Perú y en Mé-

xico, el eterno hacedor del universo, principio de todo bien, y enemigo de todo mal. Pero los Españoles, tan malos críticos, como buenos calumniadores, quisieron hacer ídolos las imágenes del Ser Supremo, sin considerar, que no es menos digna de representar a Dios la estatua de un hombre, que la figura de un cuadrúpedo como el cordero, o de un ave como la paloma; y que si nosotros por las imágenes solamente llamamos idólatras a los Indios, ellos por las figuras de animales, que veían en nuestros altares, tienen mayor motivo de equivocarse en nuestra creencia.

Sobre la religión de los Prusianos, ascendientes del Señor Paw, cita Iturri una memoria escrita y leída por otro célebre Prusiano, Académico de Berlin, en que, refiriéndose a Tácito, dice lo siguiente: **Los Prusianos tenían ciertos caballos blancos, que creían instruidos en los misterios de los Dioses, y alimentaban un caballo negro, al cual consultaban como intérprete de la Diosa Trigla.** He aquí un clero digno de aquella nación, que según su historiador Juan Leon, era llamada de los **Brutos** por el talento que mostraban sus habitantes, corrompiéndose después el nombre de Brutos en el de Prutos, y últimamente en el de Prusos. ¿Supo acaso Paw, ni Muñoz, que hubiese un clero, como el de Prusia, en el nuevo mundo, para tener motivo de decir, que la especie humana estaba allí tan degradada, como estuvo anteriormente en el viejo continente? ¿Y son los escritos de estos sabios europeos, que escriben lo primero que les ocurre, los que pueden haber comunicado las luces convenientes sobre el estado comparativo de la cultura del nuevo mundo?

Omito otras muchas citas, que trae Iturri para probar, con el testimonio de los mejores historiadores, que entre los pueblos que actualmente componen la mayor parte de este mundo antiguo, hay costumbres, que distan más de la dignidad del hombre, que las peores que se encontraron entre los menos cultos, o más bárbaros de los Americanos. Pero copiaré la conclusión de la carta crítica de este erudito paisano mío, para que se vea en sus mismas expresiones, cual es el mérito que presentan la historia y los monumentos americanos, para formar un juicio imparcial de la cultura de aquellos hombres.

"La América, Señor mío, como el viejo mundo, "tiene y tendrá naciones bárbaras, barbarísimas y bestiales, que forman el origen de los pueblos más cultos. "Quien sabe la historia de los Griegos, y de los Romanos, a pocos pasos da con los Pelasgos y Aborígenes, "cuya estupidez y embrutecimiento no tiene copia en "el nuevo mundo. Basta una noticia superficial de las "historias griegas y romanas, para observar los originales más acabados de la barbarie. La América es "colonia del viejo mundo. Ignora V. sus fundadores; "pero los cree los más rústicos e ignorantes de todo el "género humano. No determina V. el grado de rusticidad e ignorancia, como lo pedía la crítica, para "resolver en tono de oráculo, que ningunos hombres "del viejo mundo han llegado al extremo de la barbarie "americana. Sin fijar este punto, habla V. de memoria, y merece tanto crédito, como cuando despacha por "americanas las razas, que habían llevado del viejo "mundo los Europeos y los Africanos."

"Los Peruanos y Megicanos, precindiendo de otras "repúblicas, habían fundado dos grandes imperios, dilatados con conquistas militares, y tan humanas las del "Perú, que no tienen copia, ni original en el viejo "mundo. La soberanía tan respetada en sí misma, y en

"sus representantes, que las naciones del globo no ofrecen dos ejemplos superiores. Esta es la base esencial del estado civilizado. Tenían ciudades, magistrados, templos, sacerdocio, escuelas, colegios, teatros, mercados, correos regulares, caminos públicos, puentes, fortalezas, armas, ejércitos, hospitales, leyes, usos y costumbres, tan ajustadas algunas, que nuestros monarcas ordenaron su observancia. Son muy comunes en el Perú y en Méjico los vestigios y ruinas, que anuncian los progresos de aquellas naciones, y que ningun verdadero sabio ha mirado jamás como monumentos de la estúpida barbarie. Los monumentos de su industria en las obras de puro lujo, cuales son estatuas humanas, figuras de animales y vegetales, braseros, tinajas, atambores, vasijas de oro y plata, máscaras, coronas, rodela, y otras infinitas piezas de los dichos preciosos metales, que sorprendieron en Madrid, esmeraldas y perlas horadadas con artificio superior a todo lo conocido, sus telas primorosas y finas, sobre cuanto se trabaja en Europa, son otras tantas demostraciones, de que los Peruanos y Megicanos estaban ya muy distantes del estado en que las necesidades animales ocupan todas las ideas del hombre moral, y que es el estado de la barbarie; y de que habían llegado al ocio feliz y característico de la cultura, y en el cual los hombres, desembarazados ya de las necesidades esenciales, piensan en el adorno, en la comodidad y en el lujo. Lea V las cartas de ortes, y la relación de Francisco Xerez, y verá el número infinito, y el valor de estas obras, cuya pérdida siente vivamente. Condamine, y cuantos saben conocer a las naciones por su obras. Si los Griegos hubieran trabajado en oro y plata ¿no tendríamos una prueba de su mérito en estas artes? No ha visto V, ni mucho menos ha estudiado las antigüedades americanas. Sin este estudio, podrá V hablar, mas no discutir sobre ellas".

"Dice V que no tenían ciencias. ¿Cuales ciencias, Señor mío? Si V no fija el significado de esta palabra, hablará en cerro, y sin sentido. Las ciencias humanas son necesarias, o útiles, o deleitables. La necesidad sugirió los conocimientos esenciales, la utilidad los acrecentó, y los refinó el placer. La reunión de conocimientos formada por la razón y por la experiencia y subordinada a alguno de estos fines, se llama ciencia. Mas Señor mío, ¿cuando estos conocimientos empiezan a ser ciencias reales, sólidas y dignas del hombre? A juzgar por su historia, lo ignora V, y debía saberlo para no errar. Yo le pregunto ¿a que punto

"de razón y de experiencia habían llegado entre los Peruanos y Megicanos estos conocimientos? "Estoy persuadido a que V no solo lo ignora, mas también, de que no se le ha ocurrido la duda, cuya resolución debía haber sido la base de su historia, queriendo traer a Paw y a Robertson, que afectan filosofía. Si V busca en América peripatéticos, epicúreos, pirronistas, y las demás denominaciones griegas de las ciencias, sería esto una materialidad indecente a un literato tan alumbrado, cual V se nos pinta. Estas voces fueron por mas de veinte siglos tan peregrinas en la Europa, y lo son hoy en toda el Africa y el Asia, como en las tierras magallánicas. Mas por esto la filosofía bárbarica ¿no fue mas sensata y culta que todo el orgullo griego, antes que este la robase, y se vistiese con sus conocimientos? Raciocinemos.

"Los Peruanos y Megicanos no tenían ética; mas castigaban los vicios y premiaban las virtudes. No tenían jurisprudencia; mas administraban justicia sus magistrados y sentenciaban por las leyes. No tenían retórica; mas la elocuencia abría la puerta a los empleos mas luminosos. No tenían poesía; mas tenían teatros, máscaras, dramas, y poetas superiores a Téspis y Herilo. No tenían geografía, y presentaron a Cortes figurada en un paño la costa del golfo megicano. No tenían cronología; mas habían formado cuatro calendarios, y un cielo tan exacto, que exceptuando a los Griegos, ninguna nación europea puede contarle entre las invenciones mas célebres de su ingenio. No tenían historia; mas con pinturas y quipos habían perpetuado la memoria de su origen, de su emigración, de su establecimiento, de su gobierno, y de cuantos hechos forman la historia de toda las naciones. No tenían arquitectura; mas sus edificios eran mas suntuosos que los de España. No tenían pintura; mas sus pinturas fueron admiradas en Europa. No tenían escultura; mas tenían estatuas. No tenían medicina; mas un americano sanó al Virey D. Francisco Toledo, desahuciado por los médicos europeos".

Dejo aquí el extracto de la carta del Señor Iturri, y concluyo diciendo: que los Indios de Méjico y el Perú solo han sido perezosos, ignorantes, y abatidos, desde que por desgracia de la humanidad pisaron su suelo los Españoles, aquellos hombres, que no han salido jamás de su patria, sino para llevar la miseria, la ignorancia y la opresión a otros países. Felices de aquellos que no tuvieron ocasión de conocerlos.

CARTA

DE DON ANTONIO JOSE DE IRISARRI,

A

DON LORENZO MONTUFAR

Brooklyn 31 de Octubre de 1863

Señor Don Lorenzo Montúfar.

Mui señor mío:

He recibido la contestación que U me ha dirigido como si U hubiese visto mi nombre en el folleto que ha aparecido

impreso en Guatemala y reimpreso en Nueva York, con el título de Refutación a la Refutación que D. Lorenzo Montúfar ha publicado en París de las que él llama aserciones erróneas publicadas por el Monitor Universal el 16 de Mayo sobre la guerra de Guatemala contra el Salvador.

Para comenzar U, errando en su contestación, pone por epígrafe de ella un trozo de mi amigo D. José María Tórtés Caicedo, sin advertir que copia aquello que parece haberse

escrito expresamente para aplicarlo a U como al hombre, que cuando quiere hacer del político, no escribe sino calumnias y falsedades; nada de sensato, nada de juicioso, nada de racional. No hubiera andado U, menos acertado poniendo por epigrafe, en vez de lo que puso, aquel mandamiento de la ley de Dios que dice: No levantarás falso testimonio ni mentirás. Por lo menos vendría tan bien como el otio a la materia del escrito y al carácter moral del escritor.

Usted pudo, y le hubiera sido mas provechoso, dar su contestacion a un escritor anónimo, pues anónimo era el folleto, y su vindicacion no por eso seria peor de lo que es; pero cometió la imprudencia de provocar a uno, que debía U saber ue no ha dejado nunca que se le sienten las moscas en su calva. Tú lo quisiste.—Fraila Mosten.—Tú te lo ten.

La contestacion de U puede dividirse en dos partes; la una que contiene calumnias y desatinos viejos; la otra que se compone de calumnias y desatinos nuevos. Quiero comenzar por la segunda, que contiene material mas fresco, pues del de la primera ya se tiene bastante noticia por el folleto a que U se propuso contestar; y al tratar de esta segunda parte, lo hace con toda la seriedad que pide la materia, o con aquella seriedad compatible con lo ridículo del asunto, que por ridículo que sea, no deja de ser parte de una grandísima iniquidad. La otra parte será tratada con la jovialidad que merecen aquellas cosas que parece que no se han hecho sino para dar que reír. Entremos, pues en lo serio del negocio; en aquella parte en que U, Sr D Lorenzo, se manifiesta el mas grande calumniador que calienta el sol.

Para darnos una prueba de que es así, estampa U en su último folleto esta cáfila de calumnias evidentes: Primera, que Barrio e Irisarri sintieron en el alma el retiro de las fuerzas españolas de Méjico: Segunda, que yo he llamado loco al general Prim: Tercera, que recibí mal los liberales y elocuentísimos discursos que el Conde de Reus pronunció en el banquete de Nueva York: Cuarta, que despues de haber leído, por via de brindis, en aquel banquete, un enorme folleto, tuve a bien cortar las ovaciones que se hacian al marques de Castillejos, obligando a levantarse de la mesa a los convidados bajo el pretexto de que era preciso fumar un puito: Quinta, que los discursos del Conde de Reus y del Sr Tassara no pidan ser del agrado del autor de la nota de 21 de Mayo: Sexta, que yo y Barrio nos alegramos de que no se hayan retirado las tropas francesas, y apetezemos la llegada del momento en que el imperio mejicano se extienda hasta el istmo de Panamá, bajo Maximiliano de Austria, o bajo cualquier otro príncipe extranjero, no importa quien; pero si fuese déspota, mejor: Sétima, que yo soy de aquellos retrógrados que en el año 27 se denominaban en España Realistas Puros, que creyendo ver ideas liberales en el rei Fernando VII le llamaban desorganizador y pedian que abdicara la corona en su hermano D. Carlos.

¿Cómo puede U. probar que es cierto el sentimiento que tuvimos Barrio y yo del retiro de las tropas españolas en Méjico? Cítenos U. un testigo que nos haya oido una sola expresion, o visto un gesto solo, que pudiera indicar aquel sentimiento. Por lo que a mí toca diré, que la única prueba que he dado de la impresion que aquel suceso me causó, se halla en lo que dije en el banquete del general Prim, logiando aquella retirada en los términos mas honoríficos para el Gobierno de la nacion española. Esto lo ha podido ver todo el mundo en la Crónica de Nueva York de 16 de Junio de 1862, en donde se halla copiado todo mi discurso, que no ocupa mas que ochenta y seis rengloncitos de una de las seis columnas de la primera página de aquel periódico, en vez de ser un folleto enorme, como U dice; pero así es como debe faltar a la verdad un hombre que parece se ha propuesto no decir la verdad en ningun caso. ¿Y qué pruebas presentará U de que yo he llamado loco al general Prim, cuando por el contrario siempre he hecho los mayores elogios de su buen juicio? Era preciso que U encontrase otio calumniador tan desvergonzado como U para que pudiese atestiguar una hecha tan falso. ¿Y de dónde ha podido U sacar la peregrina noticia de que recibí mal los liberales y elocuentísimos discursos del Conde de Reus, cuando tan lejos de recibirlos mal, los apludí como ellos lo merecian, habiéndome dejado sorprendido la facilidad y la elegancia con que aquel señor se expresó? Pero esto no es lo mas absurdo de aquel cuento, sino el remate con que U. lo adornó, diciendo que tuve a bien cortar

las ovaciones que se hacian a aquel caballero obligando a los concurrentes a levantarse de la mesa bajo el pretexto de que era preciso fumar un puito. Era necesario que yo hubiese sido tan malcriado como U para que me hubiera permitido accion semejante. Hasta en la expresion de fumar un puito se está viendo la invencion del cuento; pues yo desafio a todos los que me han conocido desde que ando por el mundo. Yo nunca he fumado puitos y he sido enemigo de ellos, como de la carnita, la aguita y las otras cositas diminutivas de este tenor que se usan en algunas partes del Nuevo Mundo. Yo en lugar de convidar a fumar un puito, hubiera convidado a fumar un puo, un cigarro o un tabaco. Pero si no he perdido la memoria de lo que vi en aquella noche, puedo asegurar que el que propuso levantarse para fumar fué el mismo general Prim, como debía ser. Ahora, díganos U ¿por qué no podian ser los discursos del Conde de Reis y del Sr Tassara del agrado del autor de la carta de 21 de Mayo? ¿Qué oposicion de ideas ha encontrado la curiosa lógica de U entre las expresadas por aquellos señores y las expuestas en la nota citada? No parece sino que U. se ha propuesto escribir los mas grandes desatinos que podian ocurrir al hombre mas falto de seso y mas sobriado de iniquidad. Lea aquella nota cualquier hombre verdaderamente liberal, y diga si los principios que allí se sientan son o no aquellos que debe seguir todo gobierno para conservarse en paz con todas las naciones, sean cuales fuesen las formas de sus gobiernos. Pero es verdad, Sr D Lorenzo, que U no conoce otros principios que los que se sirven en la mesa. Principios de lógica, de moral y de política son manjares con que el alma de U. no puede alimentarse; son para el entendimiento de U manjares indigeribles. En la nota que a U. ha chocado tanto, se da a los locos que gobernaban al Salvador, una leccion de política conforme con las doctrinas de todos los publicistas: doctrina que hubiera sido excusado darla a los indios araucanos, porque estos indios no han tenido la manía de hacer la guerra a sus vecinos los huilliches, porque no son progresistas, aunque ellos tampoco lo sean. No es menos calumnioso aquello de que Barrio y yo nos alegramos de que no se hayan retirado las tropas francesas y de que apetezcamos lo que U dice. ¿Cómo probará U. que esta nueva calumnia no es hermana de la levantada al gobierno de Guatemala y a su enviado a Madrid. Nos lo querrá U. probar con la historia de los tiempos pasados, como ha tenido la felicísima ocurrencia de querer probar su otra calumnia. Felizmente el Sr. Barrio no ha hecho otro viaje en el mismo buque que U, para que U. pueda decir que lo sabe de él mismo, y felizmente tambien ha andado U siempre huyendo de verse conmigo desde que fraguó su anterior calumnia, para que nadie le crea que lo sabe por mí mismo. Díganos U, pues, quien ha sido el confidente del Sr Barrio y mío que le ha descubierto esos secretos? Si U no lo hace, creeremos que U. habla con el diablo, pues solo este podia darle noticias semejantes, sobre cosas que no están al alcance de ningun ser humano. Y por último, ¿qué prueba puede U presentar de que soy yo hoi de aquellos retrógrados que creian ver ideas liberales en Fernando VII? Seguramente la prueba la tendrá U en qu yo tengo a U, por tan liberal como al mismo Fernando, y porque tengo en el mismo concepto a su patron de U el general Barrios, y a todos los embacuadores de los pueblos, que son unos verdaderos tiranos so capa de liberales. Entre aquellos retrógrados que U nos cita, no debe U contarme a mí, sino contarse a U que ha defendido siempre al que ha abusado de la fuerza y del poder, como a Moia el tirano de Costa Rica, y a Barrios el usurpador del poder en el Salvador, que se hizo el déspota mas intolerable. Pero para U Barrios es un héroe, una deidad, porque le da empleos y comisiones de que puede U. sacar mucho provecho, aunque este héroe y esta deidad haya aparecido como un sedicioso, un usurpador de la autoridad suprema, en todos los pueblos del mismo Salvador, segun se ve de las actas publicadas, de que tiene noticia todo el mundo. Esto no lo digo yo, ni lo dice un calumniador de profesion como U.; lo han dicho a una voz todos los pueblos del Salvador, excepto el de la capital, sometido a la fuerza del tirano. Pero para los demócratas de la taya de U. y los liberales de su especie, la opinion de todos los pueblos no merece atencion alguna, porque son unos pueblos retrógrados, y es preciso hacerlos progresistas a la fuerza. Preciso

es convenir en que los tales demócratas y liberales son hombres que entienden de democracia y de liberalismo tanto como los tucos, los persas, los chinos y los negros de Angola.

Usted nos cuenta en su folleto de la Contestación a D. Antonio José de Irisarri que en su escapada de Guatemala abrió en San Salvador una clase privada gratuita de derecho, y que entre los cursantes había dos hermanos del general Barrios; lo que produjo la amistad de U con aquel general. Por supuesto que en la tal clase debió enseñarse la doctrina de que en las repúblicas democráticas un militar cualquiera puede quitar el mando al Presidente y hacerse un capitán general por medio de una conspiración contra la autoridad constitucional. ¿Y cómo no había de hacerse amigo aquel militar de un profesor de derecho que profesaba principios tan democráticos y tan eminentemente liberales? Si no enseñó U esto, no enseñó cosa alguna, porque ningún buen fruto hemos visto de su enseñanza. Pero lo que parece que no tiene duda es, que en aquella clase debió enseñarse el derecho que todo buen demócrata y todo eminente liberal tiene para calumniar a tíochemoche.

Ahora voy a entrar en la parte puramente ridícula de la contestación de U, en cuya parte espejo que no me llevará U a mal que la trate ridículamente como ella lo merece. Comienza U su sarta de desatinos diciendo que no será U quien emplee armas prohibidas en los debates de hombres cultos. Yo supongo que U. entiende por armas prohibidas el puñal y el estoque oculto dentro de un bastón, porque en cuanto a la pistola y al florete no se llaman armas prohibidas cuando estas armas se llevan descubiertas. Tampoco creo que cuenta U entre las armas prohibidas las calumnias, porque estas son las únicas que U emplea en sus debates con los hombres cultos. Sigue U diciendo que contestará con calma y con frialdad; pero lo que vemos es, que su calma de U es el huracán más terrible que pueden formar los fueles de Eolo, dios de los vientos, y que estos vientos desatados ocasionan la frialdad de las calumnias de U, que por fías no deben irritar a nadie. Así es que U, con la calma del huracán y la frialdad de los polos, no llena muchas páginas instruyéndonos en los interesantes sucesos de su niñez y de su juventud, para persuadirnos que no pudo solicitar la secretaría de la legación a que se destinaba al señor Payés, porque era U muy joven entonces, y que solo solicitó ser nombrado agregado a aquella legación, y que a causa de otras niñeces que U cometió no pudo hallarse en Guatemala cuando fué electo presidente el general Carrera. De todo esto sacamos en limpio, por lo que U dice; que no pudo ofenderse por no haber obtenido aquella secretaría, pero que pudo resentirse por no haberse admitido su solicitud de ser nombrado agregado a la legación. Que U lo solicitó no puede dudarse, pues U nos lo dice, y que no se accedió a su solicitud se infiere del silencio que U guarda sobre este punto. De nada vale lo que U dice en aquello de: la legación no tuvo efecto, y ni el señor Payés, ni el señor Zavala, ni yo vinimos a Europa. Pero el señor Payés fue nombrado ministro, y el señor Zavala, secretario, mas no consta, ni siquiera del dicho de U, que fuese admitida su solicitud de venir de attaché, y así hai toda razón para creer que habiendo U quedado détaché de la legación, se atachó al partido contrario al general Carrera. U ve, Sr. don Lorenzo, que no hai mucha diferencia entre haberse hecho revoltoso por no haber conseguido una secretaría, a haberse vuelto tal por no habersele creído digno de ser attaché, aunque esto de attaché en español no quiere decir nada, porque no tenemos el verbo atachar. Sobre este cargo y sobre el otro de haberse U opuesto a la elección del general Carrera, lo ha defendido a U, en Guatemala un P. M., que tal vez será algún Pedro, o Pablo, o Pascual Montufar, mucho mejor que U lo ha hecho, y en pocas palabras. Después de haberse publicado el folleto a que U. contesta, apareció una rectificación que corre agregada al folleto, y dice lo siguiente: "El autor de este folleto parece mal informado en los puntos siguientes: primero, que Montufar era conservador en los primeros tiempos de la Federación, hasta que habiéndose tratado de enviar a Europa cierta legación, de la que quería ser secretario, no habiendo conseguido su deseo, se convirtió en un liberal de los más desafortunados: él era muy joven en aquel tiempo

para que sus opiniones fuesen de alguna importancia; y si varió después y se hizo un furioso demagogo, no debe atribuírse a no haber conseguido la secretaría de aquella legación, de lo que no existe documento alguno, sino a lo turbulento de su genio: segundo, que no puede ser cierto que se opuso al voto general de los guatemaltecos que eligieron al general Carrera para presidente de la república; porque cuando se hizo la primera elección, en 1845, Montufar no figuraba en la política, y cuando se hizo la segunda, en 1851, había ya emigrado de Guatemala a causa de haberse comprometido contra el gobierno como un inquietador del orden público. Por lo demás que contiene este folleto, nada hai que deba rectificarse.—P. M."

U vé, pues, Sr. don Lorenzo, que P. M. lo ha defendido a U mejor que lo que U lo ha hecho, y sin gastar tanto papel, ni quitar tanto tiempo al lector con los cuentos de sus niñeces y la cronología de ellas, con que U nos abruma; pero el buen P. M. no sabía que era U en aquel tiempo un hombrerito que aspiraba ya a ser attaché a una legación diplomática. Pero ¿cómo quiere U que todos tengan tan exactas noticias de U cuando no es de aquellas personas en que se ocupa el almanaque de Gota? Se sabrán así, muy por encima, los hechos de su juventud, y no es de extrañarse que varien un poquito de lo que fueron exactamente. En cuanto a la substancia no hai que decir que no es la misma. Otro tanto sucede con respecto a lo que pasó en Costa Rica entre U, y los Sres. Castro y Mora, pues todo lo que U dice en muchas páginas, contándonos muy por extenso sus peregrinaciones, que a nadie interesan ni instuyen, se reduce a si tales sucesos ocurrieron en un año antes o en otro después; en si era presidente Castro o lo había dejado de ser, cuando sirvió a U y cuando U le pagó mal sus servicios. En lo sustancial del caso, U. conviene, y no podía dejar de convenir cuando todo el mundo en Costa Rica conoce aquellos hechos con todos sus pelos y señales. Que U pinte la cosa con los mejores colores que le es posible, es muy natural; pero no lo es menos, que el hecho, sin la iluminación de tales colores, se presente feo como la cara del diablo, si es que el diablo tiene cara, y no es solo un espíritu impuro. Pero, en fin, para no andar parándose en pelillos, quiero que sea cierto todo lo que dice P. M. en su Rectificación, y que U solo se hizo un furioso demagogo por lo turbulento de su genio, y que cuando se hizo la última elección del general Carrera, U había emigrado ya de Guatemala a causa de haberse comprometido contra el gobierno como inquietador del orden público; lo que se conforma muy bien con lo que U mismo confiesa en la página 9 de su contestación.

No se le ha calumniado a U. pues, Sr. don Lorenzo, cuando se ha dicho que degeneró de sus nobles parientes, y tomó el partido, que en vez de liberal, ha debido llamarse destructivo, desorganizador y trastornador de todo orden y de todo concierto; y tan exacto es esto, que en toda su vida pública no ha manifestado U otra cosa, ni ahora mismo lo manifiesta defendiendo a su protector Barrios, que ha tratado de trastornar todo el orden que reinaba en la América del Centro, y que ha puesto en armas a cuatro de las cinco repúblicas que hai en aquel país.

Usted dice que en la Refutación a que contesta se ha entrado hasta en el sagrado de su vida privada, sin contestar sin embargo a sus aserciones. Esto es falso, Sr. don Lorenzo; no se ha entrado en aquel sagrado que U dice: nada se ha dicho de su vida doméstica de U, ni de acto alguno en que no tenga algo que hacer la política. Lo que se dijo sobre el origen del rabioso liberalismo que ha desplegado U, no es cosa que pertenece a la vida privada, sino a la causa pública; ni cómo llegó a ser miembro de la corte de Justicia de Costa Rica, ni ministro de Estado de la misma república, ni embajador de don Gerardo Barrios, son cosas del dominio secreto y privado de los individuos, sino actos que tienen una conexión íntima con los empleos públicos que U ha desempeñado o está desempeñando. Ningun secreto de U. se ha tratado de revelar, ni se ha revelado U puede quedar en la opinión de muy buen hijo, de muy buen padre, de muy buen esposo, y de muy buen cristiano, principalmente si llega a arrepentirse de haber sido tan gran calumniador. Sí, señor, puede U quedar en opinión de muy buen cristiano, porque

el mejor de todos no deja de pecar siete veces al día, como lo dijo del justo el que todo lo sabe. Así, pues, si U no ha pecado sino calumniado al prójimo seis veces al día, no solo puede tenerse por muy buen cristiano, sino por el más justo individuo de toda la cristiandad.

Después de esto dió a U que toda la charla que contiene la contestación de U. sobre nobles y plebeyos, no viene al caso de nuestra cuestión, porque nadie ha dicho a U. lo contrario de lo que U sienta. Solo dió a U que del catálogo de nobles que U cita, que han sido liberales, hubiera estado mejor que U. hubiera omitido al duque de Orleans, Felipe Egalité, y al conde de Mirabeau, porque la historia no nos dá la mejor idea de la bondad de aquel liberalismo. Esto manifiesta que U. sabe los nombres de las personas que nadie ignora; pero que no pasan de ahí sus conocimientos históricos. Mas quien ha dicho a U., Sr don Lorenzo, que los nobles no pueden ser liberales? ¿Quién le ha dicho a U que sus parientes no lo han sido? Por el contrario, lo que se lee en el folleto a que U contesta, está manifestando lo irracional de la observación de U.: allí se hace justicia al patriotismo de la familia de U., y se refiere el fusilamiento del marqués de Selva Alegre por haber sido patriota. U debía saber que el liberalismo es lo opuesto al egoísmo, y que no hai liberalismo sin patriotismo. No se puede llamar liberal ni patriota al egoísta, porque este no tiene otro amor que el de sí mismo. ¿Piensa U que puede haber hombre más liberal que el que da su vida por la patria? ¿Piensa U. que merece el nombre de patriota, ni el de liberal, aquel que anda a caza de empleos, sirviendo a los enemigos de su patria, y empleando para conseguir estos empleos las calumnias más viles y más atroces? No será U. noble, pues que no quiere serlo ni parecerlo, y pertenecerá U. a la infima clase de la sociedad. Entre gustos no hai disputa; pero no por renunciar U. a todo lo que es noble, podrá llamarse patriota ni liberal, sino egoísta consumado. Son liberales ciertamente los que quieren que haya libertad para opinar, para hablar, para escribir, para reunirse a discutir las cuestiones políticas; pero aquellos que no toleran que los del opuesto partido opinen hablen, escriban ni se reúnan para discutir, son tan liberales como don Gerardo Barrios y don Juan Moia, y los demás déspotas que ha producido la América española. Pero esta es la liberalidad de los principios de U. Contra esta liberalidad es contra la que yo he declamado de cuarenta años a esta parte, y por eso se me ha llamado retrógrado, y aristócrata, y monárquico. Pero digan lo que quieran los que no saben lo que dicen; y aunque U me llame realista puro, o realista cigarrero, y aunque U. levante el grito de su indignación hasta los cielos, le dió que hai más liberalidad hoy en la monarquía española, que en la democrática república del Salvador y en otras muchas de las repúblicas americanas.

Yo, que me tengo por más liberal que cuantos se jactan de serlo sin conocer en qué consiste la liberalidad, lo he sido desde largo tiempo; es decir, desde más de cuarenta años a esta parte, y desde entonces no he cesado de combatir el falso liberalismo, atacándolo a cara descubierta, y tratando de hacer conocer a nuestros pueblos la falsedad de sus embaucadores. Si U quiere decirme el año en que nació, le presentaré a U escritos míos en que podrá U ver, que antes que pudiese U haberse hecho demagogo, combatía yo esta maldita peste que hacía sus estragos en la América española. Ahora mismo no me ocupa de otra cosa. He tenido siempre por la más baja y la más vil de todas las acciones la de tratar de engañar a los hombres, pretendiendo hacerles creer que sus intereses son los del sórdido egoísmo de los demagogos, de aquellas sanguijuelas que salen del cieno de las naciones a alimentarse de la sangre de los crédulos. Para mí es menos malo el tirano que se hace tal descubierta y francamente, que el hipócrita demagogo, que fingiendo defender los intereses del pueblo, no hace más que engañarlo para dominarlo. En este hipócrita encuentro un vil y bajo egoísta: en el otro hallo otro egoísta con cierto rasgo de grandeza que le da su mismo descaro. En el tirano franco y descubierta podemos hallar un hombre que trata a sus semejantes sin doblez y sin falsedad, pues les dice: "quiero mandarles porque tengo la fuerza y la inteligencia de que

vosotros carecéis para resistir a mi voluntad, y les dice en esto una verdad evidente. En el demagogo no podemos ver sino un cobarde y miserable egoísta, que no halla en su bajeza otro medio de dominar a sus conciudadanos sino engañándolos, haciendo lo que el lobo que vistió la piel de oveja para introducirse en el rebaño y devorarlo. Yo soy pues retrógrado, porque sigo el ejemplo de Focion, de aquel célebre ateniense que mereció el nombre de hombre de bien, porque en todas sus arengas dijo al pueblo la verdad, y jamás le li-songeó baja y cobardemente; y en verdad que merezco el nombre de retrógrado, porque en vez de imitar a los demagogos del presente siglo, prefiero seguir las huellas del hombre de bien que vivió más ha de dos mil doscientos años. Parece que no es poco retrógrado, ciertamente; y parece también que en haber tomado por mi modelo a aquel viejísimo republicano, que procedió de muy humildes padres, no he manifestado una ciega preferencia a la nobleza hereditaria sobre la clase media, ni la infima.

En cuanto a la noticia que U nos da de que los nobles pertenecen al pueblo, como los plebeyos, no puedo menos de dar a U las gracias por haberse dignado comunicarnos este nuevo descubrimiento. Yo había creído hasta hoy que los nobles caían de las nubes y venían sobre la tierra como los arcélitos, perteneciendo a la meteorología. Pero algo de provecho debía U haber sacado de su viaje a Inglaterra, aunque no fuese más que haber leído lo que dijo lord Derby en Liverpool sobre que de la clase media se han elevado Sir Robert Peel y otros. ¿Con que eso ha sucedido en Inglaterra en estos últimos tiempos? ¡Vaya que es maravilloso lo que vemos en nuestros días! En nuestros días vemos, pues, que sucede lo que ha sucedido desde que el mundo es mundo. El primer rei que hubo, y el primer duque, y el primer marqués, y el primer conde ¿de donde le parece a U que pudieron salir, señor don Lorenzo Montufar? Y la alta clase, y la media, y todas cuantas U quiera concebir, ¿pueden tener su origen de otra clase que la de la comun? ¡Vaya que es U un hombre que ha sacado mucho provecho de sus estudios históricos. No se dirá ya que el general Barrios empleó mal el dinero de la república enviando a U a hacer tan útiles descubrimientos. U ha dejado muy atrás a todos los políticos, a todos los historiadores y a todos los diplomáticos que han existido sobre la tierra, y que hoy existen debajo de ella. Pero de un progresista como U. ¿podían esperarse menos asombrosos progresos en las ciencias? U. será de hoy en adelante llamado el Fenix de los sabios, que para conservarse tiene que renacer de sus propias cenizas; aunque es de suponerse que no tendrá U el mal gusto de hacerse quemar vivo para que su patria conserve la gloria de tener un pajarraco eterno como aquel de la fábula.

Se queja V de que no se contestó a sus aseveraciones en el folleto impreso en Guatemala y reimpreso en Nueva York, y de que no habiendo encontrado razones que oponer al escrito (de U) se ha querido por lo menos tener el placer de ultrajar al escritor. ¿Con que U no tiene por razones las contenidas en las treinta páginas de aquel folleto, comenzando desde el fin de la cuarta hasta la 34; de las que consta, que todo lo que U ha dicho y escrito es una pura falsedad, y que lo que había publicado el Monitor universal de París era verdad evidente. Entre aquellas páginas se hallan los documentos que prueban que su patrón de U, Barrios, provocó la guerra, e hizo inútiles los esfuerzos de los ministros de los Estados Unidos en Guatemala y en El Salvador para cortar aquellas desavenencias; viéndose muy claramente por el testimonio de Mr. Patridge que la reconciliación la hizo imposible la impolítica y la animosidad irracional del general Barrios. Se prueba que U faltó a la verdad en lo que escribió sobre esto, como sobre todo lo demás.

U concluye su carta o cartapelon diciendo: que calumnio al general Barrios habiéndolo incensado ayer, pero sin puntualizar ningún hecho. Esas incensaciones yo no sé donde las ha visto u olido U; pero no habían sido por la revolución que aquel señor hizo al presidente Campo, ni por la que verificó después contra el presidente Santín del Castillo, ni por no haberse conducido como debía auxiliando a los nicaragüenses contra Walker, ni por haber haber administrado el poder que usurpó con una arbitrariedad escandalosa, ni

por haber protegido con las armas del Salvador la invasion de Nicaragua por el liberalismo Jerez, que fué uno de los que sirvieron a Walker en sus primeros actos filibusteros; ni por haber auxiliado a Mora en su invasion a Costa Rica, ni por haber atraído sobre Honduras las desgracias que le atrajo con su tonta alianza ofensiva y defensiva, ni en fin por ninguna de aquellas criminales locuras que se hallan detalladas en las actas de desconocimiento de la autoridad usurpada de este hombre que han visto la luz pública; no habiendo quedado un solo pueblo de aquella república, excepto la capital, que no hubiese manifestado las mismas convicciones antes que U. se pusiese a escribir su cartapelon. Quedemos, pues, enterados de que U llama calumniar el decir lo que dicen todos los pueblos, y referir los hechos públicos que nadie puede contradecir. Dice U que no puede contestar cargos que se hacen con tanta vaguedad. Si esto es lo que entiende U por vaguedad, yo no sé lo que entenderá por precision. Dice U. tambien que el Sr. Iisari espécifique estos cargos. ¿Pero qué necesidad tenía el Sr. Iisari de especificar los cargos que solo U podía fingir que ignoraba? U ha creído que los especificados no son cargos, tratándose de un hombre tan progresista y tan democrata y tan liberal y tan patriota como don Gerardo Barrios. Por convenido, Si don Lorenzo; a un patriota, a un democrata, a un liberal, a un progresista, o progresador como U y su patron, no se deben hacer cargos semejantes, porque aquellos actos son los mas propios del liberalismo, de la democracia, del patriotismo y del progreso, como entienden estas cosas ustedes los regeneradores de la América española.

No me queda mas que decir a U en respuesta a su contestacion tan oficiosa, sino que el talento y la destreza con que U anula los testimonios de los Sres. Batres, Roma y Casado, que prueban la calumnia que U levantó al Sr. D. Felipe Neri del Barrio, hacen honor a los recursos abogadiles de un jurisperito de la fuerza de U.—Dice U que nada importa que los estimables jóvenes Batres y Romá no oyesen lo que Ud supone que le dijo el Sr. Barrio, porque ningun Ministro está obligado cuando conversa con una persona a llamar a los secretarios y agregados para que oigan lo que él dice; pero los estimables jóvenes dan a entender bien claramente en su carta que estuvieron presentes a las conversaciones que tuvo el Sr. Barrio con U, ni podia ser de otro modo viniendo en un vaporcito chico; y dicen mas los estimables jóvenes; dicen que lo que supone U que aquel le confió, no hubiera podido decirlo sin falta evidentemente a la verdad; pues todos saben que el objeto de su mision era terminar el tratado de independencia. U ve, pues, Si D. Lorenzo, que los estimables jóvenes, no solo desmienten el hecho, sino que hacen increíble su posibilidad. En cuanto al Sr. Casado, que tambien ha desmentido a U, probando que no pudo saber U de él lo que supuso, dice U que este señor no entendió las palabras de la nota de U de 11 de Julio; que U lo que dijo fué, que él habló ante un Ministro hispano-americano acreditado en Washington. Esto se parece a aquello del otro que escribía: digo que donde digo digo, no digo digo, sino que donde digo digo, digo Diego. Lo que U dice que dijo, no es lo que U dijo, sino lo siguiente: la confirmacion de todo lo que dejo expuesto, hecha con claridad ante un Ministro hispano-americano en Washington por el Sr. D. Felipe Neri Casado, sobrino del Sr. Barrio y conocedor de sus opiniones, me hicieron formar las creencias que sobre aquel asunto tengo. Ahora digo a U, Si D. Lorenzo, que todo hombre que entiende el castellano debe, por el texto de U, entender que el Sr. Casado le confirmó en sus falsas creencias en una conversacion que tuvo con U en Washington ante un ministro hispano-americano. Yo por lo menos, que creo entender algo la lengua de mi madre, que entre paréntesis, era de Castilla la Vieja y de la sabia ciudad de Salamanca, así lo entendí, y desafié a todos los miembros de la Academia Española a que me convenzan de que puede entenderse la cosa de otro modo. Aquello de que el Ministro era acreditado en Washington es añadidura que le ha ocurrido a U de nuevo. Pero si no fué en Washington en donde confirmó a U. el obispo Casado, ¿en dónde se hizo la confirmacion? ¿quien fué el padrino? ¿en qué dia se le administró a U. este sacramento? Un hombre tan historiódilo, o

historiomano como U., debió habernos historiado la escena de su confirmacion, para que dejase de parecer una patañña. Verdad es que ahora trata U de remendar el texto de su curiosísima nota de 11 de Julio, no solo con aquel acreditado que añade, sino con que la confirmacion se hizo en Nueva York. Pero con todo esto, la desmentida del Sr. Casado no es por eso menos terminante, porque dice que nunca ha tenido conversacion alguna con Ministros hispano-americanos, ni con persona alguna, sobre negocios o comisiones de su oficio: dice mas; dice que él ignoraba la comision que llevaba su tío y su viage mismo, hasta que un amigo le escribió de Paris que lo había visto allí. Mal podia, pues, hacer el Sr. Casado la confirmacion de las creencias que U formó sobre el objeto del viage del Sr. Barrio ignorando que hacia tal viage. Pero U se desentiende de esto, y hace muy bien, porque cuando no se puede contestar, lo mejor que hai que hacer es el callar.

Usted no quiere que sea una prueba lógica de su impostura la absurdidad misma con que la hizo, queriendo que creyésemos que el Sr. Barrio era tan estúpido como era necesario que lo fuese para haber hecho semejantes supuestas confianzas a un hombre tan conocido enemigo de la administracion de Guatemala como lo es U, y dice: de manera que a fin de impedir que D. Felipe Neri deje de ser considerado como hábil diplomático, es preciso llamarme calumniador y que se me tenga por tal a todo trance. No, Sr. D. Lorenzo; no anda U en esto mas acertado que en todo lo demas. Entre ser un hábil diplomático y un estúpido como U quiere hacer al Sr. Barrio, hai una diferencia tan grande como la que se nota entre el mediodía y la medianoche; pero la verdad es, que el Sr. Barrio, por mas ultra conservador y ultra realista y ultra tiranista que U quiera hacerlo, ha dado la prueba de ser más hábil diplomático que U. Si, Sr. D. Felipe Neri del Barrio, el calumniado atrozmente por U, el tratado como un imbécil suponiéndole capaz de hacer a U tan estúpidas confianzas, consiguió en Madrid celebrar en pocos meses el tratado que en muchos años no pudieron hacer sus antecesores, y logró que se reconociese la independencia de Guatemala en los mismos términos deseados por los guatemaltecos desde un principio. Así es como el Sr. Barrio ha desmentido a U completísimamente sobre el objeto de su mision, con que quiso U alarmar no solo al Salvador, sino a todas las repúblicas americanas, incluso la de los Estados Unidos. Esto lo confianza U. en las páginas 23 y 24 de su carta diciendo, que creyó U conveniente comunicar aquella especie, porque era preciso que ninguno de los gobiernos de Centro América ignorase las tendencias del Sr. Barrio. No tiene U malas tendencias, Sr. D. Lorenzo Montufar. ¿Y qué dirán ahora de las tendencias de U aquellos gobiernos? Dígan que U. tiende sus calumnias como tiende sus redes el pescador, para que peje pesca en la redada. No pueden decir otra cosa, porque U tuvo la feliz ocurrencia de inventar una calumnia que debía manifestarse por sí misma.

Quiero hacer a U la gracia de no pasar revista a todos los dislates que contiene su cartapelon, porque la obra sería demasiado larga, pues no hai un pensamiento ni una frase en él, que deje de contener un desatino. Por esto me ceñí a los que me han chocado mas. Es uno de ellos aquel de que si las calumnias no se fundan en la historia, la verdad puede deducirse de esta. Vaya que es una verdad de Pero Guilló. ¿Y a qué viene esto? A que habiendo tenido U la ocurrencia de querer sacar de la historia de épocas pasadas la verdad de una calumnia levantada recientemente, se le dijo que esta era grande tontería, porque la historia sirve para conservar la memoria de los sucesos pasados, pero no para atestiguar falsas suposiciones sobre hechos que no han ocurrido. Y para esto nos viene U citando ahora al conde de Segur, al Nuevo Testamento y la historia fabulosa del conde D. Julian, en que no cree ningun buen crítico español, como si en alguno de estos libros se encontrase el disparate que U dijo. ¿Por qué no nos citó U. el Alcoran, el Talmud, el Zend-Avesta, y otras mil obras que no vinieran al caso, para darnos a saber que conocia los títulos de aquellos libros? Cuánto mejor no habría sido que en vez de apoyar en la historia su fiesca calumnia, la hubiese derivado de la astro-

logía, confiando en aquello que dice la bien conocida cuarteta:

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Sí, Sr, hubiera hecho mejor en atestiguar con las estrellas aquellas calumnias que U levantó a los que llama aristócratas de Guatemala, diciendo que estos fueron los que hicieron la anexión al imperio mejicano por conservar sus privilegios. La historia no podía dejar de desmentir a U la anexión de Guatemala a Méjico se hizo en 5 de Enero de 1822, no por el voto solo de los que U llama aristócratas, sino por el voto general; y entonces ya se habían anexado, Nicaragua desde el 27 de Setiembre de 1821; Tegucigalpa, Los Llanos y otros puntos de Honduras, desde el 29 del mismo mes; Quezaltenango desde el 13 de Noviembre del mismo año. Hé aquí cómo desmiente a U. la historia y la cronología; cosa que no hubiera hecho la astiología ni la nigromancia. U ha hallado mal que se haya dicho que el cura Delgado era un intrigante y un ambicioso, que se había propuesto hacerse obispo católico contra la voluntad del Papa, y manejar al pueblo del Salvador como un rebaño de carneros, del mismo modo que ahora lo maneja el general Barrios, llevando la libertad en la boca y la tiranía en sus hechos. Pero no es cierto que este mal clérigo se hizo nombrar obispo por la Junta Gubernativa de San Salvador en 30 de Marzo de 1822, erigiendo para este efecto una nueva diócesis, cuya ilegitimidad declaró el Congreso federal en 20 de Julio de 1825; y que la legislatura del mismo Salvador declaró al intruso destituido de la Mitra y aun de la Vicaría en 28 de Enero de 1831? El primer obispo verdadero y legítimo del Salvador fué el Dr D Jorge Viteri, electo en virtud de una bula expedida en Roma, por Su Santidad Gregorio XVI, el 20 de Octubre de 1842, por la cual se erige la nueva diócesis. Con todo, U. quiere que el ambicioso e intrigante cura, autor del cisma que causó tanta efusión de sangre en Centro América, sea un buen ciudadano que inmortalizó su nombre trabajando con empeño por la independencia de su patria, contra las miras ambiciosas de los anexionistas; pero no por esto dejó el mismo enemigo de los anexionistas, de hacer que el Salvador se anexase a los Estados Unidos de América en 2 de Diciembre de 1822. Véase si tenía buena cabeza el patótico cura, y si las había de gran calibre en el Congreso de aquella república, pues concibieron la anexión de aquel país a otro del cual estaba separado por dos naciones intermedias, y por una distancia tan enorme.

Otro desatino que contiene la carta de U, y de los mas garrafales, es la comparación que U. hace de su conducta con las de Mi Disraeli, de Mr Thiers y del conde de Reus en sus oposiciones a los ministerios de sus respectivos gobiernos. Aquellos señores hacen una oposición legal, una oposición que conviene en los gobiernos representativos; pero no calumnian a sus opositores, ni tratan, como ha tratado U, de concitar enemigos a sus respectivos países, haciendo entender a los vecinos y a los mas remotos, que los gobiernos de sus respectivas patrias ponen en peligro la libertad y la independencia de otras naciones, suponiéndoles falsamente proyectos peligrosos. Si tal hiciesen, no serian lo que son, buenos patriotas, sino unos verdaderos enemigos de su patria. U pues, Sr D. Lorenzo, ha querido comparar la lealtad con la felonía, y ha quedado muy satisfecho con su comparación.

No ha procedido U con mas cordura pretendiendo deducir que yo no quiero la independencia de Guatemala, de aquello que se dice en el folleto a que contesta, en el que se defiende a los que U. llama aristócratas, del cargo que se les hizo por haberse unido al imperio mejicano cuando se verificó la emancipación de España. Allí se hace ver a U. que la unión no se hizo por los aristócratas como U dijo, sino por el voto general, al cual concurrieron los que despues quisieron llamarse liberales, y que entonces se tuvo en consideración que la independencia de aquel país estaba mas asegurada componiendo un cuerpo de nación que contaba de nueve a diez millones de habitantes, no quedando reduci-

do a un gran despoblado, en que no había dos millones, con sus costas indefensas, sin marina, sin ejército, obligado hasta entonces a recibir de Méjico un subsidio para llenar sus gastos; y se agrega que antes que Guatemala hiciese aquello, lo hicieron Nicaragua, Honduras, Chiapas y Quezaltenango. Esto, Sr D Lorenzo, no tiene que ver con lo presente, sino solo con lo pasado. Esto es referir lo que consta de la historia, y dar las razones que se tuvieron para hacer aquella unión.

De lo dicho, ningún ente racional puede deducir que el que el que refiere el hecho, piense que hoy se halla Guatemala en el mismo caso que en 1822, pero ni siquiera que él hubiera sido de la opinión de los que hicieron la anexión a Méjico. El que refiere un hecho ajeno no lo hace propio por referirlo, ni por exponer las razones que se tuvieron para ejecutarlo. A mas de esto, Guatemala en 1863 tiene las pruebas mas convincentes de que su unión a Méjico no le había mas fuerza, sino mas débil, porque la historia de estos cuarenta últimos años ha hecho ver que en aquel país hai mas elementos de debilidad que de fuerza, mas prospectos de desorden que de orden; y sobre todo, nadie hai que amenace la independencia de Guatemala como había en aquel tiempo. Así, pues, señor hablador de destinos, todo lo que U. dice contra lo que se halla en el folleto a que U se propuso contestar, es una cáfila de necedades las mas estupendas. Así es aquello de que la Grecia tiene la mitad de la población de Centro América y casi tanta como la Suiza; que el territorio de Francia es menor que el nuestro, y el de Inglaterra e Irlanda la mitad menos, y que comparada la extensión de Centro América con la de los países europeos, se verá que solo la Rusia es mayor. ¿Y que pretende U deducir de toda esta agimensura de los territorios de las naciones? No puede ser otra cosa, sino que los países mas extensos son los que tienen mas fuerzas para conservar su independencia, porque son las leguas cuadradas que hai en ellos las que los hacen independientes. Estas noticias serian muy consolatorias para los habitantes de la Patagonia, y muy desconsoladoras para los Ingleses. Hasta hoy solo sabiamos que la fuerza de las naciones dependía de su población; mas ya vemos, gracias a los descubrimientos de U., que aquel era un error manifiesto; y gracias a U sabremos ya que "un país situado en medio de los dos mares, que se halla a gran altura sobre el nivel del mar, que tiene montañas y otras circunstancias topográficas que producen una temperatura suave y deliciosa, con una vegetación espléndida y constante, y con toda clase de minerales y de frutos," no necesita de ser muy poblado, porque con lo que tiene de físico y geográfico se hace del todo inútil la población suficiente. Pero yo entiendo, como entiende todo el mundo, que mientras mas fértil, mas rico, mas excelente es un país, mas codiciosos debe tener, y que por tanto, necesita de mayor población para defenderse que otro estéril, pobre y despreciable. Esta es una noción, Sr don Lorenzo, que yo creo utilísima para toda especie de animales racionales, aun para aquellas que tienen menos derecho a tal nombre; porque, que sean monarquistas absolutistas o constitucionales; que sean republicanos aristócratas o demócratas; que sean retrógrados o progresistas, todos tienen una patria, y a todos conviene promover el aumento de la población, ya sea por medio de la inmigración extranjera, ya con los otros arbitrios que hai para el efecto, haciendo así que sea mas fuerte y mas capaz de conservar su independencia; no ateniéndose a la feracidad de su suelo, ni a las riquezas de sus minas, ni a su posición geográfica, ni a las demas cosas en que U quiere que se funde la fuerza de las naciones; y menos a su extensión, que en vez de ser favorable, cuando no está el país bien poblado, es perjudicial, porque pocos hombres, extendidos en un gran territorio, son menos fuertes que los pocos reunidos en mas estrechos límites. No sabe U aquello de vis viva fortior? Lo que U. sabe es que la fuerza esparcida es la mas fuerte. U sabe lo que nadie en este mundo.

Concluyamos, pues, Sr don Lorenzo conviniendo en que U. se ha esforzado para parecer elocuente diciendo los mas clásicos desatinos.

Y con esto quedo de U. con toda la consideración que merece a su atento servidor.

A. J. DE IRISARRI